VIDA Y AVENTURAS DE JOAQUIN MURRIETA

C. G. VINCENT & CO.
EDITORES
117 N. Broadway Los Angeles

SAN FRANCISCO
HISTORY CENTER

SPANISH
B
M9673p2
1923

San Francisco Public Library

STACKS

REFERENCE BOOK

Not to be taken from the Library

3 1223 10684 1886

myso Adams "6 Guns" #1579
NWB HM-RS

VIDA Y AVENTURAS

Del Mas Celebre Bandido Sonorense

Joaquín Murrieta

Y sus Grandes Proezas
en el Estado de California

6a. EDICION

Librería Española
J. Gros, Prop.
Agencia de Publicaciones
P. O. Box 447 Arcade
326 N Main
Los Angeles, -- -- California

1923

C. G. Vincent & Company
Editores
117 N. Broadway St., Los Angeles, Cal.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
San Francisco Public Library

https://archive.org/details/vidayaventurasde00pazi_0

CAPITULO I.

La juventud de Joaquín.—Su viaje a California.—Aplican la ley de Lynch a su hermano.—Asesinan a su mujer después de haberla violado.

Joaquín Murrieta nació en la República de los Estados Unidos Mexicanos.

Su familia originaria de Sonora, y respetable bajo todos conceptos, le hizo criar en su pueblo natal, en donde recibió una buena y esmerada educación.

Durante su niñez se hizo notable por sus disposiciones dulces y apasibles; nada hacía preveer en aquel entonces ese espíritu atrevido, indomable, que lo hizo tan célebre más tarde. Todos los que lo conocieron cuando joven, hablaban afectuosamente de su buen natural, noble y generoso; apenas podían creer que el terrible aventurero de California que vamos a retratar, fuera el mismo Joaquín Murrieta que ellos conocieron, tan dulce y bondadoso.

En 1845, Joaquín abandonó su pueblo en Sonora para ir a buscar fortuna en la Capital. Tenía entonces diez y seis años, era alto, bien hecho, de rostro no solo agradable, sino hermoso, y unía a esas cualidades físicas, grandes disposiciones para las aventuras de todo género.

Llegado a México, se dirigió a la casa de un antiguo amigo de su padre, el señor Estudillo, entrególe una carta de introducción, mediante la cual fué muy bien acogido por ese señor.

Muy pronto su protector obtuvo para él un destino como palafrenero en las caballerizas del Presidente López Santa-Anna. Esta posición, relativamente mediocre, se le hizo entender que podía conducirle a los más elevados puestos gubernamentales; era una de las gradas de la escala con que algunos, no todos, empiezan a subir y logran llegar al poder.

Santa-Anna había sido muy amante de la escuela de equitación. Joaquín, cuyos hechos le habían dado celebridad en su país natal, y que más de una vez se divertiera en domar los caballos más salvajes de Texas, Joaquín, decíamos, vió en la pasión del gobernante de México un medio de hacerse conocer de Santa-Anna y de captarse sus simpatías.

Sin embargo, sus ambiciosas esperanzas no se realizaron como él hubiera querido, y hasta tuvo que desistir un poco de sus pretensiones en virtud de las celosas sospechas de sus camaradas los palafreneros de las caballerizas presidenciales.

Entre éstos había uno apellidado Cumplido, que más de una vez se había quejado del aire aristocrático que empleaba Joaquín para con ellos. Joaquín se hizo el desapercibido con respecto de los celos de sus camaradas; trató de extinguirlos no ocupándose de otra cosa que de su negocio. Pero esto no era lo que quería el vanidoso Cumplido.

La ocasión que buscaba no tardó en presentársele.

Habiendo un día sonreído con burla por la manera con que Joaquín montaba a caballo, se trabó una disputa entre ellos: de la disputa se pasó a un desafío, escogiéndose el día para la prueba.

Era preciso saber cuál de los dos adversarios manejaba mejor un caballo.

Llegada la hora convenida, todos los habitantes de la casa del Presidente se reunieron, con la esperanza secreta de asistir a la completa derrota del joven sonorense.

Ambos rivales comenzaron por algunas carreras sin importancia, ejecutadas por vía de diversión; pero luego vino el salto final, que había de decidir la cuestión del mérito de los ginetes.

Se trataba de saltar un muro de adobe de cinco pies de elevación y tres de espesor sin que el caballo lo tocase, ni aún con sus herraduras. Los adversarios tenían ante sí un espacio de cien pies para emprender la carrera.

Cumplido se lanzó el primero, franqueó el muro con facilidad, recibiendo las felicitaciones más entusiastas por parte de sus camaradas.

Joaquín estaba a cincuenta pies del muro, cuando sin ir más lejos, volvió sobre sus pasos con la brida tendida, expoleó el vientre del caballo y pasó por encima de la muralla. Pero mientras estaba en el aire un lacayo mal intencionado agitó un pañuelo blanco sujeto con un anillo ante sus ojos; lo que causó un movimiento al noble bruto y tocó con sus herraduras ciertas partes del adobe.

Todos los espectadores se echaron a reir en vista del accidente de que fué víctima Joaquín. Uno sólo, el hijo del General Canales, que en los primeros días de su servicio había pasado por el mismo lance pesado, no se mezcló con los enemigos del joven sonorense. Indignado de la vergonzosa conducta de Cumplido, se lanzó sobre él, puñal en mano, y a no haber Joaquín acudido a tiempo para sujetar el brazo levantado ya, aquel rival malévolo hubiera pagado con la vida su acto de cobardía.

Joaquín declaró que no sufriría que se derramase una sola gota de sangre por su causa; luego, dirigiendo una sonrisa de desprecio a su adversario, montó ligeramente en su caballo, franqueó el muro de un salto y salió de la ciudad.

Poco tiempo después llegó a su pueblo natal, determinado a dejar

a un lado todos sus deseos ambiciosos y a vivir dichosa y tranquilamente en los encantadores lugares donde pasara su tranquila niñez.

No obstante, en Enero de 1848, Joaquín llegó a San Francisco en busca de su hermano Carlos, que desde muchos años atrás residía en California y que obtuvo de un gobernador generoso, tan frecuentes en aquella época, una concesión de cuatro leguas de tierra. Joaquín no lo encontró, ni tuvo noticia de él. En vista de esto, regresó para Sonora, en donde no tardó en casarse con una hermosísima joven llamada Carmen Félix.

Hacía un año que estaba casado, cuando recibió una carta de su hermano suplicándole que a la mayor brevedad fuese a reunirse con él a la Misión de San José, perteneciente a la California.

Carlos añadía que se habían descubierto grandes cantidades de oro en las montañas, y que si quería hacer fortuna, sin pérdida de tiempo debía encaminarse a los placeres.

Joaquín hizo todos los preparativos necesarios para este viaje; pero asuntos de familia y una enfermedad que tuvo su padre, retardaron diez meses su partida.

Entonces se puso en camino, acompañado de su linda mujercita.

Al llegar a San Francisco quedó maravillado del cambio que se había operado en aquella ciudad desde su precedente visita, que resolvió pasar en ella algunos días.

Dos días después de su llegada, estando paseando en una de las ricas casas de juego que había en la plaza, encontró a su hermano.

Este, después de abrazarle tiernamente y de pedirle informes de su familia, le participó que por medio de títulos falsos, le habían quitado las cuatro leguas de tierra que le fueron concedidas por el gobernador mexicano, y que iba a las minas en busca de un testigo que necesitaba, después de lo cual, ambos se embarcarían para México a fin de avistarse personalmente con el concesionario y volver a recobrar el terreno en cuestión, si posible fuere.

Entonces Joaquín manifestó a su hermano que deseaba acompañarlo a las minas a fin de ver cómo y en qué cantidad se sacaba el oro.

Convino en ello Carlos, pero aconsejó a Joaquín que dejase a su mujer en la misión de Dolores, en casa de un amigo que allí tenía, llamado Manuel Sepúlveda.

El sonorense aceptó la propuesta y al día siguiente él y su hermano fueron a Sacramento, en donde compraron caballos para dirigirse a Hangtown.

Allí encontraron el testigo que Carlos necesitaba. Era éste un joven californio, apellidado Flores, que acababa de llegar de un campo minero bastante lejano, para vender una cantidad de oro en polvo.

Carlos le presentó a su hermano, luego los tres entraron en un restaurant mexicano y pidieron de cenar.

Mientras discurrían sobre los alimentos que les sirvieron en la cena, como las tortillas y otros manjares por el estilo, y respecto al robo de que había sido víctima Carlos, dos hombres que habían se-

guido a Joaquín y a su hermano desde que salieron de San Francisco, entraron en la fonda, pidieron algo que beber en el mostrador, y después de dirigir una mirada al parecer indiferente sobre nuestros tres personajes, se salieron sin decir una palabra.

Después de la cena, Flores suplicó a Joaquín que le prestase su mula para dar un paseo con Carlos al rededor de la ciudad.

Joaquín se sentía algo indispuesto del cansancio de su viaje; por lo tanto se quedó en casa a fumar un cigarrito.

Durante la guerra entre México y los Estados Unidos, Joaquín se había hallado en contacto con varios norte-americanos, y aunque no estaba conforme del todo con sus ideas, sin embargo, disgustado de la debilidad de los suyos, algunas veces había sentido no haber nacido en el país de la independencia y de la libertad.

Comparaba a menudo la pereza, la dejadez, la apatía y el carácter sumiso de sus compatriotas, con la energía, actividad y cultura de los americanos, sobre todo con relación a su amor eterno por la libertad; y a no haber ofrecido tantos atractivos su pintoresca y apacible casita situada en uno de los valles más hermosos de Sonora, Joaquín habría abandonado su nacionalidad para siempre, convirtiéndose en ciudadano de hecho, cuando ya lo era de corazón, una vez que tanto le repugnaba el despotismo y la falta de lealtad de los gobernantes de México.

De pronto Joaquín fué interrumpido en sus cavilaciones por la gritería salvaje de algunos centenares de mineros que recorrían las calles dando voces descompasadas.

—¡Que se le cuelgue! ¡que se le cuelgue! que se les ponga la cuerda en el pescuezo y que sean juzgados estos mexicanos del infierno, estos ladrones endiablados!....

Joaquín se lanzó fuera de la habitación en que se hallaba, a tiempo para presenciar el espectáculo que ofrecían su hermano y Flores, colgados del pescuezo en una de las ramas de un árbol.

Habían sido acusados de robo de caballos por los dos hombres venidos de San Francisco, que aparecían como los propietarios de los animales robados.

Fué tal el furor de la muchedumbre, que las dos víctimas no habían tenido tiempo para justificarse, y todos sus esfuerzos para hacerse oír y probar que los caballos eran de su propiedad legítima, se habían estrellado contra las imprecaciones y gritos salvajes de esa multitud ciega.

Admirado y horrorizado a la vez, Joaquín solo tuvo valor para echar una mirada sobre el cuerpo inanimado de su hermano Carlos, sobre los grupos de demonios que lo rodeaban, y para cerciorarse de que lo que estaba viendo no era ficción, sino triste realidad: luego se deshizo en llanto, y sin desanimarse, procuróse una mula y volvió a Sacramento a marchas forzadas llevando en su pecho el deseo de vengarse.

Allí tomó el vapor para San Francisco; a su llegada, se dirigió a la misión y de allí a la vivienda de Sepúlveda, donde contó a su

mujer los detalles relativos al asesinato de su hermano.

La narración de Joaquín hizo palpitar el corazón de la pobre Carmen; pero, con aquel acento que el ardor del sentimiento da a la mujer, la esposa de Joaquín le amonestó para que dejase a un lado sus proyectos de venganza, que podrían serle fatales, esperando que la propia conciencia de los culpables los castigaría tarde o temprano. Aseguróle que no todos los americanos eran tan depravados, tan sanguinarios como los que se habían constituído en asesinos de su hermano Carlos; y con toda la pasión de un corazón verdaderamente amante, le suplicó que no se dejase arrastrar de sus criminales designios.

Sus lágrimas y súplicas, sus frases de amor y de consuelo produjeron un cambio notable en las intenciones de Joaquín, y dispusieron su espíritu hacia el olvido del mal.

—Sea así, dijo levantándose: todo ha pasado ya. Olvidemos y seamos dichosos. Cuando haya juntado una cantidad de oro en polvo volveremos a nuestra patria y no saldremos de allá nunca más.

Algunos días después, Joaquín, acompañado de su mujer, se dirigió a las minas situadas en el río Stanislaus; allí construyo una pequeña casa de madera, y empezó a lavar la tierra para recoger las partículas auríferas que en ella se encontraban.

En aquel entonces el país se encontraba invadido por un número considerable de individuos sin fe ni ley que los gobernara, miraban con ojos malignos y profesaban un odio atroz a todos los mexicanos, no viendo en ellos más que una raza conquistada, sin derecho ni privilegio alguno, y útil solamente bajo el yugo doméstico o la férula del esclavo. Esos seres no podían o no querían vencer la preocupación del color y la antipatía innata de castas, dos principios que son siempre más violentos, más amargos y más vivos entre los pueblos ignorantes; separándose esos principios, ¿qué es lo que hubiera podido excusar plausiblemente su inhumana opresión?

Una banda de esa gente frenética, que se atribuía el privilegio brutal de hacerlo todo a su antojo, se presentó a Joaquín y le intimó que abandonase su ***claim,*** pues no era permitido a ningún hombre de su raza trabajar en las minas de aquella región.

Habiendo rehusado Joaquín dejar un lugar que le alentaba con la esperanza de labrarse una fortuna, los más feroces de la pandilla lo dejaron postrado a fuerza de golpearlo con el mango de sus revólvers; y, mientras permanecía tendido en el suelo privado de sus sentidos, se apoderaron de su dulce y amada esposa Carmen, y le quitaron la vida después de haberla violado de la manera más infame que pueda imaginarse.

CAPITULO II.

El caballo robado.—Castigo inmerecido.—Primer paso en la carrera del crimen.—Joaquín organiza una compañía de bandidos.—Asesinato de Clark en San José.—Tentativa de asesinato en la persona de un polizonte de Marysville.—Salida para las montañas de Shasta.

Cuando Joaquín volvió en sí, ya pueden imaginarse nuestros lectores la desesperación, la sed de venganza que agitaba su pecho. Pero, al paso que ese sentimiento le torturaba el alma, se sentía incapaz de luchar por sí solo contra los asesinos de su mujer y de su hermano. Una imprudencia hubiera podido costarle muy caro.

Resolvió por tanto esperar y sufrir con calma, hasta que se le presentase la oportunidad de poner en ejecución sus planes.

Con ese objeto, en Abril de 1850, se dirigió al condado de Calaveras, e hizo alto en las minas de Murphy's; pronto se cansó del trabajo de las minas y trató de hacer fortuna jugando albures.

El monte era un juego muy en voga en México y aún considerado por algunas clases de la sociedad como una de las ocupaciones más honrosas.

Al principio le sonrió la fortuna; pero muy pronto se le declaró en contra la tirana suerte de una manera brusca, completa, y entonces Joaquín se lanzó en los sombríos abismos del crimen.

Un día fué no lejos de su campo a ver a uno de sus amigos llamado Valenzuela, y por la noche volvió a Murphy's montado en un caballo que le había prestado el amigo.

De repente se encontró rodeado de una muchedumbre furiosa que le acusaba de robo; varios individuos decían que el caballo que montaba había sido robado varias semanas antes.

Joaquín declaró que le habían prestado el animal, tratando al mismo tiempo de convencer a sus acusadores de la honradez de Valenzuela. Pero estos nada escucharon, tomaron al desdichado joven sonorense, lo ataron a un árbol y le dieron de latigazos vergonzosamente delante de todo el mundo.

En seguida la turba salvaje se encaminó a la residencia de Valenzuela, y éste fué ahorcado, sin darle tiempo para disculparse.

Esto fué bastante para provocar un cambio repentino en el carácter de Joaquín; pero uno de esos cambios terribles, implacables y sórdidos a la vez. Su alma apasionada ya no encontró ningún límite; el sentimiento del honor perdió su valor en aquel corazón destrozado

por la adversidad. Juró desde aquel entonces que no viviría más que para vengarse, y que no dejaría a su paso un solo punto que no fuese regado con la sangre de sus enemigos.

Poco tiempo después del suceso que acabamos de relatar, era una hermosa noche, un americano seguía un sendero situado a corta distancia del pueblo.

Al descender por una quebrada que atravesaba el angosto sendero, encontróse de repente cara a cara con Joaquín. Los ojos de éste despidieron chispas de rabia cual los de un tigre sediento de sangre; todo su cuerpo se agitó con un temblor nervioso.

Durante un minuto los dos hombres no cesaron de mirarse; por último, Joaquín se avalanzó sobre el viajero, lanzando un grito feroz, y le sepultó su puñal en el pecho.

—¿Qué os he hecho yo? murmuró el americano cayendo al suelo. ¡Perdón! ¡Tened compasión de mí!

—¿La tuvisteis para mí cuando ayudásteis a que se me diesen de latigazos delante de una gran multitud de gentes, cuando con la conciencia de vuestra fuerza y protegido por la brutalidad de vuestros amigos, os apoderásteis de un hombre inocente, de un ***hombre*** como vos, de un hombre semejante de Dios y que posee un alma y un corazón como todos los demás, de un hombre que por sí solo tiéne más honradez que todos vosotros juntos? ¿Y tuvisteis compasión cuando os apoderásteis de ese hombre, y lo apaleásteis y le hicísteis sufrir mil torturas? Cuando colgaron a mi hermano del pescuezo como un perro, ¿se le hizo gracia alguna? Cuando asesinaron el tesoro más querido que poseía mi corazón, en mi presencia y casi ante mis ojos, y cuando ella pidió perdón a aquellos miserables con voz angelical, arrastrándose a sus pies, ¿tuvieron compasión de la infeliz criatura? ¡Ah! solo de pensarlo mi corazón se inflama, añadió Joaquín enardecido y llevando una mano hacia su corazón, mientras que con la otra asestaba otra puñalada a su víctima.

—¡Asesino! murmuró el americano, apoyando un codo en el suelo y dirigiendo su moribunda mirada hacia el terrible Joaquín. ¡Perdón! ¡oh! ¡perdón!

Pero antes de que concluyese la frase, el acero de Joaquín le atravesó el corazón dejándolo cadáver.

Fuera de si el sonorense, (tal era la sed de venganza de que estaba poseído), continuó apuñaleando a su víctima, hasta que el cadáver del infeliz americano quedó, materialmente hablando, reducido a añicos.

—Ahora, dijo nuestro heroe, mi obra de exterminio ha empezado ya. ¡Adelante!

Y sus dientes se chocaron convulsivamente, se crispó su cuerpo, sus ojos recorrieron con una mirada la inmensidad azul del cielo que estaba suspendido sobre su cabeza; su mano convulsa y agitada apretaba con rabia el puñal que testilaba todavía la sangre de su víctima.

—He aquí, continuó diciendo, a uno de mis ofensores tendido a mis pies. Ahora que he enseñado a mi corazón y a mi mano lo que

les toca cumplir, juro no descansar ni vivir tranquilo hasta que haya exterminado al último. ¡Y tú, amada Carmen, tú cuyo espíritu espero que vigile por mí y me proteja, tú también serás vengada, y de una manera terrible! Mi brazo es fuerte ahora para cumplir su obra de destrucción: en lo sucesivo la sangre de mis enemigos correrá en abundancia y tan limpia como los torrentes de nuestras montañas.

Al día siguiente, el cadáver del americano fué encontrado por algunos mineros, y aunque estaba horriblemente mutilado, le reconocieron como a uno de los hombres que más habían contribuído a hacer maltratar a Joaquín en la escena de los latigazos.

Poco tiempo después, un doctor acertó a pasar cerca del lugar donde se había cometido el asesinato, y encontró a dos individuos montados a caballo, que descargaron sobre él sus revólvers.

Merced a la agilidad de sus piernas y a la desigualdad del terreno, el doctor logró escapar sin otra avería que su sombrero traspasado por una bala.

Si la bala hubiera sido dirigida una pulgada más abajo, era hombre muerto.

Estos hechos aterrorizaron a todos aquellos que habían sido partícipes en el complot contra Joaquín: ya no se aventuraban a salir fuera de la ciudad. Apenas se alejaban a pequeñas distancias en el campo, apenas se animaban a salir a la carretera real, cuando eran asesinados misteriosamente.

A cada instante se recibían informes de haber sido encontrado algún hombre asesinado en los caminos o en los senderos, y siempre se sacaba en limpio que la víctima era alguno de los enemigos de Joaquín.

Una comisión nombrada con motivo de estos frecuentes asesinatos, había declarado al sonorense fuera de la ley; y ya no le quedaba más recurso que seguir la carrera criminal que había emprendido de un modo tan sangriento.

Juzgó necesario para el mejor éxito de su empresa, tener caballos y dinero, lo que no podía obtener de otra manera que añadiendo el robo al asesinato.

De este modo se convirtió en bandido antes de cumplir veinte años.

En 1851 todo el mundo sabía que una pandilla de bandoleros cometía excesos por toda la California, y que su jefe no era otro que el joven Joaquín Murrieta.

Las caravanas eran sorprendidas en los caminos, y les obligaban a hacer alto y a entregar cuanto tenían consigo; los que viajaban por las regiones salvajes y solitarias, eran arrancados violentamente de la grupa de sus caballos por medio del lazo, y asesinados en los matorrales; los caballos desaparecían de los ranchos; en una palabra, todo el Estado se hallaba conmovido en presencia del pillaje y la devastación que causaba la partida de bandoleros de Joaquín.

La inteligencia superior y la educación que Joaquín poseía, habían bastado para que fuese respetado por sus camaradas.

Muy pronto se vió rodeado por una multitud de sus compatriotas, cuyo número aumentaba de día en día con la fama de sus hazañas.

Entre los que se reunieron con Joaquín, distinguíase sobre todos los demás un joven llamado Reinaldo Félix, hermano de la mujer de nuestro héroe, el cual tenía tantos deseos de vengar el asesinato de su hermana, como el mismo Joaquín. Félix fué nombrado subteniente de la pandilla, y más de una vez se hizo notable al frente de un destacamento, y al lado de Jack-Tres-Dedos, jefe que se había afiliado bajo el estandarte de Joaquín, alhagado por la fama de sus proezas.

Jack era una fiera disfrazada de hombre, y se le conocía en México bajo el nombre de Manuel García. Durante la guerra de México, perdió un dedo en una escaramuza habida entre mexicanos y americanos; de ahí le venía el apodo con que era conocido en California. Este sujeto fué quien sorprendió a dos americanos en el camino entre Sonora y Bodega, los desnudó, los martirizó cruelmente, cosiéndolos a puñaladas, les cortó la lengua y les sacó los ojos, y después quemó sus cadáveres todavía palpitantes.

De los satélites de Joaquín, citaremos a Pedro González, Luis Guerra, Juan Cardoza y Joaquín Valenzuela, todos hombres valientes, astutos, acostumbrados a la fatiga y ardiendo en deseos de venganza.

González, que tenía el mérito de conocer muy bien los caballos ¡había robado tanto! se encargó de proveer a la compañía de caballaduras. A más, servía de espía, y a cualquier lugar que se dirigía la pandilla, nuestro hombre daba detalles exactos de la situación de los pueblos circunvecinos.

Valenzuela era hermano del sujeto que fué ahorcado el mismo día que dieron latigazos a Joaquín: había servido mucho tiempo en México en compañía de Guerra, a las órdenes de un bandido muy conocido, llamado Jarauta.

En la época que pasaban los sucesos que estamos narrando, la banda de Joaquín se componía de cuarenta y cinco hombres cuando menos, y a cada rato le llegaban refuerzos de la Baja California y de Sonora.

A la cabeza de esta poderosa reunión de perdonavidas, Joaquín asoló el Estado durante el año de 1851, sin que las muchas personas que lo trataban amistosamente, llegasen ni siquiera a imaginarse, al verle frecuentemente en los pueblos, que aquel hombre tenía la más mínima parte en los sucesos que iban refiriéndose de boca en boca y que tenían consternados a los habitantes de California.

A veces permanecía varias semanas en un mismo pueblo, dedicándose al juego, sin que nadie fuese capaz de adivinar su verdadero carácter.

En el verano de 1851, Joaquín habitaba en un punto retirado del pueblo de San José: una noche fué preso por haberse hallado complicado en una pendencia que hubo en una de las casas de un baile llamado comunmente de los ***fandangos.***

Presentado ante un magistrado, fué multado en doce pesos.

Al ponerlo en libertad, suplicó al sheriff Clark que estaba encargado de su custodia, que lo acompañase hasta su casa y le daría los doce pesos y además una gratificación, por la molestia.

Joaquín y el sheriff emprendieron la marcha hablando amistosamente; pero al llegar al borde de un jaral, el bandido sacó su puñal, diciendo a Clark que lo había llevado allí para matarlo, y antes que éste pudiera hacer uso de su revólver, le atravesó el corazón de una puñalada.

Clark había llegado a inspirar recelo a la pandilla de Joaquín, a consecuencia de la vigilancia que ejercía sobre sus individuos; varias veces había intentado arrestar a algunos de ellos, y por eso el jefe aprovechó la oportunidad que se le presentaba para desembarazarse de él.

Algunos meses después, Joaquín se estableció cerca de un grupo de tiendas de campaña y de barracas conocidas con el nombre de ***campo de los sonorenses,*** situado a cuatro o cinco millas de Marysville.

Muy pronto ya no se hablaba en aquel punto de otra cosa que de los frecuentes y diabólicos asesinatos que tenían lugar.

Desde el 7 al 12 de Noviembre, fueron asesinadas no menos de once personas, en un país que sólo tendrá unas doce millas de longitud; todos esos crímenes eran cometidos por la banda de Joaquín.

Algunos ciudadanos de Marysville se alarmaron al conocer lo que estaba pasando casi a las puertas de aquella ciudad y se organizó inmediatamente una compañía para salir al encuentro de los autores de tan nefandos crímenes, con la esperanza de capturarlos y entregarlos a la justicia.

La compañía hizo las investigaciones que creyó necesarias y lo único que consiguió fué el descubrimiento de seis cadáveres más, no lejos de Honcut-Creek, los cuales conservaban aun las señales visibles de que la muerte había sido causada por medio de la extrangulación del lazo.

Después de haber recorrido todo el condado de Yuba, sin haber hallado ni siquiera el rastro de los asesinos, sus perseguidores volvieron a Marysville, sintiendo mucho no haber podido cumplir su misión satisfactoriamente.

Al día siguiente se supo que varios individuos habían sido matados cerca de Bidwell's Bar, lo que consternó a todo el pueblo.

El temor era general, y nadie osaba viajar por los caminos públicos.

Finalmente, las sospechas recayeron sobre el campo de los sonorenses, ocupado exclusivamente por los mexicanos, muchos de los cuales poseían valiosos caballos, magníficos sarapes, gran cantidad de alhajas y mucho oro, sin apariencia de que se ocupasen en hacer algo.

Una noche que la luna resplandecía con toda su belleza, el Sheriff de Yuba, Mr. Buchanan, acompañado de Elke Bowen, se encaminaron al campo sonorense, para reconocer el lugar y arrestar a tres individuos sospechosos que se ocultaban en aquellos contornos.

Al franquear una empalizada, cuatro mexicanos los atacaron por detrás, y el Sheriff fué malamente herido por una bala de revólver que le atravesó el cuerpo de parte a parte.

Los mexicanos huyeron. Buchanan fué conducido a Marysville, donde su vida estuvo en peligro por algún tiempo; después se restableció de su herida.

Ya entonces los bandidos trataron de salir de la vecindad de Marysville, lo más pronto posible.

Retirándose hacia la parte occidental de las montañas de Shasta, manteniéndose por espacio de algunos meses en una actitud salvaje, y no pareciendo en los valles más que una que otra vez, y esto solamente para proveerse de guarniciones y caballos.

En esta región solitaria, visitada primeramente por algunos mineros, no dejaron, de encontrarse algunos esqueletos humanos. Los unos no tenían señal alguna que pudiese indicar de qué manera habían muerto, pero otros se distinguían perfectamente por las huellas de las balas de revólver que los condujeran al otro mundo de un modo misterioso.

CAPITULO III.

Viaje a Sonora.—Nuevo casamiento.—Vuelta a la California.—El cuartel general.—Llegada a Mokelumme Hill.—Rasgo de audacia en una casa de juego.

En los primeros días de la primavera de 1852, Joaquín y su pandilla bajaron de las montañas, trayendo con ellos cerca de trescientos caballos robados durante el invierno. Los llevaron al Estado de Sonora, atravesando la parte meridional de California, teniendo buen cuidado de viajar solamente de noche; allí los vendieron.

Algunas semanas después, nuestros hombres volvieron a California, estableciendo su cuartel general en un magnífico punto cubierto de forraje y conocido con el nombre de Arroyo Cantova.

Erase un valle de siete a ocho mil acres de extensión, fértil, con agua en abundancia y defendido por una cadena de montañas que no tenía más paso que una pequeña angostura, en la cual pocos hombres decididos podían defenderse contra un ejército colosal.

Este rico y delicioso valle estaba situado entre los pasos del Tejón y de Pacheco, al Este de la gran cadena de montañas y al Oeste del lago de Tulares. Por su posición topográfica este punto es a propósito para una retirada tanto más cuanto que no hay ni una sola habitación a cincuenta leguas a la redonda. La caza en él es muy abundante: el oso, el alce, el antílope, la corza, la codorniz, el gallo silvestre y otros muchos animales más pequeños parecen colo-

cados allí expresamente para alimentar al hombre. El lugar, pues, que escogieron Joaquín y su gavilla para sentar sus reales, no podía ser más a propósito.

En medio de un grupo de espesos robles siempre verdes, fijó su residencia Joaquín.

Más de una vez se veía recostado el jefe de bandidos sobre la menuda yerba de que había adornado la naturaleza aquel ameno valle, teniendo a su lado una hermosa y simpática joven que había conquistado en Sonora, cuando él y su partida fueron allí a vender los caballos robados.

Clarita,—así se llamaba la agraciada niña,—era hija de don Sebastián Valero, grande de España, que después de haber perdido pródigamente su fortuna, se había retirado a México con un pequeño capital y había comprado un pedazo de tierra contiguo al rancho del padre de Joaquín.

La primera vez que se vieron Clarita y Joaquín, aquella sólo contaba diez años y nuestro héroe trece. La primera, sin embargo, con su instinto femenino, no dejó pasar inadvertidas las bellas formas y hermoso rostro del joven, ni menos su aire marcial al montar a caballo; así pues, cada vez que se encontraban, Clarita lanzaba al sonorense tiernas y apasionadas miradas; pero Joaquín solo correspondía a aquellas demostraciones de cariño con la indiferencia. Clarita se hallaba verdaderamente enamorada de nuestro joven y en su imaginación ardiente se forjaba mil ideas románticas, que no se desvanecían al observar el positivismo de Joaquín.

Algunos años después, al salir Joaquín del hogar paterno con la mujer que había elegido por esposa, y cuando dijo adios a todos sus deudos y allegados, Clarita puso en uno de los dedos del joven una sortija de oro, retirándose en seguida para llorar en silencio y aliviarse del peso que oprimía su corazón.

Joaquín solo vió aquel regalo como una prueba de simpatía hacia su mujer, y se apresuró a dárselo; pero Carmen vió en él otra idea muy distinta y suplicó a su marido que lo llevase siempre en prueba de su amor. Carmen supuso que la joven española había regalado a su esposo aquel anillo en prueba de amistad, y que sería ofenderla si violase su deseo. Suponía además que podía serle útil en un momento de peligro; la sencillez de Carmen conservaba aún ciertos resabios de la antigua superstición española.

—No sería extraño, dijo a su marido, que este anillo tuviese algún secreto, y tal vez podría hacerte falta en la hora del peligro.

Joaquín se sonrió con ironía; pero desde entonces no dejó de llevar consigo el pretendido talismán, hasta su muerte.

Sólo una vez olvidó de ponérselo; el día que fué tratado tan ignominiosamente en el campo de Murphy. El anillo se le había olvidado en su cuarto, en medio de otras alhajas; después no cesó de llevarlo consigo.

Cuando Joaquín regresó a Sonora, Clarita observó que el talismán se hallaba siempre en el mismo lugar: creyóse amada de nuestro héroe y le declaró su pasión.

Durante su permanencia en California, Joaquín había tenido al corriente a su familia de todos los acontecimientos que formaban parte de su historia. Clarita sabía ya que su mujer había muerto, y que él era un célebre bandido; pero a pesar de todo, ella le amaba con ternura y con toda la pasión de las jóvenes mexicanas.

Al principio Joaquín se contentó con admirar la inocencia y candidez que desplegaba la joven para probarle su pasión; pero pronto cedió a la influencia de los bellos ojos de Clarita, y concluyó por arrojarse a sus pies declarándole que su primer amor no había sido más que la fantasía de un alma joven, y que por vez primera se hallaba fascinado por una pasión tan pura como violenta.

De esta manera se hizo pronto dueño de una amiga fiel, y cuando ambos jóvenes vinieron a sentarse bajo el verde follaje, a la sombra de los encinos del arroyo Cantova, ya había sido olvidado el nombre de la pobre Carmen y toda su ternura, fidelidad y amor.

Los bandidos permanecieron algunas semanas en el cuartel general, y después Joaquín los dividió en varios destacamentos. Su pandilla se componía entonces de setenta y cinco individuos. Dió el mando de los destacamentos a Valenzuela, a Luis Guerra y a Jack-Tres-Dedos, mandándolos a distintos puntos con orden de ocuparse solamente en el robo de caballos y mulas, pues tenía un plan en espectativa para el cual se necesitaban de mil a dos mil quinientos de esos animales.

Joaquín salió por otro lado, acompañado de Reinaldo Félix, Juan Cardosa y Pedro González.

Iban con ellos tres mujeres disfrazadas de hombres y armadas hasta los dientes: una de ellas era la querida de Joaquín, las otras dos, las mujeres de González y Félix. Todos los que formaban parte de esta expedición iban muy bien montados, pero únicamente el jefe sabía el objeto de ella.

Al llegar a Mokelumme Hill, de Calaveras, se mezclaron con los mexicanos que allí habitaban, y que eran amigos suyos; cuando visitaban las casas de juego o se paseaban por la ciudad, nadie hubiera sido capaz de distinguirlos de los demás habitantes de su misma raza.

Corría el mes de Abril de 1852.

Las mujeres se habían vuelto a poner los trajes de su sexo, y todos admiraban su modestia y su conducta intachable.

Los hombres salían de cuando en cuando montados en sus caballos, y recorrían un espacio de varias millas, después de lo cual volvían a sus casas, donde eran aguardados con impaciencia por sus fieles compañeras. Joaquín tenía las apariencias de un jugador elegante y afortunado y la vida que llevaba confirmaba al público en su opinión.

Mientras tanto, los otros destacamentos desempeñaban con ardor cada uno por su lado, la misión que les confiara Joaquín; éste veía cada día en los periódicos que la mayor parte de los ranchos del Sud habían sido despojados de sus caballos y mulas. Los papeles achacaban a Joaquín todos estos robos.

En todos los asesinatos y robos en que había figurado personal-

mente Joaquín, siempre apareció con un traje distinto; de ese modo nadie era capaz de conocerle; y si alguno lo hubiera hallado en un camino, y por casualidad lo volviese a ver en algún pueblo, jamás hubiera llegado a imaginarse que era el mismo hombre, tal era el cambio que en él se operaba por medio del disfraz.

Varias veces se mezcló en los corrillos y escuchó conversaciones que le atañían, riéndose entre sí al oir las suposiciones de que era objeto con respecto a su pandilla y al género de vida que llevaban él y sus compañeros.

Después de haberse estado en Mokelumme Hill todo el tiempo que juzgó necesario, se dispuso a partir.

Iba a entrar el 1o. de Mayo.

A media noche, todo estaba dispuesto para la partida: antes de salir, Joaquín, para no perder la costumbre, visitó las casas de juego y las cantinas, establecimientos que figuraban en primera línea en la época que ocurrían los sucesos que estamos contando.

Hallábase sentado en una mesa de monte, sobre la cual había amontonado con negligencia una pequeña cantidad de plata con objeto de matar el tiempo, cuando de repente fué distraído del juego por una persona que pronunciaba su nombre, enfrente del mismo lugar en donde estaba sentado.

Su vista se fijó sobre cuatro o cinco americanos que se ocupaban de él con calor, si bien en voz baja.

Uno de ellos, hombre alto y robusto, y que tenía un puñal y un revólver en su cintura, declaró que su mayor deseo sería encontrarse frente a frente con Joaquín: que llegado el caso, lo mataría con la misma presteza que si se tratase de matar una serpiente.

Al oir estas palabras el audaz bandido se lanzó sobre la mesa de monte, y delante de todo el mundo sacó de su cintura un revólver de seis tiros, y con el pecho descubierto, sin mas defensa que su brazo desplegado, dijo a la muchedumbre que lo rodeaba:

—¡Yo soy Joaquín Murrieta! ¡Si alguno de vosotros quiere matarme, se le presenta la oportunidad de hacerlo! ¡Apuesto que no disparáis un balazo!

El movimiento del joven había sido tan súbito, tan inesperado, que todos permanecieron en silencio, como petrificados.

Aprovechando la consternación y la confusión de que todos estaban poseídos, Joaquín se embozó en su manta y salió del salón con la rapidez del relámpago, montando a caballo y huyendo a todo escape.

Pocos instantes bastaron para que los jugadores volviesen en sí de su estupor y recobrasen su valor natural: Joaquín oyó silbar las balas de revólver que le enviaban desde el salón, pero afortunadamente ninguna le hizo mella, y los tiradores recibieron en cambio de la pólvora y el plomo gastados, algunas palabras de desprecio que profirió nuestro héroe por vía de burla al retirarse tranquilamente de la población.

CAPITULO IV.

La cita.—Joaquín se fastidia y vuelve a las andadas.—Asesinato de un carretero.—Encuentro con el famoso Bill Miller.—El capitán Harry Love persigue a Joaquín.—Este y los suyos son hechos prisioneros por los indios.—Se les restituye la libertad después de haber sido despojados y robados.

Cuando Joaquín llegó al arroyo de Cantova, punto convenido de antemano para reunirse, encontró de tres a cuatrocientos caballos traídos por sus compañeros; éstos estaban acampados aguardando nuevas órdenes. El jefe despachó unos cuantos con la misión de llevar las bestias a Sonora para más seguridad; al mismo tiempo mandó entregar a uno de sus confidentes secretos, residente en aquel Estado, la cantidad de cinco mil pesos.

A fines de Mayo, empezó a fastidiarse: la inactividad lo corroía. Volvió a emprender sus excursiones por los caminos carreteros, acompañado siempre de González, Félix, Cardoza y las tres mujeres, quienes montaban en magníficos caballos, formaban el más lindo trío de jinetes que joven alguno ha llegado jamás a imaginarse.

En los diez primeros días, sólo encontraron algunos viajeros pobres que se dirigían a las minas a pie: la bolsa de Joaquín, pues, se hallaba muy exhausta, por lo cual resolvió caer sobre el primer individuo que encontrase con apariencia de llevar algún dinero.

Al caer la noche apareció un joven llamado Allen Ruddel, que guiaba un convoy de provisiones.

Joaquín dejó a sus amigos atrás, hizo galopar su caballo en dirección a Ruddel, y cortando el llano, lo abordó de frente y le suplicó que le ***prestase*** todo el dinero que llevara consigo.

Engañado tal vez por el rostro juvenil de su interlocutor, el carretero creyó habérselas con un salteador de caminos, novicio en el oficio; así, pues, respondió a su interpelación con una sonrisa burlona, y apretó el paso a sus caballos.

Joaquín se encaminó hacia él, y sacando su revólver, le dijo en tono brusco y perentorio que se parase.

Ruddel comenzó a temblar y obedeció.

—Ahora, amigo, dijo Joaquín con voz más suave, sólo deseo que me ***prestéis*** vuestro dinero, pues aunque soy ladrón, no me gusta despojar a un pobre trabajador, y os juro por mi nombre de Joaquín, que os devolveré lo que me hayáis prestado.

Ruddel, en vez de responder, hizo un movimiento súbito para sacar su revólver.

Joaquín lo contuvo:

—Vamos, díjole, no hagáis una locura. Yo no me encuentro sin dinero muy a menudo, y podéis contar con mi palabra. No quiero mataros, pero si me amenazáis con vuestro revólver, os quitaré la vida irremediablemente.

Ruddel no escuchó el consejo que le daba Joaquín; pero séase efecto de miedo que tenía, o de que su revólver encontrase algún obstáculo al sacarlo, lo cierto es que no pudo armarse a tiempo.

En aquel instante llegaba al trote Reinaldo Félix para advertir a su jefe que se despachara pronto, pues que dos hombres bien montados se dirigían hacia él.

Joaquín volvió a colocar en la funda el revólver que había sacado ya de su bolsa, pronunciando un juramento; luego sacó de su cintura un gran puñal, y dió una puñalada al carretero, que cayó de su silla, cadáver ya.

Ruddel llevaba consigo cuatrocientos pesos.

Joaquín dejó el cadáver en el camino, fué a reunirse con sus compañeros, y volvieron todos a emprender la marcha.

Hacía apenas cinco minutos del suceso, cuando los dos jinetes anunciados aparecieron en el camino. Entonces dijo Joaquín:

—Vamos a ver ahora, cuánto dinero traen estos marchantes, y juro que esta vez no se burlarán de mí.

Un pequeño espolonazo hizo adelantar su caballo de los demás. Revólver en mano y con la puntería hacia los viajeros, el joven bandido les ordenó que hiciesen alto. Los caballos, detenidos violentamente por la brida, se encabritaron, y uno de los jinetes contestó riéndose:

—¡Qué, Joaquín! ¿ya no me conoces? ¿te has olvidado de Bill Miller?

—¡Diablo! ¡es verdad! dijo Joaquín sonriendo: ahora me acuerdo. Parece que andas muy bien montado.

—¡Oh! sí, bastante bien. Ya sabes que escojo mis bestias en el valle de Sacramento. Actualmente estoy persiguiendo una expedición de ganado lanar en este hermoso país: mis fondos son muy cortos, por lo cual me veo precisado a hacer dinero lo más pronto posible.

—¿De veras, Bill? ¡Bien! Tú eres americano, pero para mí has sido siempre un buen amigo: si un centenar de pesos puede servirte de algo, aquí los tienes, tómalos.

—Gracias, dijo Bill tomando aquella cantidad, he aquí una verdadera fortuna. Ahora te dejo: ¡buena suerte y hasta la vista!

Adios, amigo, respondió Joaquín, y que tengas tan buena suerte como siempre.

Después de eso las dos compañías se dirigieron cada una por su lado.

En aquella época había un capitán llamado Harry Love, que tuvo la idea de organizar, a sus expensas y bajo su propia responsabilidad, una pequeña compañía para seguir al atrevido Joaquín.

Desde entonces, el capitán Love había siempre viajado y sopor-

tado todo género de fatigas. Había prestado muy buenos servicios en la guerra de México, como portador de los despachos cambiados entre los cuerpos militares, y esto en medio de los lugares más salvajes y más peligrosos del país enemigo. Con una sangre fría a toda prueba en la hora del peligro y una habilidad particular en el manejo del puñal, el revólver o el rifle, el capitán Love era el hombre más apropósito para encararse con un adversario tan temible como Joaquín.

Después del asesinato de Allen Ruddel, el capitán Harry Love siguió las huellas del bandido, persiguiéndole hasta el rancho de San Luis Gonzaga, que sabía que ordinariamente servía de guarida a la compañía de bandidos.

Llegó allí de noche, e informado por un espía que había apostado en aquel lugar, de que los que buscaban se hallaban en una tienda de campaña al otro lado del rancho, dirigióse cautelosamente de aquel lado, al frente de sus hombres.

Antes de que hubiese llegado al umbral de la puerta, una mujer que habitaba en una cabaña contigua dió la voz de alarma y más listos que un galgo, Joaquín, Félix, González y Cardoza cortaron la tela de la parte inferior de su tienda y se escaparon, protegidos por la obscuridad de la noche.

Cuando Harry Love llegó allí se encontró delante de cuatro o cinco mujeres, tres de las cuales eran las queridas de los bandidos; el capitán lo ignoraba, pues de otro modo se hubiera apoderado de ellas y habría compelido a sus adversarios a dejarse ver.

Harry Love tenía otros negocios a que atender, de consiguiente no juzgó conveniente la persecución; por una vez más los bandidos escaparon sólo con el susto.

Después de abrirse paso en medio de su cabaña, los salteadores se dirigieron en línea recta hacia el lugar que se llama Orris Timbers, situado a unas ocho millas del rancho de San Luis: allí se robaron cosa de treinta caballos lindísimos, los que llevaron a las montañas vecinas.

La siguiente noche volvieron al lado de sus compañeras, éstas se disfrazaron apresuradamente, y se lanzaron todos al galope hacia los montes, donde hicieron alto hasta el día siguiente; después ese mismo día se dirigieron a Los Angeles por el llano de Tulares, arriando delante de ellos las bestias robadas.

Al llegar al país de los indios tejones, los bandidos acamparon en el borde de un riachuelo distante como cinco millas de las principales barracas de la tribu.

Todas las apariencias demostraban que nada había que temer de aquellas gentes inofensivas; así, pues, dejáronse las armas y se resolvió descansar y divertirse algunos días.

Sin embargo, un indio se había aproximado al campo de los mexicanos, y observando su porte elegante, sus alhajas y los hermosos caballos que pacían a su alrededor, corrió a toda prisa a la capital indiana para dar cuenta al viejo jefe Sappatara.

Exitado por su concupicencia, Sappatara vió en ello un favor del

Grande Espíritu, que enviaba aquellas riquezas a su territorio para bien de su tribu, y resolvió apropiárselas.

Una noche, mientras Murrieta, González y Félix reposaban tranquilamente a la sombra de unos robles, al lado de sus queridas, sin imaginarse ni por asomo el peligro que les amenazaba, y en tanto que Cardoza, tendido perezosamente sobre la yerba, vigilaba los caballos que pacían a corta distancia, viéronse rodeados de improviso por un número formidable de indios, que los ataron fuertemente con grandes correas.

Los indios estaban gozosísimos al pensar en el buen éxito que había coronado su empresa; en efecto, si los bandidos hubiesen opuesto la más débil resistencia, si solamente hubiesen visto los indios un puñal o un revólver, habrían corrido con la ligereza del antílope. Conducida nuestra gente al lugar que servía de morada al jefe indio, fueron despojados de sus alhajas y sus vestidos, permitiéndoseles solamente, para guardar su modestia, cubrirse con algunos trozos de frazadas que estaban tiradas por el suelo.

Los bandidos dejaron en poder de los ladrones indios, cuatro mil pesos en oro y más de dos mil pesos en alhajas, sin contar el peligro en que se hallaban de perder la vida a cada rato.

Por espacio de ocho días los tuvo prisioneros de guerra el viejo jefe, devanándose los sesos para ver si los haría fusilar, colgar, ahogar o quemar, en fin creyendo que habían ya pagado con creces la temeridad de haber invadido su territorio, el viejo Sappatara les dirigió un largo discurso, en el cual se extendió sobre la enormidad y el número de crímenes que debían haber cometido para hallarse en posesión de un número tan considerable de oro y alhajas; después los hizo escoltar hasta los confines de sus dominios por un destacamento de indios armados con los puñales y los revólvers robados a los mexicanos, los cuales no tuvieron otro recurso que alejarse de aquellos sitios, completamente derrotados.

CAPITULO V.

Joaquín encuentra a Jim Mountain.—Llegada a San Gabriel.—Captura de uno de los bandidos por el capitán Harry Love.—Tentativa para librarlo.—Asesinato del capitán Wilson.—Joaquín se encuentra con un antiguo amigo.—Este lo traiciona.—El espía.—Pronta y sangrienta venganza del jefe de los bandidos.

Joaquín había soportado su cautiverio con la mayor resignación, no habiendo podido menos de reirse de su ridícula posición. Admirábase de que los indios tejones, tan poco guerreros por naturaleza, hubiesen tenido suficiente valor para llevar a cabo con tan buen éxito aquella empresa.

Después de haber andado dos días, la pequeña compañía llégó a la entrada del paso del Tejón, situada a algunas millas del rancho de San Francisco; allí la casualidad les deparó a uno de los suyos llamado Jim Mountain, quien informado por los mismos bandidos de la aventura que les aconteciera, volvió inmediatamente al rancho y pronto les trajo los vestidos necesarios para Joaquín y sus compañeros; también les suministró tres caballos. Uno de éstos, negro y hermosísimo y bien guarnecido fué presentado al jefe, junto con un revólver de Colt y un puñal.

Joaquín algunos momentos antes fugitivo y sin defensa, se encontró de improviso vestido, calzado, bien montado y mejor armado; en una palabra, transformado en poderoso y temible bandido, merced a los recursos de la asociación formada y dirigida por su genio organizador.

Todo listo, Joaquín ,Félix y González montaron a caballo, colocó cada uno a su querida en la grupa y se lanzaron al galope en dirección a San Gabriel.

Cardoza los seguía a pie.

Cuando llegaron a San Gabriel estaba ya muy avanzada la noche.

Habiéndose dirigido al lugar en que ordinariamente se reunían, nuestros hombres tuvieron allí el encuentro inesperado de Guerra, Valenzuela y sus pandillas.

Estos habían vuelto de Sonora antes de lo que creían, y no habiendo hallado a su jefe en Arroyo Cantova, prefirieron lanzarse a una expedición de salteo, más bien que estar sin hacer nada.

Después de su regreso, habían cometido numerosas depredaciones en las inmediaciones de San Gabriel; pero habían sido perseguidos por el general Bean, que empleaba todas sus fuerzas para capturarlos.

—Es preciso que muera ese hombre, dijo Joaquín. Se ha hecho peligroso para nosotros, y debemos desembarazarnos de él antes de abandonar este punto.

Todos apoyaron las palabras de su capitán.

Después, la conversación versó sobre el viaje a Sonora.

Los bandidos hicieron saber a su jefe que los caballos habían sido puestos en el rancho que él indicó.

La pandilla se hallaba bien provista de comestibles, frazadas, licores y cigarritos; por lo tanto se resolvió permanecer dos o tres semanas en el campamento. Durante ese tiempo, González y Cardoza, habían sido mandados por su jefe con una comisión particular al rancho de San Buenaventura. Sabido es que en este rancho se refugiaba Joaquín cuando lo juzgaba necesario.

Algunos días después, el capitán Harry Love, en aquel entonces diputado-sheriff del condado de Los Angeles, que conocía personalmente a González, lo vió con Cardoza en la raya de San Buenaventura, y en seguida trató de tomarlos prisioneros y entregarlos a la justicia.

Después de haber espiado sus pasos con la mayor paciencia, vió que entraban a una pequeña cantina situada en un camino que

desembocaba en las montañas.

El capitán se colocó detrás de una roca y aguardó que saliesen de la cantina.

Habiendo transcurrido veinte minutos, el capitán Love, salió de su escondrijo y se encaminó a la cantina.

Ya estaba cerca de ella cuando Cardoza salió, pero solo, y tomó el camino de la montaña.

Harry Love se lanzó sobre él.

Pero el atrevido bandido se escapó de sus manos y echó a correr ligero como una corza.

El capitán le disparó dos pistoletazos: una de las balas le rozó el cráneo, la otra fué a dar contra una roca que ocultó al fugitivo, y desapareció.

El capitán que no deseaba esencialmente prender a Cardoza, sino que más bien prefería apoderarse de González, a quien conocía como un gran pícaro, dirigió toda su atención hacia éste. Entró en la tienda, pistola en mano, aguardaba una feroz resistencia, pero su admiración fué grande al encontrar al bandido ebrio como una uva, lo que le permitió desarmarlo a su sabor. Media hora después, los dos se dirigían por el camino de Los Angeles. Cardoza los vió de lejos y corriendo fué a dar parte del arresto a su jefe.

Este acompañado de Jim Mountain y de la pandilla de Valenzuela, salió apresuradamente con objeto de rodear a Love y salvar la vida a su valiente camarada.

Anduvieron, mejor dicho, corrieron toda la noche, y al amanecer apercibieron al prisionero y su guardián.

González viendo el socorro que le llegaba, agitó su pañuelo en el aire.

Love comprendió entonces el peligro que le amenazaba viajando solo con un compañero tan peligroso, y viendo la señal que éste hacía, sacó su revólver y disparó un balazo a su prisionero: la bala fué a perderse en el corazón de González.

Love lanzó una mirada hacia atrás, y vió en medio de una nube de polvo, una partida de ginetes rápidos como el viento, que se dirigían de su lado: juzgó prudente, pues, alejarse a marchas dobles, lo que hizo espoleando el vientre de su caballo algo más de lo regular.

Algunos minutos después, los bandidos se pararon en el lugar donde había caído González, y al ver su cadáver, un grito de rabia y desesperación se escapó de los labios de todos.

Ya no había remedio: el cadáver fué abandonado y la pandilla volvió a San Gabriel, en donde supo Joaquín que Jack Tres-Dedos y su destacamento se hallaban en Los Angeles; también tuvo noticia de que el capitán Wilson, diputado-sheriff del condado de Santa Bárbara, había estado en San Gabriel la noche anterior con objeto de buscar al jefe superior de los bandidos, que había jurado coger vivo o muerto.

Apurado por ver a Jack Tres-Dedos, Joaquín tomó dos de los hombres más fuertes de su comitiva y se encaminó con ellos a Los Angeles, en donde encontró a su subteniente. Este le hizo saber

que a diez millas de San Gabriel, había incendiado una casa, cuyos habitantes habían sido asesinados uno tras otro, al huir para escapar de las llamas.

Joaquín permaneció varios días en Los Angeles, guardando el incógnito.

Una noche había salido a dar una vuelta, cuando supo que el capitán Wilson se hallaba alojado en el primer hotel de la ciudad, y que hablaba abiertamente de su propósito de acabar con el jefe de bandidos, tan famoso en aquella comarca.

La noche siguiente se trabó una disputa enfrente del hotel, y la gente se dirigió hacia aquel punto para presenciar un combate a muerte entre dos mineros indios.

Wilson se mezcló entre la demás gente, para ser espectador de una escena agradable.

De repente se presentó un sujeto, montado en regla, y murmuró a su oído:

—¡Yo soy Joaquín Murrieta!

Sorprendido el capitán, levantó la cabeza; pero apenas había operado este movimiento, cuando recibió una bala que lo dejó tendido en el suelo.

En seguida el atrevido bandido espoleó su caballo y desapareció a lo lejos.

La pelea de los indios era un pretexto inventado por Jack Tres-Dedos, para que Wilson saliera del hotel y Joaquín pudiese desembarazarse de aquel enemigo.

Después de haber tenido una corta conferencia con sus subtenientes, el joven bandido mandó a Valenzuela y su pandilla, a Jim Mountain y Cardoza al condado de San Diego.

Llevaba órdenes para apoderarse de todos los caballos que encontrase y conducirlos al cuartel general de Arroyo Cantova.

Mientras tanto, Joaquín debía volver a San Gabriel con Jack Tres-Dedos y algunos otros.

Una semana después, Luis Guerra, que había sido comisionado para espiar los movimientos del general Bean, vióle salir una noche de su residencia de San Gabriel y dirigirse a caballo hacia una propiedad privada situada a algunas millas de aquel lugar.

Joaquín, Guerra y Jack Tres-Dedos, se lanzaron en persona hacia allí, emboscándose en el camino, a una milla de distancia poco más o menos de la casa.

Al aparecer el general, los bandidos lo sorprendieron, sin darle tiempo para hacer uso de las armas que llevaba consigo. Guerra y Jack Tres-Dedos lo arrancaron de la silla de su caballo, mientras que Joaquín le sepultó dos veces un puñal en el corazón, dejándole tendido a sus pies.

Jack Tres-Dedos, quiso además satisfacer sus instintos brutales en el cadáver del malogrado general Bean; sacó su revólver y le disparó tres pistoletazos en la cabeza.

Concluída esta terrible ejecución, Joaquín reunió su pandilla y avanzó hacia el Norte, en el condado de Calaveras, dejando huellas

de su paso por medio de un sinnúmero de robos que cometió.

Cuando llegó al pueblo de Jackson, era a fines de Agosto de 1852.

Una noche se paseaba solo por un camino, cuando se encontró con un sujeto llamado Joseph Lake, a quien había conocido antes de ser bandido. Trabajaron juntos en las minas del río Stanislaus, y habían vivido por mucho tiempo en la mayor intimidad.

Después de haberle saludado amistosamente, Joaquín tomó la misma dirección, y durante algunos minutos marchó al lado de Lake mudo y silencioso.

A poco rato golpeó ligeramente con su mano el hombro de su compañero, y le dijo con voz algo conmovida:

—Joe, sabéis lo que he sido antes y lo que soy ahora; pero lo juro por el cielo, sólo la injusticia y la tiranía me han conducido al lugar que ahora ocupo. No os pido por hoy ni vuestro aprecio ni vuestra estimación, pues sois un hombre honrado; pero os exijo un favor, y es que no me traicionéis a los ojos de los que ignoran mi nombre y mi carácter.

—Joaquín, respondió el interpelado, es cierto que en otra época estábamos ligados por los lazos de la amistad, al extremo que cualquiera hubiera creído que éramos hermanos. A la fecha todavía continuaríamos lo mismo, si no os hubiérais separado del buen camino; pero ahora hay entre nosotros el inmenso abismo del deshonor, y el lazo que nos unía, ha sido roto para siempre.

—Lo que acabáis de decir es justo, Joe, respondió Joaquín, pero no por eso debéis traicionarme. A pesar de todo, yo ***os aprecio*** en recuerdo de lo pasado, y me pesaría mucho tener que mataros: sin embargo, si habláis siquiera una palabra del encuentro que habéis tenido esta noche, no me quedará otro recurso que enviaros al otro mundo.

—Perded cuidado, dijo Lake, nadie sabrá que yo os he visto.

Y después de saludarse cortesmente, ambos se separaron.

Joaquín tomó un camino tortuoso para volver a su cuartel general, y el americano siguió el camino que debía conducirlo al pueblo de Hornitos, en donde habitaba.

Al día siguiente, Lake informó a varios de sus conciudadanos del encuentro que había tenido: díjoles que vió al famoso Joaquín Murrieta, y que le habló y que se hallaba cerca de allí. A corta distancia del americano había un mexicano envuelto en su zarape, fumando un cigarrito sin que se ocupase al parecer de lo que pasaba o se hablaba en torno de sí.

Lake le pidió fuego, y el mexicano se lo dió con toda la gracia particular de un español o un hispano-americano.

Tres horas después, un ginete, cuyo rostro se ocultaba debajo de una espesa barba negra, se adelantó pausadamente hacia un almacén enfrente del cual Lake estaba entretenido con algunos de sus amigos. Con la mayor política el ginete suplicó al americano que se le acercáse.

—¡Me conocéis, Joe! dijo el de a caballo.

—¡Ah! exclamó Lake retrocediendo uno o dos pasos; reconozco vuestro acento, sí; sois....

—*Yes, sir,* yo soy Joaquín.... me habéis *traicionado.*

Y al decir estas palabras, Joaquín levantó la tapa de los sesos a Lake de un pistoletazo.

Merced a la ligereza de su caballo, Joaquín salió ileso de la descarga general que le enviaron los amigos de Lake: algunos minutos después se hallaba en la cima de una colina acompañado de cuarenta o cincuenta hombres que marchaban a sus órdenes tranquilamente, al paso de sus caballos.

CAPITULO VI.

El campamento.—Jack Tres-Dedos y sus ocho chinos.—Carnicería general.—Llegada a Arroyo Cantova.—El banquete.—Nuevos reclutas.—Querella en medio de un festín.

Joaquín inquieto por la suerte de Valenzuela, de Cardoza y de Jim Mountain, ansioso de saber el resultado de su misión, se encaminó con su pandilla hacia el lugar de reunión general.

La noche siguiente acamparon los bandidos arriba de una quebrada, y después de encender una enorme hoguera, comenzaron a refrigerarse con sardinas de Nantes y *crackers* (galletitas que traían siempre consigo). A la mitad de la cena, Jack Tres-Dedos llamó la atención de sus camaradas hacia un rayo de luz que parecía salir del fondo de la quebrada.

—Es probablemente el resplandor de la hoguera del campamento de algunos indios holgazanes, dijo Joaquín lanzando una mirada indiferente hacia el lugar de donde provenía la luz.

Luego dirigiéndose a Jack Tres Dedos, le dijo sonriendo:

—Puesto que tu eres el descubridor, Jack, y como puede ser que haya allí algo mejor que lo que se acostumbra encontrar en las cabañas de los mineros, te suplico que vayas a la descubierta hacia aquel punto.

—Con mil amores, capitán, replicó el otro y en seguida se puso en pie.

Después de haberse limpiado los labios con la manga de su camisa, añadió:

—¡Siempre estoy listo para esa clase de empresas!

—Está bueno, dijo Joaquín; pero acaba tu cena.

—No por cierto; voy allá en seguida: no hay peligro de que las sardinas se enfríen.

Y Jack Tres-Dedos después de haber colocado en su cintura un

puñal y un revólver, se encaminó con ligereza hacia el punto que se le indicara.

—Jack es un valiente compañero, observó Félix; desgraciadamente es demasiado sanguinario.

—¡Oh! mucho menos todavía que el viejo Jarauta, repuso Guerra, que fué el jefe de varios de nosotros en México.

—¡Es verdad! ¡es verdad! contestaron en coro media docena de bandidos.

—¡Aquél sí que era un verdadero demonio! añadió Guerra. ¡Qué monstruo! Si lo hubiérais visto una noche que sorprendió una compañía de.... Pero no hablemos de eso.... Mi corazón destila sangre y me encuentro malo cuando me acuerdo de aquellos buenos timpos.

En aquel instante apareció Jack Tres-Dedos, haciendo marchar delante de él ocho chinos que temblaban como unos azogados.

Cuando se vieron en presencia de tantos hombres armados, cayeron de rodillas y empezaron a implorar perdón del modo más lastimero.

Sus lúgubres súplicas, sus miradas suplicantes y sus gestos y ademanes exitaron la hilaridad de los bandidos, que no podían contener la risa al presenciar aquella escena.

Jack ordenó a sus desdichados prisioneros, mitad con palabras y la otra mitad por medio de signos que cambiasen de postura y se sentasen al borde de una roca que había a corta distancia de la hoguera.

Esta orden fué ejecutada con la mayor prontitud; después de lo cual Jack blandió su puñal sobre las cabezas de los chinos, advirtiéndoles que si se movían se las cortaba a todos.

Después volvió a comenzar de nuevo, con muy buen apetito, la interrumpida cena de las sardinas y galletas.

—¡Eh! amigo Jack, le preguntó Joaquín, ¿qué significa esa sangre fresca aún, que veo en la hoja de tu puñal?

—Significa, repuso el sanguinario bandido, que me he visto compelido a matar a uno de esos animales para poder amansar a los demás. Cuando vieron a su camarada tendido, uno de ellos, más razonable que los otros, se colocó a su frente y los restantes le siguieron como un rebaño de ovejas. Así es como he logrado traerlos conmigo.

—Y ahora que los tienes aquí, ¿qué quieres hacer de ellos? preguntó Antonio.

—Por vida de... me gusta la pregunta: ¡sangrarlos como si fueran carneros!

—Entonces, más valía haberlo hecho en el acto, repuso Félix. ¡Están medio muertos de miedo!

—¡Ah! pueden estar tranquilos, contestó Jack mirando de una manera feroz a sus prisioneros. Los he traído aquí para distraer un poco a nuestra gente; pero es justo que acabe de cenar antes de

comenzar la función, ¡cosa extraña! yo he adoptado la máxima americana: *¡Los negocios antes que los placeres!*

Un cuarto de hora después, durante el que Jack no cesó de comer, mientras los otros bandidos fumaban, aquel se dirigió hacia donde se hallaban los chinos, y después de haber atado por la cola a siete de ellos, condujo al octavo cerca del fuego.

Los asistentes se habían separado a fin de dejarle libre el campo.

—¡Detente, detente, Jack! exclamó Guerra. Espero que no vas a quemarlos. ¡Sólo a un estómago lleno de sardinas puede ocurrírsele semejante cosa!

—No. Los he conducido cerca del fuego para que podáis presenciar la escena con más claridad.

Jack sacó entonces su puñal y lo sepultó hasta el mango en el corazón del desdichado chino, que temblaba muerto de miedo.

El asesino sacó su arma teñida en sangre, y levantó en sus brazos el cadáver de su víctima.

Un chorro de sangre salió de la herida y por poco apaga el fuego.

—*¡Caramba!* dijo uno de los perdona-vidas; me has salpicado por todas partes.

—Y el fuego.... dijo otro, no hay para qué apagarlo.

—Vamos, Jack, ven acá, replicó Joaquín con impaciencia. ¡Acabemos ese espectáculo! Tal crueldad no se puede soportar. Concluye con ellos de una vez y que no se hable más de este negocio.

—Muy bien, capitán, se hará como lo deseais. Yo creía que la compañía necesitaba distraerse; pero ahora voy a divertirme yo solo.

Y esto diciendo, tomó el cadáver y lo echó a un lado negligentemente; luego se encaminó hacia los demás prisioneros, y sin dar oídos a sus gritos, súplicas y sollozos, comenzó a cortarles la cabeza y apuñalearlos con la mayor sangre fría.

Antes de la ejecución del primer chino, las tres mujeres se habían cubierto el rostro con sus zarapes para no presenciar aquel acto salvaje; las infelices temblaban horrorizadas al pensar que involuntariamente eran cómplices de aquellos crímenes cometidos contra individuos inofensivos.

Clarita que se hallaba sentada al lado del jefe había oído la orden que éste diera de acabar de una vez con los prisioneros: compadecida de la suerte que les aguardaba, trató de emplear su influjo para conseguir el perdón de aquellos desdichados.

Sin descubrirse el rostro dejó caer su cabeza sobre el hombro de su amante, y le dijo con acento tierno y conmovido.

—¡Ah, Joaquín! ¿Por qué no impides esta horrible carnicería, la destrucción estéril de tantos seres humanos? Compadécete de sus lamentos de desesperación, de sus vanas súplicas! Tú que tienes el poder para ello, ¿no detendrás el brazo del asesino?

—¡Ay! querida mía, nada puedo hacer. García es violento, cruel;

solo se ha juntado con nosotros para satisfacer su insaciable sed de sangre, pero es valiente y no conoce el peligro. Si se separase de mí, sería una desdicha.

—¿Entonces están condenados irrevocablemente? murmuró Clarita.

—¡Ay, sí! y lo siento en el fondo del alma. ¡Escucha!.... Ya no se oyen más que dos voces.... ahora una.... Ya se extingue... La obra fatal está cumplida; ya no padecerán más.

—¡Ah! Murrieta, exclamó Jack Tres-Dedos sentándose cerca del fuego. ¡Por vida de todos los santos! ¡he aquí una noche agradable para mí! ¡Qué momentos tan deliciosos he pasado con estos miserables! ¡No han opuesto la menor resistencia, por San Miguel! ¡Qué regalo de sangre!

Al amanecer del día siguiente, los bandidos volvieron a emprender la marcha. No obstante la tragedia de la noche precedente, todos estaban muy alegres, alimentándose con la idea de permanecer tranquilamente en el cuartel general por algún tiempo.

Las mujeres sobre todo se hallaban muy contentas a pesar de lo que las había impresionado la terrible escena que habían presenciado la noche anterior. Cabalgaban tranquilamente al lado de Joaquín y de Félix algo adelantadas del resto de la compañía, hablaban con animación sobre asuntos de puro pasatiempo.

De vez en cuando se escapaba una carcajada de los labios mujeriles, que daba una nueva expresión a la simpática fisonomía de las jóvenes, cuyos ojos brillaban con el mayor resplandor.

Después de varias estancias llegó por fin la pandilla a Arroyo Cantova.

¡Cuán grande fué la sorpresa y la alegría del joven bandido al presenciar el espectáculo que se ofreció a su vista al entrar en el inmenso valle!

Había allí más de mil caballos que pacían tranquilamente, describiendo graciosos círculos en la llanura. Después la vista se extasiaba sobre un grupo de tiendas de campaña, blancas como la nieve, levantadas en medio de un bosque de robles siempre verdes, lo cual indicaba que después de haber cumplido fielmente su misión, los bandidos habían venido a aguardar de nuevo las órdenes de su jefe.

Joaquín lanzó el grito que debía darlo a conocer de los suyos como un amigo, y todos se dirigieron al trote hacia las tiendas de campaña.

Al llegar allí se apearon de sus caballos.

Inmediatamente los rodearon Valenzuela, Cardoza y algunos individuos pertenecientes a sus cuadrillas. Los demás habían salido a cazar

Después de haberse dirigido mútuamente cumplimientos; después de haber cambiado por uno y otro lado muchas felicitaciones, se aligeró a los caballos de sus sillas y demás arreos y se les dejó en libertad para que paciesen con los otros. Por lo que toca a los

ginetes, se tendieron indolentemente encima del follaje para reposar de las fatigas del viaje, que bien lo habían menester.

Haría cosa de cinco horas que estaban durmiendo, cuando fueron despertados para cenar.

Los cazadores habían vuelto al anochecer, cargados de caza: se encendió una enorme hoguera, y ya se dejaba sentir el sabroso olor de los conejos y liebres asadas, y también de la carne de oso y de otros animales que habían matado los cazadores.

Las codornices y los gallos silvestres, suspendidos por medio de ramas de árboles clavadas en el suelo, revoloteaban en medio de las llamas; al borde de la inmensa hoguera se hallaban colocados varios tarros de hierro llenos de café, cuyo aroma invitaba a probarlo; un poco más lejos y encima de un centenar o tal vez más de esteritas indias, había algunos platos de hojalata llenos de frijoles y tortillas, o bien ostras en conserva y calamares, frutas y gelatinas.

Al lado de cada esterita había un vaso de hojalata, una cajetilla de cigarros y una botella de vino.

El todo formaba un banquete deliciosísimo, al par que abundante, que tal vez habría seducido a más de un discípulo de Epicuro.

A una seña de los cocineros, los bandidos se sentaron sobre el follaje, cada cual delante de su estera, y se prepararon a satisfacer su apetito.

El lugar principal había sido ocupado por Joaquín y Clarita; a la derecha del jefe se hallaban sentados Reinaldo Félix y su querida, la preciosa Margarita, y a la izquierda Juan Cardoza y la linda Mariquita.

Esta última había vestido mucho tiempo de luto por la muerte de su primer amante, González, que fué matado según ya saben nuestros lectores, por el capitán Harry Love. Después, Mariquita había entablado relaciones amorosas con Juan Cardoza.

A cada rato se oía una alegre carcajada que servía de contestación a las amorosas frases y galantes atenciones con que Cardoza obsequiaba a su querida.

La cena fué concluida y ya la conversación comenzaba a animarse, cuando se oyó el grito de reconocimiento.

Una compañía de veinte hombres se acercaron al trote, viniendo al frente de ellos Mountain Jim.

El círculo se agrandó; los cocineros volvieron a sus faenas y los recién venidos empezaron a comer, mientras las mayores felicitaciones les eran dirigidas por sus camaradas.

Estos nuevos reclutas eran indígenas de Chile, el Perú y Sonora; los había reunido uno de los mejores amigos de Joaquín, llamado Fernando Fuentes, quien los acompañó hasta el cuartel general.

Traían consigo como tributo de su bienvenida, setenta y cinco caballos, y Mountain Jim hizo saber a Joaquín que dentro de algunos días llegarían doscientos caballos más, que habían dejado en el rancho de San Francisco.

La conversación, interrumpida por algunos momentos, tomó su

curso habitual; cada uno de los bandidos antiguos trató de relacionarse con alguno de los que acababan de llegar; contáronse mil historietas, un sinnúmero de hechos increíbles y quien sabe cuántas cosas más. De vez en cuando algunas de las jóvenes entonaban una melodía, balada o leyenda, que causaba grande alborozo entre aquellos hombres de corazón de hierro.

De repente el festín fué turbado por una querella muy violenta que surgió entre Jack Tres-Dedos y Mountain Jim. La cosa, según se verá en el capítulo siguiente, era grave.

CAPITULO VII.

La querella.—Desenlace fatal.—Viaje de Joaquín a San Luis Obispo.—Lo que sucedió en el camino.—Captura y suplicio de Reinaldo Félix en Los Angeles.—Su querida se suicida.—De qué modo fué colgado Mountain Jim en San Diego.—Asesinato de cuatro mineros a orillas de la Merced.

—Jamás sufriré, que uno de estos condenados americanos ponga ni siquiera sus pies en el cuartel general, o que sea iniciado en los secretos de la compañía.

Y de esta declaración había provenido la querella entre Jack Tres-Dedos y Mountain Jim.

Este último, que por sí solo representaba en la pandilla el elemento americano, replicó agriamente, que aunque yankee de nacimiento, era mexicano en el fondo de su corazón, y el interés que manifestaba en todas ocasiones por la seguridad de la pandilla, era tanto más sincero, cuanto que no había entrado a formar parte de ella solamente para satisfacer sus deseos de sangre, sino que tenía miras más elevadas.

—Si es a mí a quien se dirige esta observación, vociferó García, el que acaba de hablar ha mentido y digo que es un cobarde.

Al mismo tiempo el bandido sacó su revólver. Al ver chispear sus ojos de tigre y fruncir el ceño, y al ver sobre todo aquella cara de demonio protegida por sus miembros de gigante, el hombre más valiente habría titubeado antes de declararse su enemigo.

A la palabra *cobarde* Mountain Jim también había sacado su pistola. Iba a descargarla cuando Joaquín se levantó de improviso, y con un tono muy grave e imperioso, ordenó a los dos adversarios que dejasen las armas y terminasen la contienda.

—Con mil amores, dijo el montañez: obedezco la orden de mi jefe.

—Un momento, vociferó Jack; no es así como yo entiendo la cosa...

Al mismo tiempo se oyó un tiro y uno de los recién llegados,

que estaba sentado al lado de Joaquín, cayó tendido al suelo, mortalmente herido.

En seguida no resonó más que un grito de indignación. Toda la pandilla se puso en pie, todos los revólvers fueron dirigidos hacia el asesino, y los bandidos sólo aguardaban la orden de su jefe para descargarlos.

—No, dijo Joaquín, extendiendo la mano. ¡Abajo las armas! ¡abajo las armas!

La orden del jefe fué ejecutada al instante y todas las miradas se dirigieron hacia García, quien, de pie y revólver en mano, miraba al jefe con aire de indiferencia. Joaquín sacó entonces su pistola, cuyas guarniciones de plata brillaban al resplandor de la lumbre cual oro pulido, y apuntando con ella a Jack Tres-Dedos, le dijo con un acento en que se pintaba la mayor cólera:

—Jack, has desobedecido a tu jefe: no solamente has cometido un acto de rebelión, sino que asesinaste a uno de tus camaradas. Y el que acabas de matar, no es el enemigo con quien te querellabas, y si un hombre que sólo habías visto esta noche y con el cual jamás habías tenido la menor disputa. Jack, has merecido la muerte, y voy a probarte que tengo tan buena puntería como tú.

—Joaquín, dijo García tirando su revólver y desabrochándose la camiseta de lana que cubría su pecho; no temo la muerte.... Puedes tirarme, estoy pronto... ¡Fuego!

Al concluir estas palabras una linda mano se apoyó sobre el hombro de Joaquín, y la dulce voz de Clarita murmuró temblorosa a su oído:

—¡Perdónale, Joaquín! yo te lo suplico.

Murrieta estuvo indeciso por algunos momentos, y al fin bajó su revólver, diciendo:

—Jack, no podría matarte: eres demasiado valiente para morir de esta manera, y a pesar de que tu valor impulsa a la barbarie y a la más salvaje crueldad, te lo perdono, porque en tí es innato ese defecto y no eres dueño de reprimir tus feroces instintos.

—Sí, sí es natural suyo.—¡Perdón, perdón! exclamaron a la vez algunos bandidos que admirados de la sangre fría de Jack, habían ya olvidado su crimen.

El cadaver de la víctima fué sacado del campamento; se proclamó la paz y volvió a principiar la fiesta con más alegría y animación que nunca.

Después de una noche de placeres campestres, Joaquín despachó a Antonio y a Guerra—este último a la cabeza de la cuadrilla al Estado de Sonora con quince caballos. El salió para San Luis Obispo con Valenzuela, Félix, Cardoza, Mountain Jim, Jack Tres-Dedos y las tres jóvenes.

Al día siguiente viajando a lo largo del sendero escarpado, apercibieron a dos mineros franceses que se habían refugiado en una de las cavidades de las rocas para almorzar sin ser molestados por el sol del medio día.

—Sería conveniente, insinuó Jack sacando su puñal, que supiésemos si esos ***amigos*** traen dinero.

—Corriente, dijo Joaquín; pero acuérdate que no quiero derramar sangre.

Apenas había transcurrido un minuto, cuando Jack se hallaba delante de los individuos mencionados, y con voz de trueno les ordenó que vaciasen sus bolsillos, si no querían ser hechos trizas." Los ojos sanguinarios del bandido en su actitud feroz daban a conocer bien claramente que la amenaza sería en seguida cumplida; así pues, los pobres franceses se apresuraron a sacar sus bolsas y a entregárselas a Jack, quien las vació; pero apenas hubo contado su contenido, desesperado porque sólo había cuarenta pesos, se avalanzó sobre los mineros y les cortó el pescuezo, dejándoles bañados en su propia sangre. Joaquín había presenciado desde lejos toda aquella escena, pero se contentó con murmurar algunas palabras y se hizo de la vista gorda.

Al ponerse el sol, la pequeña compañía acababa de ganar una estrecha quebrada, en el borde de la cual estaban tendidos tres chinos. Atravesados de parte a parte por medio de estacas puntiagudas, dos eran ya cadáveres; el tercero, si bien su herida no era mortal, habría ciertamente sucumbido pocos días después, privado como estaba de toda asistencia médica. Al ver pasar a los bandidos montados a caballo, el infeliz levantó la cabeza y con voz suplicante y una mirada digna de compasión, trató de articular algunas palabras que equivalían a una súplica.

—Es inútil que nos detengamos, dijo Joaquín; en el estado en que se halla este hombre, no hay socorro humano que pueda salvarle.

Pocos instantes después, al mirar Joaquín hacia atrás, apercibió a Jack que inclinado sobre el desdichado chino, le reventaba los ojos con la misma estaca que acababa de arrancarle de sus hombros.

—¡García, García! gritó Joaquín.

Jack, viendo que su jefe le miraba, y adivinando su intención, se apresuró a sacar su puñal y a clavarlo en el corazón de su víctima. Luego montó a caballo y se dirigió al galope hacia donde estaba Joaquín.

—García, le dijo el joven bandido, eres demasiado cruel; este hombre habría vivido aún dos o tres días.

—Entonces, contestó Jack mientras limpiaba su puñal ensangrentado con las crines de su caballo, ¿qué mal he hecho al matarlo? Mi único deseo fué abreviar sus sufrimientos.

—¿Torturándole hasta morir, eh? ¡Ah, Jack! Ni una palabra más. Tu alma hasta en sus más recónditos lugares, es tan negra como la de Satanás.

Cuando estuvieron en la misión de San Luis Obispo, Joaquín mandó a Reinaldo Félix a Los Angeles, y a Mountain Jim y Jack Tres-Dedos—que ya eran los mejores amigos del mundo—a San Diego, con órdenes expresas de robar cuantos caballos pudiesen, y tratar de indagar lo que se decía sobre los asesinatos del capitán Wilson y del general Bean.

Apenas había transcurrido una semana desde la salida de los tres compañeros, cuando llegó al campamento Texas Jack, otro miembro de la compañía, con la noticia de que Félix había sido ahorcado por los habitantes de Los Angeles. Mientras estaba descansando en una casa de baile, fué reconocido por un americano a quien había robado en compañía de otros bandidos, cerca de Mokelumme Hill. Arrestado de improviso, fué acusado de complicidad en el asesinato del general Bean; y aunque no había suficiente evidencia para complicarlo en ese negocio, se hizo valer como prueba de su complicidad su calidad de ladrón y de miembro de la banda de Joaquín. Algunos minutos bastaron para ponerle una cuerda al pescuezo, y apenas hubo besado el crucifijo que un cura acercó a sus labios, cuando bajó la plataforma fatal. Este fué el fin de Reinaldo Félix.

Su querida, la bella y joven Margarita, no quiso al principio creer esta terrible noticia; pero Valenzuela fué a Los Angeles, y pocos días después la confirmó la noticia oficialmente. Apenas estuvo persuadida Margarita de que la fatal nueva era cierta, sacó de su cintura un verduguillo que llevaba siempre consigo y se lo sepultó en el seno antes de que nadie hubiese podido impedírselo. La desdichada murió pronunciando el nombre de su amante.

Aun no estaba olvidado este desgraciado suceso cuando Jack Tres-Dedos llegó a su turno, trayendo la noticia de la muerte de Mountain Jim.

Jack y su camarada entraron en una taberna, situada en el camino a algunas millas de distancia de San Diego, y mientras estaban bebiendo dos o tres vasos de mal licor, una partida de americanos se presentó de improviso, los cuales comenzaron a examinarlos de un modo tan sospechoso, que Jack confió sus temores a su compañero, suplicándole que se alejasen cuanto antes.

Jim, que se hallaba bajo la influencia del licor que acababa de absorver, se rió del consejo de Jack y lejos de observarlo, se adelantó hacia el mostrador para pedir otro vaso de licor. Algunos instantes después llegaba otra compañía de americanos. Apenas los vió Jack Tres-Dedos saltó sobre su caballo e hizo señales a Jim para que hiciese lo mismo. Jim sólo contestó con un juramento de borracho y permaneció cerca del mostrador. Los americanos invadieron la taberna, y sacando sus revólvers, intimaron a Mountain para que se rindiese. Se trabó una lucha.

Jack, muy al corriente de lo que iba a suceder y sabiendo perfectamente que era inútil hacer resistencia ante una fuerza tan superior, se contentó con enviar dos balas en medio del grupo, y espoleando su corcel, se alejó rápido como el viento. Algunos de los americanos se lanzaron en su persecución; pero con el caballo que traía Jack, no temía a nadie; en efecto, era lo mismo que si hubiesen querido alcanzar una locomotora a todo vapor.

Les costó mucho menos trabajo apoderarse de Mountain Jim, que fué trasladado a San Diego, y ahorcado sin más dilación que el tiempo estrictamente necesario para hacer un nudo al extremo de un cordel.

Un mes después de esas desastrosas pérdidas, Joaquín, que ya no contaba más que con cinco compañeros, inclusas las dos mujeres, emprendió un viaje de recreo al condado de Tuolumne; su único objeto era distraer un poco a su querida Clarita, la cual había caído en la más profunda melancolía desde la muerte de su amiga Margarita. Los bandidos viajaban despacio, de un modo agradable, y al cabo de dos semanas habían llegado al río de la Merced. En la orilla del río y a la sombra de algunos árboles frondosos, instaló su tienda el jefe de bandidos, con el propósito de permanecer algún tiempo en tan pacífico lugar, cuya calma nadie parecía turbar. Sin embargo, ¡así son las cosas! este proyecto fué muy pronto destruído.

Al día siguiente por la mañana, Joaquín fué despertado por Jack Tres-Dedos, quien le anunció que avanzaba un grupo de cuatro mineros, por el lado opuesto del río.

—Si no nos buscan a nosotros, dijo el jefe, dejadlos pasar.

Y mientras hablaba dirigió una mirada hacia el río, por la estrecha abertura de la cabaña.

—¡Ah! pero no, ¡Por vida de todos los santos! replicó en seguida, desencajado el rostro de la cólera. ¡Ven Jack! Cardoza, Valenzuela, levantaos y seguidme!

Y en seguida, sin escuchar las súplicas ni inquietarse de las lágrimas que derramaban las mujeres, tomó su revólver y se lanzó fuera de la cabaña, seguido de sus tres compañeros.

Los viajeros ya no estaban más que a algunos metros de distancia, andando tranquilamente sin pensar que su existencia peligrase, cuando se oyó una descarga, y tres de entre ellos cayeron en tierra moribundos, en medio del camino. El cuarto, que sólo había recibido una leve herida, levantó la vista para ver con qué clase de enemigos tenía que habérselas.

—¡Ah! condenado, exclamó el jefe, ¿me reconoces? yo soy Joaquín.

Y en seguida hizo fuego tres veces sobre el americano, y al verlo caer muerto al lado de sus compañeros, el bandido lanzó un grito de alegría.

—Jack, dijo señalando los cadáveres, por esta vez no solamente te doy permiso, sino que te mando que ejerzas tus sanguinarios instintos. Algunos de estos hombres tal vez no estén aún bien muertos, acábalos de matar.

A las primeras palabras del jefe, Jack se había lanzado dentro del río, y con agua hasta los hombros luchaba contra la corriente. En dos minutos ganó la orilla y en seguida puso mano a la obra. ¡Con qué infernal alegría se apercibió el bandido de que dos de los infelices mineros no estaban muertos todavía, pero que se hallaban incapacitados de escapársele! Aturdido por sus gritos y para acabar de una vez toda resistencia, aquel demonio en forma humana les sacó las entrañas, y terminó aquella escena abominable arrancándoles el corazón.

Cuando Jack llegó a la tienda de Joaquín, después de desempe-

ñada su horrible comisión, quiso saber los motivos de odio y la venganza de su jefe hacia aquellos hombres.

—Jack, respondió Murrieta, tres de ellos pertenecían a la banda de asesinos que mató a Carmen, los cuales me echaron de la casa que yo tenía en las minas. Por lo que toca al cuarto no le conozco; pero merecía la misma suerte que los demás, por encontrarse en tan mala compañía.

—¡Miserables! vociferó Jack, haciendo un gesto atroz. Y bien capitán; creo que tendremos la dicha todavía de encontrar a nuestro paso algunos de esos ***caballeros.***

—Si eso sucede, puedes estar seguro de que tu cuchillo no se enmohecerá por falta de sangre. Pero vámonos de este lugar, esta noche acamparemos en alguna otra parte.

Media hora después, Joaquín y su pandilla marchaban con dirección a Mariposa. El jefe había resuelto descansar no lejos de allí, en el rancho de uno de sus amigos..

CAPITULO VIII.

Llegada de la pandilla al condado de Tuolumne.—Robo y asesinato cerca de Columbia.—Huída atrevida de Joaquín.—Se citan para Stockton.

Después de haber permanecido cosa de treinta días en la vecindad de Mariposa, empleados por el insaciable Jack Tres-Dedos en la perpetración de una docena de robos y un número casi igual de asesinatos, la cuadrilla se puso en marcha.

Los bandidos atravesaron la Merced, vadeando el río en un punto en que no era muy profundo, y continuaron su viaje algunas veces en medio de los bosques, otras subiendo cuestas y montañas, hasta que encontraron un camino que les condujo a la dirección del condado de Tuolumne.

Después de algún tiempo de marcha, llegaron a un lugar llamado Shaw's Flat.

Por todas partes resonaba el ruido de los picos, palas y todos los instrumentos que usan los mineros para separar el oro de la tierra. Un gran número de chinos habían instalado sus cabañas en diversos puntos vecinos, y reunidos en compañías, trabajaban asiduamente realizando beneficios razonables en los ***claims*** que los americanos habían abandonado como demasiado pobres para ellos. En toda la extensión de este lugar, animado por el trabajo asiduo, se respiraba paz, prosperidad y contento.

Los trabajadores se apercibieron muy bien de Joaquín y su cuadrilla, pero a nadie le vino la idea de desconfiar de ellos. Tampoco había para qué: es muy común entre carreteros, los traficantes en

ganado, los vaqueros, los cazadores y toda clase de viajeros, acampar días y aún semanas enteras, unas veces al borde de un manantial de agua cristalina, otras a la sombra de un árbol en un lugar solitario. Por otro lado, las armas que cargaban los bandidos no causaban a los mineros la menor inquietud, pues la costumbre que había en aquella época de andar todos armados, favorecía a Joaquín y a los suyos hasta tanto que se tuviese a bien descubrir lo que realmente eran, por medio de alguna de sus fechorías.

Como Joaquín tenía en aquella época algún dinero, fué decidido que se descansaría cerca de Shaw's Flat durante algunas semanas; la intención del jefe de bandidos era, mientras tomaba algún reposo y se daba buena vida, hacer circular algunos centenares de pesos en las casas de juego, los restaurants y los fandangos de los pueblos y aldeas circunvecinas. La casualidad favoreció sus planes: encontró algunos mineros, que próximos a partir para su país natal, le vendieron la cabaña en que vivían con todos los utensilios que contenía. Situada sobre un terreno seco y árido, que los mineros habían trabajado una y mil veces hasta extraer la última partícula de oro que contenía, esta cabaña tenía doble valor para los bandidos, con motivo de su posición solitaria y de estar libre a la mirada de los buscadores de oro, que no osaban aventurarse en un lugar tan desierto como aquel.

Todas las noches, Joaquín, acompañado de Cardoza y de las dos mujeres, iba hasta los pueblecillos y campos contiguos, con el objeto de divertirse. Durante su ausencia, el cuartel general estaba al cuidado de Valenzuela y García; éste último había recibido la orden formal de mantenerse tranquilo y no comprometer, bajo ningún pretexto, cometiendo algún robo o asesinato, la retirada de toda la pandilla. Jack Tres-Dedos, por la primera vez en su vida, parecía no tener gusto alguno en la sangre derramada y por espacio de tres smanas se estuvo tranquilo en el domicilio de los bandidos, dividiendo su tiempo entre los naipes y la bebida. Pero al fin y al cabo, su instinto venció su recogimiento. Una noche, mientras Valenzuela estaba en Sonora con Joaquín y los demás, el miserable afiló su cuchillo y se lanzó en busca de una víctima.

Algunos chinos, agrupados enfrente de sus cabañas, se ocupaban de examinar el producto del trabajo del día; al verlos el feroz Jack, sus ojos brillaron de alegría, pero con un brillo salvaje; hubiérase dicho que era un cazador que acababa de apercibir su animal de caza favorito. Pero como los americanos tenían instaladas sus cabañas alrededor de las de los chinos, y como por otra parte el bandido solo tenía intención de cortar la cabeza a dos o tres individuos, pero sin ruido, continuó su camino hacia Sonora, con la esperanza de encontrar un lugar más a propósito o menos peligroso para ejercitarse en su tarea favorita. Varias veces encontró en el camino compañías de mineros armados hasta los dientes y un poco más lejos, la casualidad le deparó un chino solitario, pero como los primeros estaban siempre a la vista, se contuvo y permaneció prudentemente envuelto en su zarape.

En el punto en que el camino de Sonora se ahorquilla y forma un codo, se dirigió por el lado de Columbia, y al acercarse a la ciudad se sentó tranquilamente en el borde del camino con objeto de fumar un cigarrito.

La noche era hermosísima, el cielo estaba cubierto de estrellas. Jack Tres-Dedos resolvió no ir más lejos por entonces, reposándose hasta las dos o tres de la mañana, envuelto en humo del cigarro. Después, decíase él, al volver a la cabaña de Joaquín, podré caer sobre algunos chinos embrutecidos por el opio y matar una media docena con la mejor comodidad del mundo.

Mientras saboreaba con anticipación el placer que le ofrecía aquella terrible carnicería, fué turbado en sus reflexiones por el ruido de pasos que se acercaban, mezclados con el sonido de una voz humana que se ensayaba para cantar algunos fragmentos melodiosos a la usanza de los negros de Africa. Cualquiera, al oir las entonaciones del cantante, comprendía perfectamente que su canto era el resultado de numerosas libaciones. Multiplicaba la fuerza de sus pulmones con la energía de la bebida, el viajero después de haber entonado ***Jim Crow,*** saltó sin pararse al ***Possum up a gum tree;*** después cantó el ***Coal-black Rose.*** Luego ensayóse silbando el ***Yankee Doodle*** y la famosa tonada ***Auld Lang Syne;*** pero no pudiendo entonarse, se libró con energía a una música compuesta de cantos, gritos, chillidos prolongados y agudos silbidos.

Esta melodía de un género nuevo, aunque intraducible en ningún idioma, puede sin embargo indicarse de otra manera (las combinaciones se dejan a la voluntad imaginaria más o menos fantástica del lector:)

¡Oh! Su (hic) ***¡sanah! dont you cry*** (hic) ***for me I'm goin to Cal*** (hic) ***fornia with—horro!—I don't care a cus for nothing***—¡Ki yi! ¡yow! ***Hoo—raw for Jackson***—¡hoop hey!

—***¡Hola!*** ¡viejo camarada! añadió el viajero parándose de repente, o mejor dicho, ***ensayando*** a pararse delante del mexicano. ¡Hola, hola! ¿Qué haces aquí, eh? Ven a tomar un trago.—¿Qué? ¿qué significa esto? ¿No quieres?—Entonces vete al infierno.

Y ahullando de tal modo que debió oirse a cinco millas a la redonda, siguió su marcha describiendo curvas que era un contento y volviendo a entonar su interrumpida canción. Hallábase a algunos metros de distancia de donde estaba Jack, cuando éste se lanzó sobre él de improviso, y antes de que pudiese pronunciar una palabra, le dió varios puñetazos en la garganta que, dislocándole la nuca lo dejaron muerto en el acto. El asesino entonces empezó a registrar apresuradamente el cadaver de su víctima. Después de apoderarse de un cinto cuyo contenido en oro en polvo y moneda de plata era de unos tres mil pesos. Jack Tres-Dedos tomó más que de prisa el camino del cuartel general. Lo primero que hizo al llegar fué echarse sobre su cama, "a fin de dormir, o tal vez de pensar en alguna nueva fechoría."

Cuatro o cinco horas después, Joaquín y Valenzuela entraron,

más bien dicho, se lanzaron en su cabaña. En seguida el primero se avalanzó hacia Jack, y sacudiéndole violentamente le despertó.

—¿Qué hay de nuevo? dijo soñoliento poniéndose en pie.

—El cadáver de un hombre acaba de ser encontrado en el camino dijo Joaquín y según la naturaleza de sus heridas, he sacado en limpio que únicamente vos debéis ser el asesino.

—¿Estais seguro de ello?

—¡Oh! muy seguro. Es excusado que nos lo neguéis. ¿Pero sabéis a quién habéis matado?

—No por cierto, respondió García de una manera muy humilde; y confieso que no me he inquietado para indagarlo. He pensado que podríais necesitar algún dinero, y salí en busca de esa caza. Tengo el honor de presentaros el producto de ella; tomad lo que queráis.

Bien, Jack, dijo el jefe sopesando el cinto de cuero que le presentaba García; es verdad que hay aquí una linda suma y que llega muy a tiempo, pues la falta de dinero comenzaba a dejarse sentir. La desgracia es que el propietario de ella, según pienso, no era otro que uno de los dos mineros a quien hemos comprado esta cabaña, y como su socio está actualmente en Sonora, podría muy bien suceder que este último contase los detalles de la adquisición de esta casucha e hiciese recaer las sospechas sobre nosotros.

—En tal caso, ¿qué es lo que pensáis hacer? dijo Jack.

—Permanecer en estos contornos uno o dos días cuando más, mientras que vos y Valenzuela os dirigís apresuradamente a Stockton. Clarita y Mariquita han salido ya con Cardoza, y probablemente vosotros las alcanzaréis antes de que hayan llegado a la ciudad.

—Lo mejor que hay que hacer, dijo Valenzuela es salir todos juntos. ¡En marcha, pues!

En pocos minutos estuvieron ensillados los caballos. Jack Tres-Dedos y Valenzuela se lanzaron a galope en dirección a Stockton; Joaquín se encaminó lentamente hacia Sonora.

Iba a despuntar la aurora, y todavía las casas de juego estaban llenas de mineros y jugadores de profesión: todos hablaban acaloradamente sobre el último asesinato, mostrando su firme determinación de ***linchar*** al asesino en seguida que fuese encontrado.

Joaquín bajó de su caballo y entró tranquilamente en una casa de juego, con la capa echada al hombro, al estilo mexicano. Primero saludó con una ligera inclinación de cabeza a algunos de sus compatriotas, y luego tomó una silla y fué a sentarse en una esquina de la sala, cerca de la puerta.

Se hablaba mucho entre los grupos de la brutalidad del asesinato del borracho, que se había complacido en inferir un sinnúmero de heridas a su víctima, cuando una sola habría bastado para acabarlo. Bajo esta forma se repetían los juramentos, protestando que el asesino no escaparía a la venganza popular.

—No me sorprendería en lo más mínimo, dijo de repente un hombre de fisonomía salvaje, golpeando con su gruesa y robusta mano el mostrador, que esos mexicanos tuvieran parte en el asesinato de nuestro camarada.

—¿Qué mexicanos? dijo uno de los jugadores.

—¡Vaya una pregunta! ¡Los que compraron el claim a la orilla del agua! ¿Por qué lo han comprado? Lo ignoro y no tengo interés en saberlo. Pero lo cierto es que nunca han trabajado, ni siquiera una hora. Han pasado el tiempo desde que allí viven, paseándose a caballo al rededor de la ciudad, jugando al monte, cantando y riendo, con los bolsillos siempre provistos de oro.

—¡Qué el diablo me lleve! es muy cierto, dijo un tercer interlocutor, cuya flaquedad y pequeñez formaban contraste con la estatura y lo grueso del otro. Es muy cierto, si, muy cierto. Y no hay modo de saber donde pescan tanto oro esos mexicanos de Satanás. Pero el hecho es que sus bolsillos jamás están vacíos.

—¡Voto al Chápiro! exclamó el primero que había hablado; mirad por aquel lado John.... Quiero que me ahorquen si aquel que está enfrente no es uno de ellos.

Y señalando con el dedo a Joaquín.

—Si lo es: es tan seguro eso como que estáis aquí. Os juro que si él entendiese ***yankee,*** ya le habrían entrado calosfríos. Me parece que su piel me pertenece, y por lo mismo pienso ahorcarlo.

Joaquín no había perdido ni una sola palabra de esta conversación, pero se mantuvo tranquilo e impasible hasta el final de ella, y cuando el americano se lanzó sobre él y con su pesada mano lo tomó por la espalda diciéndole:

—Creo que te tengo bien, mi camarada!

Joaquín se contentó con sonreirse, y se levantó, en apariencia con la mejor voluntad del mundo. Antes que la sonrisa se hubiera apagado de sus labios, ya había dado un violento golpe al americano con el mango de su revólver que lo dejó tendido en el suelo.

De un salto Joaquín se puso fuera del salón y un segundo después huía rápidamente hacia Stockton, montado en su caballo.

CAPITULO IX

Stockton.—Asesinato de tres mineros en San Andrés.—Partida para el condado de El Dorado.—Asesinato de Juan Cardoza.—Cómo Jack Tres-Dedos sintió la necesidad de matar a un alemán.—De qué manera dos miembros de la cuadrilla fueron ahorcados en Mud Springs.—Llegada a Salmon Falls.

Un día bastó a Joaquín para juntarse con sus compañeros, a quienes encontró instalados en una taberna situada a seis millas de Stockton. En pocas palabras les contó lo que le acababa de pasar, después de lo cual toda la compañía se puso en marcha. Al cabo de una hora llegaron al término de su viaje.

Al día siguiente, cuando ya el sol entraba en su ocaso, Joaquín

Valenzuela y Jack Tres-Dedos apercibieron a lo lejos tres mineros americanos, vestidos de verde, que se paseaban a lo largo del camino, sin otro objeto ostensible, en apariencia, que enseñar sus vestidos nuevos, cuya elegancia se hallaba realzada con los adornos de pepitas de oro en forma de alfileres, recogidas en las minas.

He aquí unos sujetos, dijo Joaquín, que parecen muy pagados de su persona.

—Sí, respondió Valenzuela, y su vanidad se funda en lo que valen, deben ser poseedores de una fuerte cantidad de oro.

—Esta es mi opinión, afirmó Jack echando mano a su puñal, sería bueno que tratásemos de indagar este asunto.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando los mineros entraron en un restaurant. Viendo Joaquín que habían desaparecido, se lanzó en su persecución recomendando a sus compañeros que lo aguardasen. Entró en el restaurant y se sentó en una mesa, no lejos de la que ocupaban los americanos. En menos de diez minutos mientras tomaba una taza de café, recogió todos los informes que había menester; luego fué a unirse con sus camaradas, y todos tomaron el camino de la casa donde habían parado momentáneamente, en la parte mexicana de la ciudad. Después de ensillados los caballos, nuestros hombres emprendieron la marcha para San Andrés.

A cuatro millas de Stockton hicieron alto; los caballos fueron escondidos detrás de los matorrales, y aun los mismos hombres se internaron en ellos a corta distancia del camino.

—Nuestros hombres estarán aquí dentro de un rato, dijo Joaquín, listos para volver a su país con la fortuna que han amontonado en California y piensan embarcarse para San Francisco: otro compañero debe reunírseles en Stockton hoy a eso de las tres. Viendo que no llega, irán a buscarlo a San Andrés.

—Es un golpe de fortuna para nosotros, añadió Valenzuela, y que facilita el negocio de una manera extraordinaria.

—Creo que los oigo, murmuró Jack Tres-Dedos tendiendo la vista otra vez entre los matorrales.

Los tres individuos se aproximaban, galopando tranquilamente, sin temor ninguno. Hablaban abiertamente de su país, de sus proyectos de casamiento: cada uno contaba a los demás el éxito que había obtenido en las minas, mientras que todos reían y se chanceaban con respecto a la envidia que habría causado a sus camaradas su partida repentina.

Apenas llegaron al frente del lugar donde estaban escondidos los bandidos, cuando éstos salieron de improviso de sus escondrijos, agarraron la brida de los caballos, y antes de que los desdichados mineros hubiesen vuelto en sí de su sorpresa, les saltaron la tapa de los sesos con sus revólvers y los echaron abajo de sus sillas. Los cadáveres fueron registrados cuidadosamente y arrastrados a alguna distancia: los tres alemanes llevaban consigo cerca de ocho mil pesos de oro en polvo.

Valenzuela y Cardoza fueron a Stockton con las dos mujeres, mientras que Joaquín y su cuadrilla atravesaron una parte del con-

dado de Sacramento, y fueron a acampar a la orilla Sur del río Americano.

Algunos días después se les unió Fernando Fuentes con su compañía; uno de sus hombres había visto a Joaquín y sus compañeros, y corrió apresuradamente a avisar a su jefe. Fuentes había sido comisionado para que reuniera todos los caballos que pudiera robar y ya habíase llevado al cuartel general cerca de cuatrocientos, sacados de diferentes condados. Fuentes informó al jefe que Antonio y Guerra habían vuelto de Sonora al Arroyo, trayendo cada cual una querida.

Joaquín quedó muy contento de todas estas noticias. Por un momento tuvo la tentación de partir con todos sus hombres hacia el cuartel general; tal era su impaciencia por conocer los detalles del viaje de su subteniente a Sonora, y ver las nuevas señoritas que habían venido con ellos; pero negocios particulares de la más alta importancia le decidieron a diferir por algunos días el placer que de antemano se prometía con aquella reunión. Sin embargo, aprovechando la ocasión que se le presentaba, mandó al Arroyo a Clarita y a Mariquita ,confiándolas a Cardoza, a Fernando y a dos mexicanos más. De esta manera podían reposarse en el camino, y estaban menos expuestas a los peligros que les amenazaban hasta el momento de entrar en el cuartel general.

Apenas habían dejado el campo las dos muchachas con sus compañeros, cuando se armó una disputa entre Mariquita y su querido. La mexicana pretendía que éste se hallaba muy lejos de ser tan amable como González, su primer amante, y declaró que ya no quería vivir más con él. Cardoza creyó que todo aquello eran palabras superfluas, arrancó una varita de zarzal, y se sirvió de ella para dar a la rebelde lo que él llamaba un saludable correctivo. Mariquita se sometió al castigo, en apariencia, con la mayor resignación, pero en el fondo de su corazón juró vengarse de su amante de una manera sangrienta.

Al día siguiente, ambos trepaban lentamente por un sendero que se perdía en las escabrosidades de una montaña rodeada de precipicios. Al borde de uno de ellos, cuya profundidad sería de ciento veinte pies, se hallaba Cardoza, cuando la vengativa Mariquita sacó de repente de su cintura un puñal muy bien afilado, y lo sepultó en el pecho de su amante. Cardoza lanzó un gemido y trató de volverse hacia su querida; pero con el movimiento que hizo, su caballo se encabritó y ambos fueron rodando a las profundidades del abismo.

Mariquita ejecutó con tanta presteza su siniestro proyecto, que nadie pudo ser testigo de él. Cuando sus compañeros se juntaron con ella, ya había vuelto a colocar el puñal en su cintura y nadie hubiera pensado que acababa de cometer un crimen.

Derramó abundantes lágrimas y muy amargas en apariencia, por la pérdida del ginete y del caballo. ¿Eran tal vez sus gritos y gemidos obra del remordimiento? En tal caso, su pesar no duró mucho tiempo. Apenas la pandilla hubo llegado al cuartel general, donde todo era alegría, cuando la loca muchacha aceptó las ofertas de un

bandido joven y atrevido, llamado Manuel Sevalio, que tomó el título de su tercer marido.

Dos días después supo Joaquín la catástrofe que le privaba de uno de sus hombres, habiendo Fernando destacado en seguida uno de los suyos para que llevase la noticia al jefe. La cosa pareció muy extraña a Joaquín. En efecto, Cardoza era uno de los mejores ginetes de la cuadrilla, y no podía comprender como había podido dejar a su caballo que se aproximase tanto al precipicio: el accidente debía provenir de otra causa y no de una falta de precaución del ginete. Pensando así Joaquín tomó una docena de sus bandidos, y todos se encaminaron hacia el lugar en que ocurrió el accidente, con el objeto de amortajar el cadáver de su desdichado compañero.

Los bandidos tomaron un camino distinto del que había seguido Cardoza, pero al fin llegaron al lugar en donde yacían juntos el hombre y el caballo. El cadáver de Cardoza fué examinado cuidadosamente; pero se había destrozado de tal modo contra las rocas en su caída, que era imposible distinguir la puñalada que le dió Mariquita. Los bandidos después de haber despojado el cuerpo de las armas y el dinero que estaban entre sus vestidos, lo enterraron en la arena, volviéndose muy tristes al cuartel general.

Una semana después, Joaquín, Jack Tres-Dedos, Valenzuela y la compañía de Fernando, que hacían un total de veintiseis hombres, se pusieron en marcha para volver a comenzar sus depradaciones en el condado de El Dorado y en el vecino de Calaveras.

No lejos de Mud Springs descubrieron una cabaña solitaria sobre la pendiente de una colina. Creyéndola desocupada, y pensando que sería un lugar excelente para pasar la noche, Jack espoleó su caballo y algunos instantes después se encontró enfrente de ella; abrió la puerta y entró. Al revés de lo que los bandidos habían pensado, resultó que la cabaña estaba ocupada. Vivía en ella un alemán. Una enfermedad grave lo tenía sujeto en su habitación, y daba al exterior de ella aquella apariencia de abandono, de soledad, que había engañado a los hombres de Joaquín.

Los salteadores llegaron enfrente de la cabaña entonces Joaquín hizo un signo a Jack Tres-Dedos; quien sacó su puñal y acercándose a la cama, cortó la garganta al pobre enfermo: después ayudado por dos de sus camaradas, transportó el cadáver afuera de la cabaña, y lo echron en una quebrada que estaba al pie de una colina. Entonces la compañía tomó posesión de la casa, en la que había provisiones de todas clases, frazadas, instrumentos y útiles mineros, pipas y tabaco. Una cantidad de tabaco fué empleada en la fabricación de cigarritos; los bandidos fumaron durante dos horas, y después cada cual extendió su sarape en el suelo, se envolvió en él lo mejor que pudo y se durmió.

Al rayar el alba, el jefe despachó tres hombrbes al campo de Mud Springs, con la misión de traer café, mantequilla, en una palabra, todo lo necesario para satisfacer el apetito de los hombres que formaban la cuadrilla. Dos horas después uno de los emisarios volvió, pero solo, con las manos vacías y muy desencajado el rostro.

—¿A dónde están tus compañeros? preguntó Joaquín.

—¡Están muertos! respondió el hombre.

—¡Cómo muertos!

—¡Ay! Sí, capitán: colgados del pescuezo como perros! Apenas llegaron al campo, entraron en un almacén para hacer la provisión, mientras yo me hallaba en una cantina tomando un vaso de brandy. Estaba hablando con el propietario de la casa, que es mexicano, cuando oí ruido afuera. Miro hacia el campo y veo que mis camaradas se encontraban rodeados de cinco o seis americanos, que les hacían guardar respeto. Uno de ellos afirmaba que conocía a Sebastián por un ladrón de caballos, que en 1850 le había robado a él mismo una partida de ellos, en el valle de Sacramento, y que habiendo sido preso se escapó de la cárcel; y en fin, que su compañero también debía ser ladrón, de otro modo no habrían viajado juntos. Esto fué suficiente para amotinar a la gente: nuestros dos camaradas fueron arrastrados hacia un árbol y colgados sin ceremonia, mientras que yo ayudado por el mexicano de la cantina, escalaba una ventana y huía a toda prisa.

—He aquí una historia bien fea, dijo Joaquín; es preciso que nos vayamos de aquí inmediatamente. Si no fuera porque tengo necesidad de reunir a mi alrededor a todos los hombres que conozco para poner en ejecución un proyecto importante, habríamos llegado hasta ese campito miserable y no hubiéramos dejado ni un hombre con cabeza. Pero pueden quedar tranquilos: algún día obtendrán su recompensa. Vámonos, amigos, a caballo y en marcha.

En un abrir y cerrar de ojos estuvieron montados y partieron a marchas forzadas. Los bandidos tuvieron buen cuidado de no seguir la línea recta. Después de haber dado vueltas y más vueltas y parádose en diversos lugares, ya para despojar a algún viajero, ya para refrescar el paladar de los ginetes y apagar la sed de los caballos, la cuadrilla llegó a una altura de aspecto triste y sombrío, situada a cosa de una milla de Salmon-Falls. Joaquín mandó hacer alto para pasar allí la noche.

Este lugar parecía estar dispuesto expresamente por la naturaleza para el uso que servía momentáneamente. Rodeado de dos enormes rocas, cubierto de maleza por todos lados, presentaba en el centro un espacio que tendría unos veinte pies de diámetro, siendo lo más a propósito para efectuar una retirada.

CAPITULO X

Campamento en Salmon-Falls.—En donde relata Joaquín la manera de cómo se escapó de ser preso por el oficial Leary, de Columbia. —Los bandidos vuelven a emprender la marcha.—Una compañía de mineros.—Jim Boyce.—Joaquín es reconocido.—Lo que sigue de esto.

Después de haber puesto los caballos en un lugar seguro, los bandidos atacaron las provisiones que habían juntado aquel día y luego tomó su lugar el cigarrito.

—Paisanos, dijo Valenzuela, aquí no se oye hablar de otras cosas que de ahorcados: esto fatiga.

—Es verdad dijo Carrillo: la colgada no satisface. Pero es la manía de los americanos; se les inculca este principio en la cuna. Es preciso que cuelguen a alguien o que ellos mismos sean colgados: está en su sangre. Este pueblo tiene esa manía y nadie es capaz de reformarlo.

—Sea, dijo Jack Tres-Dedos; pero ya que no podemos impedir que ahorquen a nuestros camaradas, a lo menos podemos pagarles en la misma moneda, ahorcando nosotros a todos los americanos que caigan en nuestras manos. ¡Pero no! este es un mal sistema. Cuando yo mato a alguno, me es indispensable que vea de qué color tiene la sangre. Así, pues, ¡caramba! dejémosles que cuelguen si es su gusto, y en cambio nosotros los trataremos con el puñal y el revólver.

—Camaradas, repuso Joaquín a su turno, yo he sufrido más que cualquiera de vosotros de esa rabia que anima a los americanos para la colgada, pues he visto estrangular ante mis ojos a mi pobre hermano, que no les había hecho ningún daño y en un momento que me era imposible salvarle o castigar a los asesinos; pero después he tomado y tomo todavía la revancha. Dejemos a un lado ese triste tema de la conversación y permitidme que os relate una aventura que me pasó, hace algún tiempo en el condado de Tuolumne.

—¡Bravo! ¡bravo! Está bueno, dijeron muchas voces a la vez.

—Escuchemos, añadieron otras.

—Estaba empezando la carrera, dijo el jefe, en que me acompañáis ahora vosotros. Acababa de entrar en el condado de Tuolumne con mis compañeros, en número de siete sólamente, y encontré en el pequeño campamento de San Diego, a cosa de media milla de Columbia, un cuartel general que nos convenía bajo todos conceptos. Entonces pusimos manos a la obra, comenzando por matar y despojar

a los mineros, durante el día, ya si los encontrábamos solos en las montañas, o bien en compañía, en busca de ***placeres,*** o que estuviesen trabajando en lugares solitarios. Llegada la noche íbamos a depositar en las casas de juego parte del oro que habíamos adquirido de aquella manera.

Para visitar las mesas de ***monte,*** tenía buen cuidado, como podéis imaginaros, de disfrazarme, a fin de que los que me habían visto en otra parte, no me reconociesen y me tomasen por un extraño. Entre los que me habían visto muchas veces para que mi fisonomía y porte no le fuesen desconocidos, contábase un condestable llamado Leary, cuya presencia me molestaba y trataba de evitar cuanto era posible, por medio de que no me conociese bajo mi disfraz y me obligara a ponerme en guardia. A más de esto era el único hombre en todo el Estado que me hubeira causado pena si algún día tenía que usar mi revólver contra él, pues siempre me había tratado con la mayor cortesía y amistad. Sabía que estaba al corriente de todas mis aventuras y no dudaba que, oficial civil y hombre de honor ante todo, se vería obligado a emplear todos los medios para procurar mi arresto, y por ese motivo yo trataba de evitar su presencia.

Sin embargo una noche olvidé una parte del disfraz que tenía costumbre de ponerme; mi barba postiza me pareció superflua, y creí que sería suficiente con que me cubriese parte del rostro con mi capa. En efecto, tuve buen cuidado de embozarme bien con ella al salir de la casa de juego, a cosa de media noche. Al salir yo fuera, entraba Leary, quien me dirigió una mirada muy penetrante. Yo hice como si no lo hubiera visto, y cuando estuve en la calle, me fuí por los lugares más obscuros, dirigiéndome a toda prisa al cuartel general.

Apenas comenzaba a despuntar el alba al otro día, cuando ví aparecer un cierto número de hombres que, guiados por Leary, se encaminaban hacia nuestra cabaña. Desperté a mis compañeros que todavía dormían, y comprendiendo todos que no nos quedaba más recurso que huir, lo hicimos con la mayor rapidez. Varios tiros nos fueron disparados, y el enemigo logró apoderarse de tres de nuestros hombres. Al principio, debo confesarlo, creí que estaban perdidos; pero eran muy atrevidos nuestros camaradas. Después de una lucha desesperada, recobraron la libertad. Solamente yo fuí herido en la espalda por Leary, mientras los otros se escapaban.

Ni los que nos perseguían ni nosotros íbamos montados, lo cual favorecía en gran parte nuestra huída, pues estábamos más acostumbrados que los americanos a viajar por las montañas, y podíamos franquear con más rapidez que ellos los senderos estrechos, las escarpadas rocas y cuantas dificultades se ofrecían a nuestro paso. Así pues, muy pronto dejamos bien atrás a la compañía de Leary, y encontramos un lugar que nos ponía al abrigo de nuestros perseguidores. Era la primera vez que me veía perseguido, expulsado, por decirlo así por los americanos; pero si hubiera tenido la dicha de contar con unos hombres más, ¡por Baco que no les hubiera cedido ni una pulgada de terreno!

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaron a una voz todos los bandidos, brindando en seguida a la salud de su jefe.

Al siguiente día, Joaquín y sus hombres encontraron a uno de sus compatriotas que arriaba cuarenta o cincuenta mulas, cargadas de fardos de provisiones. Joaquín le compró una gran cantidad de harina, café, azúcar, frijol, etc., después los bandidos marcharon hasta llegar a la extremidad de una pradera desierta, pero tan fértil, que decidieron acampar a la sombra de un árbol. Se convino en que permanecerían allí una semana, hasta diez días si fuese necesario, para que las bestias tuviesen campo de restaurarse, y los hombres pudiesen reposar y recrearse un poco.

En el lugar donde empieza una de las ramas de la orilla meridional del río Mokelumne, región muy desierta y no lejos de la línea que sirve de frontera a los condados de Calaveras y de El Dorado, se había establecido una compañía de mineros compuesta de veinticinco hombres. Un día salieron bien armados en busca de placeres y al llegar a ese punto, se encontraron con incomparables riquezas. En seguida clavaron sus tiendas en aquel lugar, que no tenía otro inconveniente que estar separado de toda habitación.

Una mañana, los mineros almorzaban tranquilamente enfrente de sus cabañas, armados con sus revólvers, según la costumbre, cuando un joven ginete, de ojos y cabellos negros como el azabache, avanzó hacia ellos y los saludó. El joven hablaba muy bien inglés, de manera que fué imposible a los mineros adivinar si era un americano o bien mexicano. Lo invitaron a que les acompañase a comer, pero rehusó políticamente. Lo que hizo fué cruzar una pierna sobre su caballo, y hallándose a sus anchas en esa postura. comenzó a hablar ligeramente con los mineros sobre diversos objetos, hasta que apareció uno de la compañía llamado Jim Boyce, el cual se había ausentado para ir a traer agua de un manantial que había allí cerca.

A la primera mirada que lanzó el minero al ginete, éste tomó su postura natural, se afirmó en su silla y espoleó a su caballo.

Boyce estaba rabiando.

—¡Camaradas! ¡este no es otro que Joaquín! Descargad vuestras pistolas sobre él; pronto descargadlas.

Y mientras así gritaba, tiró un pistoletazo a Joaquín. Todo fué en vano.

El joven jefe había lanzado su caballo a la ventura, cuando de repente vióse cortado el paso por algunas rocas escarpadas. No le quedaba otro camino que un estrecho sendero que se extendía a lo largo de una montaña inmensa, hasta el borde de una cadena de rocas que tendría unas cien yardas de longitud. Estas rocas situadas encima del río, se encontraban en línea recta con la colina en que los mineros tenían instaladas sus tiendas, y sólo estaban a treinta yardas de distancia de ellas. Aventurarse por aquel camino, era muy peligroso para cualquier hombre que se hallase en la posición de Joaquín. No solo había el peligro de caer de una altura de más de cien pies, sino que también era preciso seguir una línea de más de

doscientas yardas al alcance de las balas del enemigo. Joaquín veía a todos los mineros que le aguardaban revólver en mano.

Joaquín, cual si estuviese montado en un caballo fantasma, se lanzó hacia el peligroso sendero, diciendo al pasar estas palabras a sus enemigos:

—¡Yo soy Joaquín Murrieta! matadme si podéis.

En aquel instante se oyeron veinticinco detonaciones, y las balas pasando por encima de la cabeza de Joaquín, fueron a aplastarse contra las rocas vecinas. En esta primera descarga, una bala le llevó el sombrero, dejando flotantes sus largos cabellos negros.

Los momentos eran demasiado preciosos para que pensase en hacer uso de su revólver; no ignoraba que su único medio de salvación era la ligereza de su caballo. Así pues, se contentó con sacar un puñal de su cintura, el cual levantó sobre su cabeza con desdén.

Algunos minutos después se oyó un chillido prolongado en medio del bosque, a la distancia de un cuarto de milla: el atrevido ginete estaba en salvo.

Joaquín conocía muy bien el carácter de Jim Boyce para adormecerse siendo perseguido por él. Además era muy probable que el minero hubiese oído hablar de las diversas recompensas ofrecidas al que aprehendiese o matase al jefe mexicano: era pues muy probable que se reunieran todos los mineros de aquellas inmediaciones y los atacaran en regla. Por lo visto, había mucho peligro en permanecer allí por más tiempo, pues el campamento de los bandidos estaba solo a tres millas de las chozas de los mineros. Sin embargo, sus enemigos no podían reunir los caballos necesarios para el ataque, ni las armas y municiones que habían menester, antes del amanecer. Joaquín concibió el plan más brillante y más ingenioso que jamás haya salido de humano cerebro; un plan que destruía todos los proyectos de sus enemigos y permitía al joven mexicano el posesionarse de todas las riquezas que hubiesen podido juntar los mineros.

Sabiendo que podía establecerse una pista perfectamente de noche, pero que no era posible seguirla hasta de día, ordenó a sus hombres que montasen a caballo y se aprestasen a una correría. Todos obedecieron al momento sin preguntar siquiera al jefe; a poco rato estuvieron listos para marchar. Joaquín se puso al frente de ellos, y silenciosos se internaron por entre grandes hileras de pinos. Toda la noche anduvieron por caminos casi intransitables, y se encontraron con que habían andado veinte millas. Joaquín quiso alejarse algo más del campamento que acababa de abandonar: solamente dió orden de hacer alto.

Se juntaron algunas ramas secas, a las cuales se puso fuego; los caballos fueron atados cerca de la hoguera, y luego los bandidos extendieron sus sarapes en el suelo y se entregaron al reposo. Los centinelas encargados de velar por la seguridad del campamento, eran relevados cada media hora durante toda la noche: al rayar el alba, toda la cuadrilla se puso en pie y algunos instantes después se volvió a emprender la marcha: los bandidos sólo habían dormido cinco horas. Hasta el medio día nuestros hombres anduvieron con

la misma rapidez que en la noche anterior. Luego se hallaron en medio de un hermoso valle, cubierto de vegetación, fertilizado por un arroyuelo que atravesaba una hilera de corpulentos robles. Este lugar se hallaba distante unas veinte millas del punto en que habían vivaqueado los bandidos la noche anterior; allí permanecieron dos horas para que sus caballos pudiesen pacer a sus anchas, en tanto que ellos tomaban algún refrigerio. No se pusieron en marcha hasta haber dejado indicios que hiciesen creer a los americanos que los bandidos habían pasado la noche en aquel lugar: luego galopando hasta la caída de la tarde, salvaron otra jornada de veinte millas entre ellos y sus enemigos. Tomaron algunos instantes de reposo, encendieron una hoguera como la noche anterior, cenaron apresuradamente y después volvieron a montar a caballo y describieron en su correría un círculo de cinco millas tomando de improviso la dirección Oeste, y a eso de las tres de la madrugada, acamparon a un día de camino del último campamento.

Algunos días después de todo ese tragín, marchas y paradas consecutivas, la cuadrilla se encontró precisamente en un lugar donde ya había estado antes.

Jim Boyce y los mineros habían salido en persecución de los bandidos, el día siguiente al en que la casualidad les había deparado a Joaquín. Cada noche hacían alto en el lugar que acababan de abandonar los bandidos y esperaban, con sobrada razón, que al fin se encontrarían cara a cara con los mexicanos, aunque fuese al otro confín del mundo.

Una sonrisa de satisfacción se escapó de los labios de Joaquín al apercibirse, por las señales infalibles, que Jim Boyce, aquel a quien él consideraba como su más peligroso enemigo, lo perseguía tan de cerca.

Había llegado la noche. Después de haber marchado todo el día por los montes y los llanos, Jim Boyce y los suyos, sentados tranquilamente al rededor de una de las hogueras que últimamente había abandonado Joaquín, y que ellos habían vuelto a encender, fumaban y reían muy a gusto, sin el menor presentimiento de algún mal, cuando de repente rasgó el aire la detonación de veinte revólvers descargados a un tiempo; el fuego resplandeció con mayor brillo, y los mineros que habían sido respetados por las balas, vieron en torno de sí veinte de sus camaradas tendidos y oyeron al mismo tiempo otra descarga parecida a la primera, dirigida contra ellos.

Horrorizados, temblorosos, locos, los dos únicos que la segunda descarga había dejado en pie, uno de los cuales no era otro que Jim Boyce, se lanzaron en la obscuridad y sin pensar en el camino que tomaban, huyeron lejos de aquella escena terrible. Pocos momentos después, Joaquín visitaba el campamento tranquilamente, a fin de saber si entre los muertos se encontraba Jim Boyce. Por lo que toca a Jack Tres-Dedos, satisfacía su apetito sanguinario en aquellos de los mineros que le parecía que todavía respiraban, acabándolos a puñaladas.

Es sabido que la muerte producida por una bala esparce sobre

el rostro de la víctima una palidez extrema y repentina. Los cadáveres que se hallaban esparcidos en el suelo presentaban a la luz de la hoguera tal aspecto repugnante, que el mismo Joaquín se horrorizó.

—Vamos, dijo, abandonemos este lugar. Podemos acampar hasta mañana en un lugar más agradable.

CAPITULO XI

Llegada a Jacki-Creek. — Carrillo es preso y colgado. — Phoenix Quartz Mill.—Los chinos de la montaña del Oso.—Dos americanos, a más cuatro alemanes.—Joaquín se ve en la necesidad de matar a uno de sus hombres.—Cinco chinos entregados a Jack Tres-Dedos.

Dos o tres días después, la cuadrilla fue a visitar las cabañas de sus víctimas. Después de apoderarse de los caballos y mulas que allí había, los bandidos comenzaron a buscar los metales preciosos, y en oro en polvo fueron encontrados cerca de catorce mil pesos. Joaquín tomó posesión de esta suma, y luego se dirigieron a Yaqui Camp, situado a corta distancia de San Andrés en donde el jefe tenía una cita.

El día siguiente del en que llegó a aquel lugar, mandó a seis de sus hombres a Arroyo Cantova, guiados por Valenzuela, con todas las bestias que no eran útiles a la cuadrilla en aquel momento y parte del dinero encontrado en el domicilio de los americanos.

El jefe comenzó desde luego, con los hombres que le quedaban, una serie de expediciones contra sus comunes enemigos, matando y robando cuanto les venía a la mano.

Por varias millas a la redonda de San Andrés, Calaveritas y Yaqui Camp, no se oía hablar de otra cosa que de robos atrevidos, y nadie sabía de qué manera habían sido cometidos ni a dónde pasaban los objetos robados. Varios individuos habían sido degollados, sin que se supiera quién era el asesino. Todo lo que sabían los mineros, era que algunos ladrones y asesinos, cual otros tantos fantasmas, se paseaban en medio de ellos, sin que pudiesen ser reconocidos. Así pues, sólo se veían rostros compungidos y ojos extraviados, pues cada cual temía ser asaltado en su camino.

El capitán Ellis, diputado-sheriff del condado, logró organizar una compañía entre los ciudadanos más atrevidos de San Andrés, y en seguida comenzaron a perseguir a los bandidos. Habiendo sabido por un espía que Joaquín se hallaba en Yaqui Camp, y que uno de sus hombres frecuentaba las mesas de monte muy a menudo, se dirigió sin pérdida de tiempo al lugar indicado, reconoció al hombre, cuyas señas se le habían dado y se apoderó de él.

Carrillo, pues no era otro que él, fue condenado a ser colgado, *incontinenti,* por ladrón y asesino; pero se le ofreció el perdón si revelaba el domicilio de sus compañeros. El bandido rehusó la oferta desdeñosamente: sin embargo, suplicó que no le matasen, y se comprometió a ayudarlos en su empresa, pero de un modo que no exitase las sospechas de la pandilla de Joaquín. Viendo que no era atendida su proposición, cambió de tono y dijo con bravura:

—¡Pues manos a la obra!

Luego añadió:

—Si os pasa por la mente visitar nuestros escondrijos, encontrareis en mi baúl un puñal, cuya hoja está todavía manchada con la sangre de uno de vosotros. Con aquel puñal he matado lo menos veinte de vuestros amigos, mientras que vosotros podeis matarme una sola vez.

Este discurso, como deben suponer nuestros lectores, fue recibido con gran indignación: el bandido sin más fórmula de proceso, fue arrastrado hacia un árbol y colgado de una de sus ramas.

Los compañeros del capitán Ellis, no dando oído más que a su venganza, continuaron la obra comenzada, destruyendo e incendiando todos los lugares que suponían pudiesen servir de refugio a los bandidos: las llamas alumbraron todas las montañas vecinas por algunas millas a la redonda.

Joaquín que se hallaba con sus hombres en una colina, poco distante de aquel lugar, vió y oyó todo lo que pasaba.

—Creo yo, dijo el jefe riendo muy a gusto, que si actualmente nos tuvieran en su poder, les tentaría el deseo de asarnos. ¡Pobre Carrillo! Lo han colgado; sin duda habrá ido a unirse con su antiguo amigo el padre Jarauta; pero ¡caramba! juro que los primeros veinte enemigos que yo encuentre, le seguirán en el camino que va para el infierno, y no sin que ya haya antes satisfecho mis deseos sobre ellos.

Convencido Joaquín de que la compañía del capitán Ellis recorría todo el país en busca de su cuadrilla, se internó en las montañas, bien dispuesto a llegar lo más pronto posible al cuartel general, en donde presentaría batalla a todos los que osasen perseguirle.

Al pasar cerca del molino de la compañía Phoenix, algunos individuos parapetados en aquel edificio, les hicieron una descarga, la cual sólo tuvo efecto en dos o tres de ellos que fueron heridos ligeramente.

En seguida Joaquín hizo parar a su gente y contestó el fuego, pero como el enemigo no se presentaba, penetró en aquel lugar con cinco o seis hombres, incluso Yack Tres-Dedos.

Sólo había allí dos hombres que tuvieron la temeridad de defenderse cuerpo a cuerpo con los bandidos: como puede comprenderse fácilmente, un minuto bastó para aniquilarlos y mandarlos al otro mundo. Después de lo cual, Jack Tres-Dedos los arrastró hacia fuera, mutilándolos horriblemente a puñaladas. Mientras tanto, Joaquín y sus compañeros descargaban algunos pistoletazos dentro del molino, y luego todos volvieron a emprender la marcha, interrumpida por el episodio que acabamos de relatar.

Al otro lado de la montaña del Oso, a cuyo punto llegaron nuestros hombres por un camino que sigue la cadena de Santo Domingo Creek, los mexicanos encontraron un campo chino, del cual sacaron quinientos o seiscientos pesos: era cuanto poseían aquellos hijos del Celeste Imperio. Jack Tres-Dedos no pudo menos que manifestar su ansiedad al verlos tan débiles y miserables, él hubiera querido cortarles tan triste existencia, pero Joaquín le mandó que no hiciese alarde de su fuerza e instintos sanguinarios. Jack se conformó con la decisión de su jefe, pero no de muy buena gana: nuestro hombre era anti-chino por naturaleza, y para él no había diversión más buena que la de desollar unos cuantos de esos seres inofensivos: no obstante, comprendiendo sus obligaciones, obedeció sin réplica la orden de Joaquín.

Nuestros hombres pasaron el río en Forman's Ranch; después siguieron el gran camino que costea los bosques hasta llegar al que conduce a San Andrés. A cosa de una milla del pueblo, comenzaron a subir una montaña situada en la vecindad de Grearservil. En el camino encontraron a dos hombres que viajaban a pie: se hizo una descarga sobre ellos, y una vez muertos, fueron entregados a la saña de Jack Tres-Dedos, pero en tal estado, que ese miserable no halló otro medio de satisfacer su apetito sanguinario, que cortándoles el pescuezo y acabando de desfigurar su rostro a puntapiés.

Cerca del campo del Angel, los bandidos encontraron una cabaña en que dormían cuatro alemanes; los despertaron y luego les pusieron su puñal en la garganta, obligándolos a entregar todo el dinero que tenían, que apenas ascendería a unos doscientos pesos.

Jack Tres-Dedos dejó partir a sus camaradas; cuando se hallaron un poco lejos, se volvió hacia los pobres alemanes que estaban todavía estupefactos, y con un juramento de muy mal agüero les dijo que iba a cortarles la cabeza por estar pobres. La acción iba a seguir a la amenaza, si no hubiese llegado Joaquín en aquel momento, quien se interpuso. El monstruo Tres-Dedos renunció por aquel entonces al placer que le esperaba; más de una vez, en el camino, trató de abandonar a sus camaradas para ir a cumplir su amenaza; pero Joaquín, que no le perdía de vista, supo impedírselo.

Algunos días después, uno de los hombres de la pandilla, llamado Florencio, declaró a Joaquín que no podía acompañarle más, pues tenía que volver a Jacqui para arreglar un asunto particular.

—¿Cuál es ese asunto? preguntole el jefe.

—¡Ah! dijo el otro con un tono que parecía muy natural. Es un pequeño negocio que sólo a mí me concierne.

—No lo dudo, replicó Joaquín, pero en este momento te necesito. Mi intención es reunir a todos los miembros de la compañía en el cuartel general, y a no ser que me des una razón plausible, no puedo concederte el permiso que solicitas.

—Pero yo no solicito, dijo el bandido, lo que hago es pedir.

—Entonces, señor Florencio, lo que pides es inoportuno.

Estas palabras fueron acompañadas de una ligera sonrisa de menosprecio, que se desprendió rápidamente de los labios de Joaquín.

—Todos los momentos me parecen buenos, replicó Florencio;

basta que yo los halle oportunos. Supuesto que parece que hoy os encontrais de mal humor, nada más tengo que añadir, pero haré lo que se me antoje.

Y esto diciendo el bandido hizo dar una vuelta a su caballo y se disponía a partir, cuando Joaquín sacó su revolver y le ordenó que hiciese alto.

—¡Y bien! dijo el rebelde sujetando al caballo por la brida; ¿qué se ofrece?

—Yo creo, dijo Joaquín furioso al ver que era tratado de aquel modo por uno de sus subalternos y delante de su compañía, algunos de cuyos miembros eran novicios; creo y repito, que sois un traidor; sin duda quereis ir a dar razón del camino que seguimos, y descubrir nuestro cuartel general.

—Pensad de mí lo que mejor os cuadre, contestó el miserable sacando al mismo tiempo su revolver y lanzando una mirada amenazadora e insolente hacia su jefe.

—¡Ah! exclamó Joaquín lleno de cólera; por Cristo que vais a morir, siquiera no fuese mas que por vuestra insolencia!

Casi al mismo tiempo se oyeron dos tiros de pistola, y Florencio, mortalmente herido, cayó de su silla. Su caballo, aligerado del peso del ginete, se unió a la compañía que partió a galope. Todos los bandidos censuraron la loca insubordinación de Florencio, y felicitaron a su jefe por haberlo castigado tan a tiempo.

Me pedía algún tiempo dijo Joaquín y yo le he dado la eternidad.

Dos horas después, los bandidos marchaban por un camino que se sepulataba en las gargantas de las montañas, cuando se encontraron de repente en frente de un campo ocupado por cinco chinos. A pesar de que cada uno de ellos estaba armado con un revolver y un puñal, no opusieron la menor resistencia a nuestros hombres, pidiéndoles de rodillas que les dejasen la vida. La rebeldía de Florencio había puesto a Joaquín de mal humor: hizo seña a Jack Tres-Dedos, quien se lanzó sobre los infelices chinos y a uno después de otro les sepultó su puñal en el pecho. Sus ojos resplandecían de gozo al ejecutar aquella operación, pareciendo más bien una bestia feroz que se satisfacía con la sangre de sus víctimas, que un ser dotado de razón.

CAPITULO XII

El cuartel general. —Joaquín y Clarita.—Se hace un reconocimiento en la montaña.—Arkansaw.—En presencia del enemigo.

Cuando llegaron a Arroyo Cantova, Joaquín se convenció de que sus merodeadores no habían estado sin hacer nada: algunos centenares de caballos se paseaban tranquilamente en la llanura, muchos de ellos broncos todavía. En el campo se levantaban hermosas tiendas de campaña que, todas juntas, se asemejaban a un pueblecillo; sentados a su alrededor, los bandidos mataban tranquilamente el tiempo;

unos jugando albures y otros fumando su cigarrito. A corta distancia, sentadas sobre la menuda yerba, se hallaban ocho hermosas jóvenes de ojos negros con sus queridos, las cuales hablaban, reían y cantaban con toda la alegría y natural viveza que acompañaba a su sexo y edad.

Apenas hubo avanzado Joaquín hacia sus camaradas, cuando recibió felicitaciones y cumplimientos de todos lados. Al mismo tiempo dos magníficos brazos rodearon su cuello y los lindos ojos de Clarita le dieron una amorosa bienvenida: era tal la emoción de la joven en aquel momento, que en vano hubiera querido hablar.

Después de haber dado las gracias a sus compañeros por la recepción que le hacían, Joaquín se retiró con su querida, dirigiéndose hacia un árbol predilecto que él había escogido para pasar bajo su sombra los ratos de ocio. Cuando estuvieron sentados y libres de las miradas y oídos importunos dijo Clarita:

—¡Joaquín, has estado ausente mucho tiempo! sí, ¡mucho tiempo! Y yo no he dejado de estar triste con tu ausencia, pues me hallaba sola en medio de tanta gente.

—¿Es Posible, Clarita? ¿Sola y triste entre esas jóvenes tan alegres, tan dichosas?

—¡Ah! Justamente por esta razón es que me hallaba triste.

—¿Es cierto? Explícate pues, querida mía. Quiero saber la causa de ese cambio tan repentino. ¡Cómo! ¿lloras? ¿Es tan seria la cosa?

—Sí, Joaquín, lloro, dijo la joven apoyando su linda cabeza en el seno de su amante; lloro, porque no puedo, no, no puedo contener mis lágrimas; siento que mi corazón está próximo a desgarrarse. ¿Te acuerdas de lo que me prometiste? ¡Oh! ¿cuando abandonarás esta peligrosa y desagradable existencia, para irnos a nuestro país, tan hermoso y tan apasible?

—Nuestro país! Ojalá no lo hubiese abandonado jamás! De este modo no sería lo que hoy en día soy. Pero ven, Clarita mía, no te desanimes. Algunos meses más y volveremos a ver el hermoso cielo que nos vió nacer, donde pasó nuestra niñez, y todas las penalidades y sufrimientos pasados serán olvidados ante la dicha que disfrutaremos.

En el rostro de la joven se pintaba el placer que le causaban los recuerdos que evocaba Joaquín; pero a pesar de la existencia que éste llevaba, Clarita lo amaba con pasión. Hubiera dado gustosa la existencia por él; conocía todos sus secretos y leía en sus ojos sus penas, sus tormentos, su placer, su dicha, en fin; con una mirada escudriñaba los secretos más recónditos de su corazón. Joaquín le había dicho que la carrera en que se había lanzado acabaría el día en que concluyese su venganza y hubiese reunido una suma equivalente a la que le habían quitado. Añadió también que se retirarían al Estado de Sonora y construirían una casa, no ocupándose de otra cosa que de su amor. Ella le escuchaba con la mayor confianza, pues eran sinceras sus intenciones, y bien poco la inquietaban los díceres de la gente, porque tal como era Joaquín, Clarita lo amaba y lo consideraba el más noble, generoso y gallardo de todos los mortales.

—¿Está próxima nuestra partida? dijo Clarita con un acento de de ternura en que se retrataba todo su amor.

—Sí, vida mía; mi venganza ya está casi completa, y por lo que hace a mi fortuna, con algunos miles de pesos más que tenga me bastará.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando el joven jefe fue interrumpido de improviso en su amorosa plática por uno de los centinelas que venía al trote a darle algunos informes. A cosa de una milla, abajo de Cantova Creek, el centinela había descubierto hacía un rato, una pista que se perdía entre la menuda yerba; y, según todas las apariencias, se podía afirmar que había no lejos de allí una partida de doce a quince hombres. Era muy importante que se vigilase bien el campamento y no se dejase salir del valle a ninguno que pudiese revelar el secreto de en donde la cuadrilla de Joaquín tenía establecido su cuartel general. Un suceso de esa naturaleza hubiera podido destruir completamente los proyectos del jefe mexicano, obligándolo al mismo tiempo a buscar otro lugar donde refugiarse.

Así, pues, tomó sin demora uno de sus mejores caballos y se lanzó fuera del valle, acompañado de veinte de sus mejores hombres, entre los cuales se contaban sus edecanes Jack Tres-Dedos y Valenzuela y los no menos valientes y fieles Guerra, Antonio y Fernando.

La pequeña compañía siguió la pista indicada por el centinela y al cabo de dos horas de marcha precipitada, apercibieron ante ellos a catorce americanos que los aguardaban de frente.

Cuado los bandidos se hallaron a unos cuantos pasos de distancia de los americanos, Joaquín ordenó que se hiciese alto. Había observado con sorpresa el mexicano, que el jefe de esos intrusos no era otro que el grandote y robusto individuo que había tratado de arrestarlo en una casa de baile en Sonora.

—¿Qué habeis venido a buscar en este valle? les dijo Joaquín haciendo avanzar a su caballo algunos pasos, a fin de ver más de cerca el rostro del individuo en cuestión, para asegurarse de que no se había equivocado.

El americano titubeó.

Irritado por el chasco que le había pegado Joaquín en la casa de juego, obligado a soportar las chanzonetas de sus conocidos que cada vez que le encontraban le pedían noticias de Joaquín, el individuo en cuestión había resuelto organizar una compañía y salir en persecución del bandido, para traerlo a Sonora muerto o vivo, y dar fin de este modo a la crítica de que era víctima. Para tan laudable fin encontró fácilmente una docena de hombres avezados en aquel género de fatigas, los cuales emprendieron el negocio con el mayor ánimo. Debemos advertir que cuando el americano se decidió a perseguir al jefe de los bandidos, suponía que la cuadrilla de éste la componían hombres de poco valor, y por este motivo creía muy fácil su empresa: él no ignoraba que Joaquín era valiente, pero no siendo secundado por sus compeñeros, muy pronto tendría que rendirse.

La repentina aparición de Joaquín a la cabeza de veinte hombres

bien equipados, bien montados, bien armados, bien fornidos y con un aspecto nada agradable, sorprendió a Arkansaw, ese era el nombre con que era conocido en California el americano, al extremo que, en aquel instante, se sintió incapaz de contestar a Joaquín.

Arkansaw no estaba falto ni de decisión ni de valor, pero poseía una fuerte dosis de amor propio, de vanidad y circunspección. Al verse enfrente de una pandilla de hombres superiores a la suya en número y calidad de las armas, comprendió que nada ganaría si se batía con ellos, que sólo le produciría el negocio algunos balazos o puñaladas, sin esperanza de conseguir el objeto que se propuso. El americano, pues, permanecía callado y perplejo, cuando Joaquín impaciente le dijo con tono más agrio que al principio:

—¿Me habeis comprendido o es preciso que me explique con más claridad?

—Poco más o menos, respondió Arkansaw llevando a su boca una enorme cantidad de tabaco que acababa de sacar de su bolsillo, mientras que con una mirada trataba de indagar el parecer de sus compañeros.

—Entonces, ¿qué teneis que responder? ¡Hablad pronto! ¿Quién sois y qué habeis venido a hacer a este valle?

—¡No os incomodeis! Fácilmente se adivina que sois extranjero: nuestras costumbres os son desconocidas: apenas dais tiempo para que se os conteste! Yo nunca me apuro, ni aun cuando mi sopa está en la mesa o alguna liebre o perdiz a pocos pasos de mi escopeta. El moverme me cuesta mucho; ya lo veis, me parezco a un buque equipado para hacerse a la vela, pero me da mucho trabajo el virar; en fin, para abreviar palabras os diré que nuestra presencia en estos lugares se reduce a este objeto: nosotros formamos una sociedad de cazadores y actualmente andamos en busca de osos grises y otros animales salvajes. Así como vosotros no teneis ningún motivo para buscarnos disputas, tampoco lo tenemos nosotros para incomodarnos. He aquí la verdad lisa y llana.

A estas palabras, la sorpresa y el desprecio aparecieron retratados en el semblante de los demás americanos que acompañaban a Arkansaw. Algunos dejaron escapar sordos murmullos de descontento. Entonces uno de ellos se adelantó hacia Joaquín, y le dijo con acento muy firme:

—Estoy persuadido de que os conozco: ¡vos sois Joaquín Murrieta!

CAPITULO XIII

Gran combate.—Jack Tres-Dedos pelea con Arkansaw.—Valor de este último.—Se escapa de las manos de los mexicanos.—Joaquín se ve en la necesidad de abandonar Arroyo Cantova.

Apenas el americano había acabado de pronunciar el nombre de Joaquín, cuando todos sacaron su revolver. comenzó el fuego por ambos lados con gran confusión. Cinco de los hombres de Joaquín habían caído de sus caballos, y dos de los americanos habían pasado a mejor vida, cuando a una señal de su jefe, los bandidos se lanzaron sobre el enemigo y trabaron un combate cuerpo a cuerpo, en el cual el valor y la fuerza debían salir vencedores. En medio de los gritos, las imprecaciones y los gemidos, se oía la voz de los jefes que animaban y exitaban a sus hombres, al mismo tiempo que combatían con la ferocidad del tigre.

Herido, ensangrentado, pero siempre valiente y jamás abatido, Murrieta corría de un lado para otro en medio del tumulto y en todas partes se le veía, y cuando alguno de sus hombres empezaba a desanimarse, él lo animaba y conseguía que saliese victorioso de su rival.

Sin embargo, los americanos peleaban de un modo desesperado. Por un momento tuvieron ventaja sobre sus adversarios; y tal vez hubiesen obtenido la victoria, si el genio invisible que por todas partes acompañaba al jefe mexicano, no hubiese acudido a su socorro.

Después de haber descargado sobre el enemigo el contenido de su revolver, Jack Tres-Dedos había tirado el arma a un lado y había comenzado a hacer uso del puñal, con su ferocidad acostumbrada. Daba golpes a troche y moche, y algunas veces, ciego por aquella escena de sangre que se ofrecía a su vista, ni siquiera veía a donde dirigía el golpe, hiriendo a alguno de sus camaradas o a los caballos que montaban.

Cuando Joaquín, después de haberse desembarazado de uno de los americanos más obstinados, pudo contemplar con calma el campo de batalla, vió que nueve de los suyos habían encontrado la muerte en el combate. De los enemigos sólo uno había quedado con vida, y era el gigantesco y robusto Arkansaw, que luchaba desesperadamente contra Jack Tres-Dedos. El americano era un hombre muy fornido, daba más golpes que recibía, lo que contribuía a aumentar la rabia feroz de Jack.

Joaquín y el resto de la cuadrilla, heridos y cubiertos de sangre, y también rendidos de fatiga, permanecieron tranquilos espectadores de la lucha, confiando en la fuerza y destreza de su camarada.

Yendo de un lado a otro con sus caballos cubiertos de espuma, los combatientes trataban de acabar la lucha por medio de un golpe mortal; se veía que estaban resueltos a no abandonar el campo de batalla, hasta que uno de los dos quedase tendido en él.

De repente, Arkansaw, enfurecido por el dolor que le causaba una terrible herida que acababa de recibir en una pierna, se lanzó con su caballo hacia la izquierda de su adversario, y blandiendo su puñal le dió tal cortada en la mejilla, que el mexicano tembló sobre su silla. Sus compañeros, espantados, acudieron a socorrer a su camarada; pero Jack, volviendo en sí de improviso, con grandes imprecaciones les ordenó que se retiraran. Sin embargo, no le escucharon, pues estaban decididos a impedir un sacrificio inútil, y pensaban acabar con el americano. Este comprendió que con todo su valor, no podría resistir por mucho tiempo a enemigos más fuertes que él: así, pues, hizo dar una vuelta a su caballo, y lanzándolo en el camino, huyó rápido como un relámpago, seguido a alguna distacia por su salvaje enemigo, a quien se le había unido Joaquín.

Por espacio de cinco millas los dos mexicanos persiguieron al americano: Joaquín se quedó algo atrás, pero Jack, casi llegó a alcanzar al fugitivo. Convencido el primero de que era materialmente imposible alcanzar a Arkansaw, llamó a Jack, y cuando estuvieron juntos, hicieron dar vuelta a sus caballos y se encaminaron hacia el cuartel general.

Los mexicanos que habían sido heridos durante el combate, se hallaban allí también. Algunos de sus camaradas, los más experimentados se ocupaban de curarlos del mejor modo que podían. Fernando y otros individuos habían recibido heridas tan graves, que murieron al día siguiente, lo que aumentaba la pérdida total de los bandidos hasta once.

Por su parte Joaquín, si no había sido herido gravemente, en cambio había perdido mucha sangre, lo que le obligó a permanecer en cama por algunos días: durante todo ese tiempo, Clarita no cesó de prodigarle los cuidados más atentos. Antonio y Guerra, no menos dichosos que su jefe, encontraban un alivio a sus males con la asistencia que recibían de sus queridas; así fué como los tres sanaron de sus heridas antes de que los otros bandidos menos favorecidos por la suerte, entrasen en convalecencia.

Joaquín sentía cierta inquietud al acordarse del intrépido americano Arkansaw, el único que había sobrevivido de los que tomaron parte en el combate: reprochábase el haberle dejado escapar, cuando hubiera podido matarlo fácilmente de un pistoletazo durante la lucha con Jack Tres-Dedos. Habían transcurrido quince días desde aquella sangrienta batalla, y si el americano no había sucumbido a sus heridas, era de temerse que hubiera levantado otra compañía de aventureros que nunca faltaban para una empresa parecida. ¿Quién le impedía reunir las diversas compañías que había organizadas en el país para castigar a los bandidos, y una vez todos juntos, dirigirse a la caza de nuestros hombres?

Temiendo una eventualidad parecida, Joaquín resolvió abandonar,

a lo menos por algún tiempo, el lugar que había escogido para su cuartel general. Por medio de esta estratagema, decía para sí el jefe, engañaré a mis perseguidores, quienes encontrando desierto el valle, creerán que hemos vuelto a nuestro país, o bien seguirán buscándonos dividiéndose en varias direcciones, lo que habría permitido a Joaquín de llevarlos hacia las montañas y allí aniquilarlos uno a uno sin exponer a perder su gente. Bajo este cálculo, los bandidos se dispusieron a salir del valle. Los caballos, de los cuales había algunos centenares, fueron reunidos en partidas y enviados a México custodiados por cuatro hombres de los más valientes e inteligentes de la banda de nuestro héroe. Las tiendas de campaña fueron plegadas y colocadas sobre las bestias de carga, como igualmente todo lo que había en el campamento que les pudiese ser util. Las mujeres se vistieron de viaje, preparándose alegremente a atravesar las motañas, los llanos, los senderos y las profundas gargantas; iba a comenzar para ellas una serie de fatigas, en que no sólo habría privaciones y cansancio, sino tal vez tendrían que defenderse a menudo contra los osos pardos y los leones de California.

Los heridos que aún no habían recobrado sus fuerzas, fueron montados en los caballos más mansos los cuales de ordinario eran montados por las mujeres.

Concluidos que fueron los preparativos, toda la cuadrilla salió poco a poco del valle, componiéndose en aquella época de ciento seis hombres y nueve mujeres. Todos abandonaron con pena aquel lugar, que quedaba tan triste, pero que muy a menudo había estado animadísimo durante la estancia de los bandidos en él.

Al frente de su columna marchaba Joaquín, rodeado de sus principales subtenientes. Las facciones tan hermosas del jefe habían tomado una expresión de tristeza y gravedad, mientras explicaba a sus hombres los motivos que le habían determinado a abandonar el Arroyo Cantova.

CAPITULO XIV

El viaje.—Pensamientos secretos de Joaquín.—El nuevo cuartel general.—Nueva organización.— Joaquín expone parte de su plan.— Visita a Fiddletown.

El viaje no distrajo en nada a Joaquín de sus constantes preocupaciones. El recuerdo de su último encuentro con los americanos torturaba su espíritu: a pesar de que los había derrotado completamente pagó bien cara su victoria, y se veía en la necesidad de reconocer la impotencia de sus hombres cuando se encontraban enfrente de un enemigo fuerte y decidido. Sentía infinito que su cuadrilla no estuviese compuesta de hombres tan hábiles, tan intrépidos como Jack Tres-

Dedos, Valenzuela, Antonio y Guerra. Contrariado de haber dejado escapar a Arkansaw, era necesario que reconociese también que Jack Tres-Dedos no alcanzaba siempre la victoria ni tampoco era invencible: y no obstante, era el más fuerte de toda la pandilla, el más astuto, el más cruel, el más resuelto de todos los perdona-vidas: había sido anteriormente el favorito, el brazo derecho del padre Jarauta, el jefe más famoso de guerrilla. Además aumentaban su hoja de servicios las numerosas heridas que había recibido durante su carrera, de algunas de las cuales se distinguían todavía las señales, y esto lo elevaba a los ojos de Joaquín. Si ese gran campeón se vió en grandes apuros para escaparse de las garras del intrépido Arkansaw, era más que probable que cualquiera de los otros bandidos que hubiesen figurado en aquel lance, se habría visto tan apurado como él.

Joaquín comprendió desde luego que tenía interés en evitar cualquier encuentro formal con los americanos. Un combate semejante, aunque saliese victorioso en él, podía privarle de un gran número de hombres que difícilmente serían reemplazados, lo cual estorbaría grandemente el objeto que se había propuesto al empezar su carrera de crímenes.

Estas reflexiones y otras semejantes tenían mohino y taciturno a Joaquín Murrieta: era la primera vez que sentía un vivo y sincero deseo de renunciar lo más pronto posible a aquella existencia criminal y retirarse al seno de su patria con su querida Clarita.

La joven marchaba detrás de la cuadrilla, acompañada de sus amigas, que estaban muy lejos de encontrarse tristes. Clarita no sentía entonces las mismas impresiones que su amante, antes bien, se hallaba de muy distinto humor. Esforzábase en distraer y alegrar a sus lindas compañeras, que tenían más ganas de divertirse que de otra cosa. Al oír las carcajadas y canciones amorosas que se desprendían de los labios de las jóvenes mexicanas, las cuales eran repetidas por el eco de las montañas, hubiérase dicho que en aquellos alrededores se celebraba un festín; tal era la lagazara que tenían.

Después de haber atravesado los ricos valles que se extienden al Norte del lago Tulares, los mexicanos franquearon el río de San Joaquín, a cosa de doce millas de distancia del fuerte Miller y siguiendo avanzando en dirección Norte, hasta llegar a las cascadas de Yohamite. Allí volvieron a pasar el río y treparon la Sierra Nevada, atravesando los deliciosos valles que se encuentran al otro lado; y finalmente, llegaron a la cumbre de las montañas al Este del lago Mono.

Entre los senderos de estas montañas, cuando Joaquín empezó su carrera, había hallado refugio contra algunos americanos que los persiguieron a él y a su cuadrilla desde Hangtown hasta Castle Peek, a alguna distancia del paso de Sonora: desde aquella época consideraba aquel lugar como el mejor y más seguro escondite que había en todo el Estado.

El joven jefe se internó en un desfiladero que casi nadie hubiera podido dar con él, de tal modo estaba desconocido por medio de rocas y vegetación: y cuando llegaron a su fin se encontraron en uno de los lugares más pintorescos y más retirados que imaginarse pueden.

Es un simple paraje situado a veinticinco millas al Sudeste del lago Mono, que está colocado entre dos escarpadas montañas coronadas de rocas que parecen próximas a desplomarse, y en medio de las cuales un hombre puede fácilmente evadirse a todas las pesquisas. Si se sale de allí para trepar las montañas vecinas, de un golpe de vista se domina todo el país a varias millas a la redonda.

En este lugar solitario y salvaje, a algunas millas del cual tienen su guarida los lobos, las hienas, los más temibles osos pardos, y toda clase de fieras, los bandidos clavaron sus tiendas de campaña. Ya las sombras de la noche se esparcían poco a poco sobre la tierra; la naturaleza parecía convidar al reposo y a la tranquilidad a esos atrevidos aventureros, que tantas preocupaciones los traían atareados. Extendieron en tierra sus grandes frazadas, y después de cubrirse con ellas cómodamente, se entregaron al reposo. Durmiendo hasta el amanecer, no menos tranquilos, al parecer, que cualquiera que jamás hubiese teñido en sangre sus manos, o que no tuviese remordimientos en su conciencia.

Al día siguiente, Joaquín reunió en torno suyo a todos sus camaradas, y les expuso sus ideas y sus planes para lo futuro.

—Ya sabéis, dijo el mexicano, que tenemos actualmente cien hombres en servicio activo. Nuestros espías, nuestros amigos, nuestros socios, esparcidos en casi todas las ciudades y campos del Estado, se elevan a cuatrocientos. Esos aliados sólo pueden ayudarnos verdaderamente, es decir, por medio de sus informes que nos suministran; no podrían prestarnos ninguna cooperación activa, por razones que es inútil os explique en este momento. En un punto seguro tengo una suma considerable de dinero, y mi intención es levantar en Sonora y la Baja California, cierto número de auxiliadores que elevarán hasta trescientos el efectivo de nuestros miembros militantes. Yo equiparé a esos nuevos reclutas, los armaré, y podré entonces limpiar todos los condados del Sur. Todo esto tan rápidamente, que no tendrán lugar para organizarse en compañías y oponer resistencia: apenas conocerán mis proyectos, cuando yo habré concluido mi tarea, retirándome a las montañas de Sonora. Cuando llegue a ese punto, abandonaré la vida de aventuras que hemos sobrellevado juntos hasta la fecha. Dividiremos las ganancias adquiridas en nuestras expediciones, e iremos a disfrutar en paz el resto de nuestros días.

El discurso del jefe fué acogido con prolongados aplausos. El entusiasmo brillaba en todos los ojos de los bandidos: el magnífico cuadro que Joaquín acababa de desenvolver ante sus ojos, les parecía tan brillante, la revelación era tan inesperada, que apenas si podían contener su gozo. A pesar de que siempre habían amado y admirado a su jefe, en las diversas faces de su carrera peligrosa, jamás habían supuesto en él tanto talento. Sus palabras les dieron nuevo brío, y más que nunca estaban decididos a seguirlo, a obedecerlo a toda costa, cualquiera que fuese la suerte que la veleidosa fortuna tuviese reservada a sus empresas.

Aquel mismo día, Joaquín mandaba a ocho compañías compuesta cada una de diez hombres, a diversos puntos del Estado—al Este, al

Sur, al extremo Norte, con la orden expresa de hacer todo lo posible para procurar dinero y caballos.

El se quedó en el cuartel general con veinticinco hombres, cuya única preocupación era cazar, cuidar de los caballos y tener las armas en buen estado.

Hacía ya diez días que las ocho compañías habían salido del cuartel general: en este intervalo, los hombres heridos en la última batalla habían acabado de restablecerse completamente. Viendo Joaquín que estaban listos para comenzar su servicio, salió con Valenzuela y Jack Tres-Dedos, y se puso en campaña, a ver si se le presentaba la oportunidad de dar un buen golpe. Antonio Guerra y los demás tenían que velar por la seguridad de las mujeres y proteger el campamento contra las incursiones de los animales feroces, que no cesaban de pasearse por allí cerca, a pesar de la caza continua que se les hacía. A su llegada a Fiddletown Joaquín encontró al capitán de una de sus compañías, quien le entregó un saco lleno de monedas de oro, y le notició que sus hombres, divididos en parejas, operaban en aquel momento con mucho éxito en la vecindad de Jackson. El capitán había venido a Fiddletown para un negocio importante, para el cual tenía una cita en aquel lugar. La conversación entre Joaquín y su subteniente se prolongó por algunos instantes más, después de lo cual ambos se despidieron. El jefe mexicano llamó a Jack Tres-Dedos, que se paseaba con calma enfrente de una cabaña de chinos a los cuales examinaba con una expresión particular de codicia; el sanguinario Jack abandonó aquel lugar con una marcada expresión de disgusto, y luego los bandidos tomaron el camino que conduce a Indiancreek.

CAPITULO XV

Diamond Springs.—La mala de Hangtown.—En busca.—El golpe de mano.—En donde se ve que los resultados no correspondieron al fin que se propuso Murrieta.—Regreso a Diamond Springs.—Partida.

Al llegar a Diamond Springs algunos días después, Joaquín supo por uno de sus socios que tenía una casa de baile en aquel lugar, que el día siguiente, la mala que hace el servicio entre Hangtown y Sacramento, llevaría muy pocos pasajeros y una gran cantidad de oro en polvo destinado a los Estados del Este.

En los primeros meses de su carrera, se había presentado a Murrieta la oportunidad de asaltar una diligencia que venía e iba a Mokelumne Hill, pero lo miserable del resultado que obtuvo le hizo tomar aversión a aquel género de empresas: así, pues, trató de procurarse dinero de un modo menos expuesto. No obstante, juzgó prudente no desechar el negocio que se le ofrecía y resolvió apoderarse a toda costa de lo que pudiese contener la mala de Hangtown. En efec-

to, cuarenta mil pesos no eran de desperdiciar: era cuanto necesitaba para irse a México, alistar los hombres que necesitaba y poner en acción el plan que tenía proyectado de desolar los condados del Sur.

Joaquín tuvo una entrevista secreta con Valenzuela y Jack Tres-Dedos, y les participó el proyecto que tenía de apoderarse de la mala: su adhesión fue pronta y enérgica. Aquella misma noche fueron a examinar el camino, a fin de escoger un lugar donde emboscarse.

Después de haber andado casi toda la noche, los tres mexicanos hicieron alto en un lugar solitario, cubierto de maleza y rodeado de árboles, situado a la mitad del camino entre Mississippi-Bar y White Rock House.

Joaquín hizo colocar a sus dos camaradas a la izquierda del camino, detrás de un matorral, pero muy cerca del lugar donde debía pasar la diligencia; después el se colocó a la derecha en una posición parecida.

Nuestros hombres permanecieron emboscados dos horas consecutivas, devorados por la ansiedad; el alba comenzaba a despuntar y la diligencia todavía no parecía. Joaquín sabía por conducto seguro que la mala saldría de Hangtown entre la una y las dos de la madrugada; eran ya las seis y media. El jefe comenzó a dudar: ¿lo habrían engañado sus socios? Se encaminó hacia el lugar donde estaban apostados García y Valenzuela, casi decidido a volverse a Diamond Springs, y a correr la suerte de encontrar la diligencia en cualquier otro punto menos a propósito que aquel en que se hallaban.

Los dos bandidos, colocados lo más cómodamente posible en las sillas de sus caballos, aguardaban la diligencia con toda la cachaza imaginable, saboreando el delicioso humo de sus inseparables cigarritos. Al verlos Murrieta tan bien dispuestos, resolvió esperar una hora más. Quince minutos después, Jack Tres-Dedos sacó su revólver diciendo:

—¡Ya llega la mala!

—¡Ay! sí, dijo Joaquín: oigo el ruido que hacen las ruedas. Algunas palabras antes de que llegue. Me hallaba tan preocupado por otros negocios de muy distinta esfera, que ni siquiera había pensado deciros lo que tenéis que hacer.

—¡Cómo es eso! dijo García. ¡Vive Dios! No sabía yo que hubiese dos modos de llevar a cabo ese negocio.

—¡Silencio! replicó Joaquín. Escuchad: a la primera señal os lanzareis en el camino y os colocareis uno a cada lado del coche, mientras yo detengo los caballos. No quiero que se dispare ni un solo tiro sin que yo lo ordene: ¡no lo olvideis, Jack! Y ahora amigos, ¿me habeis entendido bien?

—Perfectamente, señor, respondió Valenzuela saludando cortesmente al jefe.

—Bien, muy bien, murmuró Jack; pero debo confesaros que no me gusta ese plan.

—¡Atención! replicó Joaquín, ni una palabra más y acordaos de mis órdenes.

Y luego, como el ruido de las ruedas se aproximaba cada vez más, el jefe se apresuró a volverse a su escondite.

Cinco minutos después la mala apareció a la vuelta del camino; estaba tirada por cuatro briosos caballos que galopaban de una manera extraordinaria, animados por la brisa matutina. En un abrir y cerrar de ojos estuvo en frente del lugar en que se hallaban escondidos nuestros hombres.

De repente se oyó un grito aterrador. Joaquín se precipitó delante de los caballos, y pistola en mano, con voz de trueno y el semblante amenazador, ordenó al postillón que se detuviese. Al mismo tiempo Valenzuela y Jack Tres-Dedos se habían lanzado a las portezuelas. Jack había colocado su pistola tan al alcance de los infelices viajeros, y con tales ademanes y gritos les intimaba para que les entregasen todo el oro y valores que consigo llevasen, que los desdichados estaban más muertos que vivos.

Al ver a Murrieta el postillón se había echado atrás y sujetó las riendas de los caballos con todas sus fuerzas: comprendió perfectamente desde luego que era inútil el intentar escaparse, pues se veía pintado en el rostro de Joaquín la firme resolución de morir antes de ceder.

Cuando el postillón hubo logrado contener los caballos, Joaquín cedió su lugar a Valenzuela para atender por sí mismo a la parte más delicada de la operación.

—Ahora, caballeros, dijo el jefe dirigiéndose a los viajeros que estaban muy asombrados, pasadnos el cofre precioso, y que sea pronto, porque no tengo tiempo que perder. Vaya, despachémonos.

—¡Vamos, caramba! despachémonos, replicó Jack. Pasad el cofre, o de lo contrario peligran vuestras cabezas.

—¡Hola! ¡hola! señores salteadores de caminos.... señores mexicanos, quiero decir.... no os apresureis tanto, balbuceó un inglés hercúleo que se hallaba sentado en los asientos de atrás, y que trataba de evadirse del revólver que Jack Tres-Dedos le tenía apuntado cerca de una oreja. Os juro por mi alma, que no hay ningún cofre aquí; si lo hubiese, habría sido entregado en seguida.

—No, aquí no hay ningún cofre, ninguna clase de cofre, afirmaron los demás viajeros apretándose unos contra otros como arenques en barril, a fin de precaverse de la peligrosa vecindad de los revolvers.

Postillón, gritó furioso Joaquín, ¿en dónde está el oro que llevais a Sacramento?

—Aquí no hay oro, señor.... no lo hay, yo os lo aseguro. Ayer traíamos....un gran cofre de hierro, todo lleno, el cual dejamos en Sacramento; pero hoy, no traemos nada.

—Está muy bien, dijo el jefe; vamos a asegurarnos por nosotros mismos de lo que decís.

Y abriendo una portezuela, mientras que Jack efectuaba la misma operación por el otro lado del coche, añadió:

—Si me habeis engañado, pagareis el engaño con vuestras cabezas.... Vamos, ¡Salid uno detrás de otro!

Como pueden imaginarse nuestros lectores, la orden fue obedecida inmediatamente. Dos de los viajeros que estaban sentados al lado de la puerta que tenía abierta Jack, se apresuraron a salir por la otra portezuela; pero el bandido los agarró por el pescuezo, declarándoles

que si le hacían perder su tiempo, trataría de hacérselo encontrar más largo de lo que ellos quisieran.

En medio de esta escena, Joaquín advirtió sentada en uno de los rincones de la diligencia, a una mujer que parecía mexicana, y que hasta entonces había escapado a sus miradas. La mujer, al entrar Joaquín dentro del coche, se destapó su chal y sacó de debajo un crucifijo de oro guarnecido de piedras preciosas, el cual fue entregado al bandido. Este lo tomó, examinólo, y volvió a entregarlo a su propietaria, a la cual dirigió una mirada muy expresiva, murmurando algunas palabras que ni la mujer probablemente oyó.

Después de haber registrado minuciosamente todas las banquetas, sin que nada fuese encontrado, Joaquín se lanzó fuera del coche y examinó el puesto del postillón, pero también fueron vanas sus pesquisas: después de lo cual, maldiciendo Murrieta su mala suerte, ordenó a los viajeros que volviesen a tomar sus asientos y al postillón que continuase su camino.

Cuando Jack Tres-Dedos oyó la orden de su jefe y el ruido de los caballos que partían a todo escape, estimulado por el látigo del postillón no pudo reprimir un movimiento de disgusto, y sacando su revólver, tiró dos balazos al conductor, los cuales afortunadamente no hicieron blanco. A la primera descarga Joaquín se había lanzado sobre su intratable subteniente. Con una mirada colérica le mandó que en el acto volviera a colocar su revólver en la cintura, bajo pena de muerte. El mexicano obedeció de mala gana y murmurando. Los tres bandidos volvieron a Diamond Springs a marchas forzadas. El jefe se fue en seguida a ver a su amigo, que era al mismo tiempo su socio, le contó los detalles de la expedición y le gratificó con una de las bolsas bien repletas que habían quitado a los viajeros.

Los bandidos estuvieron escondidos por espacio de una semana en la casa de su cómplice, y cuando se había ya olvidado el asunto del asalto de la mala, sacaron sus caballos del lugar en que los habían dejado y se dirigieron de nuevo hacia el paso de Sonora.

CAPITULO XVI

Robo y asesinato de cinco franceses.—Los americanos persiguen a los bandidos.—Asesinato de varios chinos.—El cuartel general en las montañas.—¿A dónde están ellas?—Combate entre Jack Tres-Dedos y un oso pardo.—¡Salvadas!—Vuelta de la caza.

Poco tiempo después de su salida de Diamond Springs, el jefe y sus compañeros establecieron su campamento porvisional en el brazo septentrional del río Stanislaus. Aquel lugar, les pareció, de noche, que estaban lejos de toda habitación; pero cuando despertaron al rayar el alba, fueron desagradablemente sorprendidos al apercibirse de que a corta distancia había un campo ocupado evidentemente por franceses.

Estos, según parecía, no habían observado la proximidad del peligro que les amenazaba; ignoraban completamente la casta de vecinos con quienes tendrían que habérselas. Cuando los bandidos se presentaron a su campo y les preguntaron por qué vivían en un lugar tan deshabitado, los franceses respondieron, sin la más leve sospecha ni temor, que eran mineros y que buscaban oro.

—Nosotros también somos mineros, dijo Joaquín, y quisiéramos hacer una buena provisión de oro en polvo, si posible fuese.

—¡Oh! es muy posible, replicó el que parecía jefe de la compañía. El lugar es excelente y el oro abudante. Pero, dijo el minero con un acento inglés en que se notaba su procedencia gala: vosotros no teneis herramientas para trabajar.

—Sí, sí; tenemos todo lo necesario. ¿Estais seguros de que el trabajo es bueno?

—Perfectamente. ¿Pensais acaso que cuatro o cinco hombres se entretendrían en trabajar por nada? No, no. Nosotros hemos encontrado lo que puede llamarse un buen ***claim,*** y estamos decididos a permanecer cuanto podamos en esta gran República.

—Vivireis en ella menos tiempo del que os imaginais, dijo de repente Joaquín sacando su revólver, mientras que sus compañeros se preparaban a la misma obra que el jefe, a menos que nos entregueis inmediatamente hasta la última partícula de oro que tengais.

Los cinco franceses, al ver la actitud amenazadora, y la firme resolución de los mexicanos, no se formaron ilusiones sobre el peligro que corrían. Cuatro de ellos se lanzaron dentro de su tienda y volvieron a aparecer armados de pistolas de un tiro.

Pero antes de que hubiesen tenido tiempo de tomar la puntería, Jack Tres-Dedos y Valenzuela les habían levantado la tapa de los sesos. El quinto minero suplicó que se le perdonase la vida; pero cuando hubo entregado a los bandidos varias libras de oro en polvo, fruto de un largo y penoso trabajo, fue asesinado sin piedad, como lo habían sido sus compañeros. Concluido lo cual, los tres mexicanos comenzaron a comer tranquilamente el almuerzo que tenían preparado sus víctimas.

Mientras se hallaban ocupados de esta suerte, fueron de repente interrumpidos por una grande exclamación. Al levantar la vista vieron delante de ellos, al otro lado del arroyo, diez americanos perfectamente montados, armados de rifles y revólvers, hallándose al frente de ellos el intrépido Arkansaw.

—¡Todavía ese yankee! dijo Joaquín levantándose. ¡Vamos, pronto, pronto a caballo!

Ya las balas que los americanos les habían enviado del otro lado del arroyo, habían pasado silvando sobre sus cabezas: los bandidos avanzaron, maldiciendo de todo corazón a Arkansaw.

—¡Caramba! vociferó Jack Tres-Dedos, he aquí el momento de echarse sobre esos condenados y atacarlos de frente.

—¡Vaya! Ya atraviesan el arroyo, dijo Valenzuela; ya llegan; ¡atención!

Al mismo tiempo espoleó su caballo y fue a colocarse al lado de su

jefe, mientras que García, que se había quedado algunos pasos atrás, rabiaba y se mordía los puños de cólera a la sola idea de que iban a abandonar el campo sin pelear.

Apenas llegaron los bandidos a la cumbre de las montañas próximas, cuando apercibieron a dos chinos que llevaban sobre sus espaldas las herramientas de minero, sin otra arma defensiva que un sable en forma de media luna, muy parecido a una cimitarra turca. Jack Tres-Dedos se lanzó sobre ellos, los apuñaleó sin pérdida de tiempo, y cortándoles las cabezas, las tiró en la dirección en que se hallaban los americanos. Cinco millas más lejos se renovó la escena; esta vez fueron inmoladas siete víctimas, sin que los americanos, espectadores del drama, pudieran impedirlo.

Durante cuatro días, los mexicanos siguieron huyendo al Oeste del paso de Sonora, y el quinto por la mañana llegaron a inmediaciones de su cuartel general.

Bajaron de sus caballos sin anunciar su vuelta con la señal acostumbrada, y mientras Jack Tres-Dedos conducía los caballos al lago vecino para darles de beber, Joaquín y Valenzuela avanzaron hacia el campamento. Al llegar a la primera tienda de campaña, vieron a tres hombres de la cuadrilla ocupados en jugar a los naipes; estaban tan atentos al juego, que ni siquiera se apercibieron de que tenían delante de sí a sus jefes.

—Hé aquí un juego, dijo Joaquín con voz severa, en el que unos cuantos yankees os ganarían muy pronto.

Inmediatamente los jugadores, como si despertasen de un sueño, se levantaron y sacaron sus revólvers, pero viendo que los que los habían interrogado eran camaradas suyos, se contentaron con reír a carcajadas y dar la bienvenida a Joaquín.

—¡Caramba! dijo uno de los hombres; el diablo me lleve si no he creído que los americanos habían invadido nuestro campamento.

—Lo hubieran podido hacer sin la menor dificultad y con toda comodidad, dijo Joaquín paseando su mirada por el campamento, el cual estaba completamente desierto. ¿A dónde están nuestros camaradas?

—¡Están en la caza del oso pardo!

—¿Y las mujeres? ¿También han ido a cazar?

—No, capitán: sin duda están en lugar vecino, que durante nuestra ausencia han descubierto, y en el cual pueden solazarse tranquilamente a la sombra del verde follage que allí crece. A menos que, a causa del calor que hace, hayan ido a bañarse en las frescas aguas del río.

—Está bien, dijo Joaquín, voy a buscarlas. Quedaos aquí, Valenzuela, y si llegan los hombres antes que yo haya vuelto, colocad algunos centinelas en los puestos que os parezca que deben ser guardados. Estos malditos yankees son tan maliciosos, que serían capaces de venir a turbar nuestro reposo hasta este lugar.

—En efecto, señor, es una eventualidad que debemos temer, dijo Valenzuela, lo cual es preciso precaber, sobre todo a causa de las mujeres: vuestras órdenes serán estrictamente ejecutadas. En caso de

que el resto de la compañía no estuviese de vuelta dentro de una hora, colocaré los tres hombres presentes en el punto más occidental de la montaña, y yo me quedaré afuera, cerca de la entrada del paso.

Joaquín aprobó estas disposiciones, y confiado en su subteniente se alejó para ver dónde estaban las jóvenes. Llegó cerca del lago, y se escondió detrás de un espeso matorral: desde allí las vió que se bañaban tranquilamente, sin la más leve sospecha de que las estuviesen observando. El mexicano estaba pensando en la sorpresa que iba a causarles al aparecer de repente ante ellas, cuando un grito agudo, seguido de otros muchos lo sacó de su meditación. Apenas oyó el primer grito que había sido lanzado indudablemente por su querida, cuando se lanzó al borde del lago, pero ya había acabado el peligro; sólo vió a Jack Tres-Dedos que clavaba su puñal en el vientre de un magnífico oso pardo.

Jack había ido a descansar encima del follage, cerca del lago en que se bañaban las mujeres. Algo más reposado nuestro hombre que de costumbre, rendido por el calor sofocante que hacía aquel día, hallábase meditabundo y medio distraído, pensando en los felices días de su juventud y en una mujer a quien amar con toda su alma. De repente fue distraído de su dulce meditación, por un grito sonoro y prolongado lanzado allí cerca.

Salió del lugar en que se hallaba a toda prisa, y llegó al borde del lago a tiempo para salvar a la querida de su jefe de las garras de un oso pardo. Su primer movimiento al percibir al feroz animal, fue echarle su sarape sobre la cabeza y dejar que se debatiera con él, mientras Jack le sepultaba su puñal en las entrañas varias veces consecutivas: cuando le daba el golpe de gracia llegó Joaquín.

Clarita seguía a sus compañeras que huían a escape del lugar de aquella terrible escena; pero al ver a su amante, se paró, y temblando todavía, fue a echarse en sus brazos. En pocas palabras le contó lo que le acababa de suceder. Joaquín, sin ni siquiera acordarse de preguntar a Jack como fue que había llegado tan a tiempo al borde del lago, le dió un fuerte apretón de manos y le expresó toda su gratitud por la azaña que acababa de cometer.

—García, dijo el jefe, acabais de salvar la vida de mi querida Clarita: con este acto me habeis hecho contraer una deuda sagrada para con vos; desde hoy tenéis en mí un amigo desinteresado.

Por la primera vez desde muchos años, una sonrisa esclareció la fisonomía impasible y siempre feroz de Jack Tres-Dedos, ese bandido que para vengar la muerte de su querida, había cometido tantos y tan terribles crímenes.

—Gran cosa es, dijo Jack, matar a un oso! ¿Qué vale eso? Además, que si he salvado la vida a una de mis compatriotas, es porque en aquel momento pensaba en otra mujer.

—¡Cómo! exclamó Joaquín.

—¡Palabra de honor! ¿Qué diriais si os dijese que mi presencia en este lugar es debido a un pensamiento amoroso?

Apenas acabado de pronunciar estas palabras, cuando de un modo nada galante volvió las espaldas a Joaquín y a Clarita y desapareció.

—¡García enamorado! exclamó involuntariamente Joaquín. En verdad que si no me acabase de prestar un servicio tan importante, me darían tentaciones de ponerlo en ridículo delante de toda la cuadrilla.

—¿No pudiese ser que sus palabras tuviesen un sentido que nosotros no podemos comprender? dijo Clarita. Sin duda ha querido aludir a algún recuerdo de los tiempos pasados; acuérdate de que nos ha dicho que pensaba en una mujer.

—En tal caso, añadió Joaquín, hay en eso algo de particular. Pero vámonos: es preciso volver al campamento. A no ser que tú quieras visitar cierto árbol....

—¿Un árbol, Joaquín?

—Sí, querida Clarita. ¡Ah! ¿crees tú que no he visto el lindo lugar que habías escogido para solazarte durante mi ausencia? Conozco muy bien aquel lugar, vida mía, pues hacía aún veinte minutos que había llegado, cuando ya lo había inspeccionado todo.

—Entonces ya no hay que pensar en la sorpresa que te tenía preparada, dijo la jóven. Pero todavía no lo has visitado. ¡Oh! Jesús, ¿qué es esto?

Un ruido sordo, parecido al de un hombre que saltase sobre un matorral, se había oído muy cerca de Clarita. Un instante después, otro oso más pequeño que el primero pasó por el lado de Joaquín y de Clarita, y fue a refugiarse en el bosquesillo que había servido de abrigo a Jack Tres-Dedos. Algunos minutos después aparecieron media docena de bandidos, cada uno con un revólver y puñales y guiados por Manuel Guerra.

—¡Deteneos! gritó el jefe desde que los vió.

Los bandidos obedecieron y llenos de admiración y alegría, fueron a agruparse en derredor de Joaquín y le dieron la bienvenida más cordial.

—Muy pronto habeis dado cuenta de nuestra caza, capitán, dijo Guerra señalando con una mirada el cadaver del oso que estaba tendido al suelo.

—No, no, respondió Joaquín: este oso no tiene nada de común con el vuestro; es el producto de la caza de Jack Tres-Dedos.

—¡Caramba! exclamó el subteniente: ¡entonces el nuestro se ha escapado! Y es preciso que sus funerales tengan lugar hoy.

En aquel instante veinte o treinta disparos hicieron temblar las montañas vecinas. Joaquín y los hombres que lo habían oído se dirigieron hacia el campamento; en menos de cinco minutos toda la compañía se había reunido en el cuartel general. No fue poca la sorpresa de Guerra al ver a sus camaradas colocados en derredor del segundo oso pardo, que acababan de matar en el acto que de un brinco había invadido el campamento de Murrieta.

CAPITULO XVII

Vuelta de varias compañías de merodeadores.—Una orgía en medio de la noche.—La canción de Antonio.—Llegada de Sevalio.—De qué modo se escapó el subteniente de ser ahorcado.—Donde Sevalio cuenta sus impresiones de viaje comenzando por el final.

Hacia la noche de ese día tan memorable por la muerte de los dos osos, Valenzuela y los tres hombres que le habían acompañado en la guardia del campo, entraron en el cuartel general. Detrás de ellos venían cincuenta de sus camaradas pertenecientes a las compañías de merodeadores que Joaquín había distribuido en diferentes puntos del Estado. El capitán de cada compañía entregó al jefe el producto de su expedición; el monto de todo lo pillado se elevaba a cerca de mil onzas de oro. Mientras los recién llegados contaban a sus camaradas las aventuras del viaje, algunos de los que habían llegado primero hacían los preparativos necesarios para el festín que debía tener lugar y el cual terminaría con un fandango general.

Una hoguera fue encendida en medio del campamento, y en ella fueron asados los dos osos que tan a propósito habían sido matados durante el día. Este caso inesperado debía servir de pieza de resistencia a los badidos hambrientos: éste y el gran número de provisiones que habían traído los merodeadores, eran las delicias del festín. A poco rato los cocineros de la cuadrilla anunciaron que la cena estaba lista; cesaron las conversaciones y cada cual se sentó en su lugar en derredor de la inmensa hoguera que estaba ardiendo. La comida no duró mucho, pues las emociones de aquel día habían quitado el apetito a muchos de nuestros hombres. Después de comer se fumó y se bebieron los licores favoritos de los mexicanos, y en seguida empezaron a contarse mil historietas, relatando cada uno sus aventuras, en especial aquellas que se referían al amor.

Cuando todos los asuntos interesantes para la asamblea hubieron tocado a su fin, Joaquín dirigió la palabra a Antonio, que desde el principio de la cena había permanecido callado, y le suplicó que contase algo.

—En verdad, amigos míos, dijo Antonio tirando la ceniza de su cigarro, que me encuentro hoy incapaz de contaros mis memorias, porque tengo el espíritu lleno de visiones. Mi cabeza se halla habitada en este momento por una legión de osos que se revuelven en ella de un modo extraordinario. Os confesaré que en medio de mi meditación acabo de soñar con uno de esos osos, que me torturaba y me

quebrantaba los huesos. Sin embargo, si una canción puede reemplazar la narración que me pedís, tendré mucho gusto en complaceros, tanto más cuanto que tal vez, cantando se disipen mis ideas locas.

—Sí, sí, una canción, respondieron todos a la vez.

—Vamos, ¿qué quereis que cante? dijo Antonio. ***¿El castillo de Santa-Ana? ¿la serenata de Monte-Sierra?***.... O tal vez....

—Canta ***nuestro país es México,*** respondió Valenzuela.

—Sí, sí, repitieron en coro los demás bandidos, ***nuestro país es México,*** eso es. Canta esa, Antonio, cántala.

—Con mucho gusto; sin embargo, tendreis buen cuidado en acompañarme todos en el estribillo. Es una linda canción que el padre Jarauta prefería a todas las demás; pero no vale nada si el coro no acompaña bien.

—Bien paisano, empieza.

Después de algunos ***hums hums*** preliminares para preparar su voz, Antonio cantó la canción de ***nuestro país es México,*** con la tonada de ***la niña de Monterrey.***

Concluido que fué el canto, dijo el cantor:

—Sí, sí, nuestro país esMéxico, y es el único punto del mundo, mis antiguos camaradas, con la excepción de España y la Italia, donde uno puede disfrutar de todas las comodidades de la vida.

—¿Has estado tú en España? le pregutó Valenzuela.

—Ciertamente, respondió Antonio, y la prueba es que he nacido en Madrid. Tocante a Italia, puedo envanecerme de haber servido allí a las órdenes del famoso Carlotti.

—¡Cómo! exclamó Guerra, ¿tú has conocido a Giovanni Carlotti?

—El mismo: Giovanni Carlotti, nieto del que había sido subteniente del célebre Massaroni. Compañeros: un día de estos os contaré mi historia; por ahora no lo hago porque tengo seco el paladar.

—Toma, toma, Antonio, dijo Joaquín sirviéndole el contenido de una botella que tenía delante de sí: toma dos dedos de este vino para refrescarte el paladar. Llenad vuestros vasos, amigos, y bebamos a la memoria del valiente Massaroni.

En seguida Joaquín cantó una estrofa que solía entonar a menudo el capitán Massaroni, la cual fue recibida por grandes aclamaciones de toda la cuadrilla; luego todos brindaron alegremente y se propuso un brindis a la memoria del inolvidable Massaroni.

—¡Silencio! dijo de repente Joaquín. Me parece haber oído una señal.

—Sí, sí, son algunos camaradas que están de vuelta, dijo Valenzuela, y si no me engaño, es la señal de Sevalio. ¿No es cierto, Margarita? Antes de diez minutos vuestro amante os estrechará en sus brazos.

—Mi palabra de honor si lo sé, dijo la mexicana. Creo que conoceis mejor que yo su señal.

Joaquín sacó de su pecho un magnífico pito de plata que aplicó a sus labios; un silbido prolongado hizo vibrar las montañas, y, algunos minutos después apareció Sevalio seguido de dos bandidos más que conducían a sus caballos por las riendas. Los tres personajes estaban

tan estenuados por el cansancio, que cualquiera los hubiera tomado por enfermos escapados de un hospital.

Joaquín se encaminó hacia ellos con Antonio y Valenzuela, mientras que toda la cuadrilla se levantaba para cumplimentarlos y hacerles un lugar cerca del fuego.

—¿Qué noticias traes, Sevalio? le dijo Joaquín cuando el subteniente y sus hombres estuvieron sentados.

—Aguardad, capitán, aguardad. Y vosotros camaradas, dadnos pronto un vaso de vino, pues estamos medio muertos.

Cinco o seis botellas fueron colocadas en frente de los recién llegados, pero debemos confesar que sólo bebieron algunos tragos.

—Ahora, dijo Sevalio, rodeando con sus brazos el talle de su querida que acababa de sentarse a su lado, ahora, capitán, estoy pronto para contestaros; pero antes debo anunciaros que las noticias son muy malas. Me parece aún que sería mejor aguardar hasta mañana para no desanimar con mi relato la alegría que reina en este festín.

—No, no, contestó el jefe, es preciso que lo sepamos todo esta noche: la incertidumbre es un sufrimiento muy cruel. Cuéntanos lo que haya pasado. Veo que sólo traes dos hombres de toda tu compañía, y cuando saliste llevabas nueve. ¿Los demás han muerto, no es esto?

—¡Ay! sí. Están muertos y enterrados.

—¿De qué modo perecieron?

—Dos fueron matados en un combate.... los otros....

—Y bien, los otros.... ¿los otros cinco?

—Colgados, estrangulados hasta que llegó la muerte.

—¡Cómo!

—Colgados en árboles del camino. Camaradas, pasadme otra botella! Quiero ahogar el recuerdo de esta terrible escena. Me parece que todavía tengo la soga al rededor de mi pescuezo.

—¡Cómo es eso! exclamó Joaquín, ¿al rededor de vuestro pescuezo?

—¡Sí, sí! ya tenía la soga en mi pescuezo, el nudo corredizo estaba hecho, y era conducido hacia el árbol fatal, cuando haciendo un esfuerzo supremo rompí la soga y me lancé, en medio del fuego de los revólvers de mis perseguidores, adentro de un matorral en que me esperaban dos de mis compañeros, y en seguida los tres echamos a correr a toda prisa¡ Caramba! los americanos son más feroces que los apaches; no conviene irritarlos. Dadme más vino, amigos míos. Empiezo ahora a fortalecerme, por Santa Cruz. ¡Estos diablos de americanos siempre hacen las cosas a medias! Y tambien sucede que siempre las hacen indiferentemente de los demás. Si cuelgan a algún hombre, lo cuelgan a una altura mayor que ningún otro pueblo sobre la tierra. Sin embargo, no podrán envanecerse de haberme ahorcado a mí! Soy muy malicioso para ellos, yo quedo para vengar a mis camaradas asesinados sin piedad.

—¿A dónde habeis tenido ese percance? le preguntó Guerra.

—En el brazo del río de las Plumas; exactamente a quince millas abajo del Pico Español. Allí hay una compañía de mineros, compuesta de ochenta a cien hombres, que creo son los americanos más robus-

tos que hay en todo el Estado. ¡Caramba, y cómo están armados! Cada hombre tiene dos o tres revólvers, un puñal y un rifle.

—Bien, bien, dijo Antonio; pero ya que nos has contado de la manera que acabó el negocio, desearíamos saber cómo comenzó.

—Con mil amores, dijo Sevalio, he aquí la cosa.

CAPITULO XVIII

Aventuras de Sevalio en las minas del Norte.—De Red Bluffs, Downieville, por Shasta y Oroville.—Una alarma.—Emboscada.—Encuentro con Arkansaw.—Venganza de Sevalio.—Descontento de Jack Tres-Dedos.—Captura de Arkansaw.

—Pocos días después de haber salido de Red Bluffs, dijo Sevalio que acababa de apurar su cuarta botella, llegamos a Shasta, y tuvimos la fortuna de encontrar un convoy de mulas cargadas de oro. Paramos el tren a cosa de dos millas del pueblo, nos apoderamos del tesoro y luego volvimos a Red Bluffs. Cada uno de nosotros traía doce libras de oro. Como podeis imaginaros, estabamos anciosos de llegar al cuartel general: los individuos que habíamos despojado eran mineros, y de consiguiente debíamos esperar que seríamos perseguidos muy luego. Acabábamos de cenar en el restaurant de Pedro y nos preparamos a partir, cuando Pedro nos advirtió que éramos vigilados y que si no nos apresurábamos para salir sin ser vistos, corríamos el riesgo de ser ahorcados, aunque no fuese más que por sospechas. Ya ven ustedes que esa perspectiva no tenía nada de halagüeña, así, pues, nos aprestamos para huir, pero separadamente y en diversas direcciones, conviniendo sin embargo en juntarnos en Oroville. Una numerosa compañía de alemanes, franceses y americanos nos seguían los pasos, pero nos perdieron de vista cerca de Downieville. Nosotros también perseguimos a cuatro americanos hasta el valle del lago Honey, y habiéndonos apoderado de ellos en ese lugar, les perdonamos la vida en cambio del oro que traían. Al volver del lago Honey fuimos atacados por los mineros del río de las Plumas. Dos de nuestros compañeros fueron matados en el combate: el enemigo tuvo cinco de los suyos heridos mortalmente. Los dos camaradas que han venido conmigo pudieron llegar a un matorral en que se habían atrincherado. Permanecimos tres días escondidos entre la maleza, sin comer ni beber, y al fin nos aventuramos a salir para atravesar el paso de Sonora. A dos millas de Downieville enterramos nuestro oro, nos apoderamos de tres caballos y.... hénos aquí.

—Esta descripción no es nada halagadora, dijo Joaquín, pero debemos estar persuadidos que accidentes parecidos nos han de suceder de vez en cuando. Vamos, camaradas, que circulen las botellas; tratemos de alegrar la vida mientras se puede.

—Sí, sí, teneis razón, capitán, dijo Sevalio, y estamos completamente de acuerdo. López, amigo mío, pasa por acá una o dos botellas, pues juro por todos los santos y por Santa Margarita, que aún no estoy bien fortalecido. La corrida que hemos dado en medio de precipicios y quebradas me ha magullado completamente.

—¿Cómo es eso? habeis recorrido los precipicios? dijo Antonio. Entonces os perdisteis en el camino.

—No por cierto; pero tomamos el peor camino para escaparnos de la caza que nos daba el enemigo.

—¡Ah! ¿con que erais perseguidos? Vamos, Sevalio, explícate, ¡qué diablos!

—¡Cómo! ¿no os lo había dicho? Los americanos estaban persiguiéndonos cuando franqueabamos el paso que conduce al lago Mono, y hasta en las montañas no nos perdieron de vista. Cuando los dejamos, sólo se hallaban a cinco millas de distancia.

—¡Diablo! dijo el jefe poniéndose en pié de un brinco; la cosa está tomando un aspecto muy serio. Si no os separaban más que cinco millas cuando los dejasteis, pueden llegar fácilmente aquí guiados por el resplandor de nuestras hogueras.

—¡Silencio! exclamó de repente Valenzuela, me parece que he oído ruido de espuelas en el camino pedregoso que hay abajo de nuestro campamento.

—¡Yo también! ¡por Cristo! añadió Murrieta sacando su revólver. ¡Vamos! camaradas, ¡levantaos! ¡que cada cual tenga sus armas en la mano! Tú, Antonio, toma contigo treinta o cuarenta hombres y vete a colocar sobre las rocas que dominan el paso sobre el lado izquierdo. Yo iré a apostarme al lado derecho con el resto de la compañía. Sobre todo, paisanos, marchad despacio, pues es necesario que ninguno de estos condenados pueda envanecerse de haber penetrado hasta aquí.

Los bandidos, fieles a la recomendación que acababa de hacérseles, siguieron a sus jefes y treparon a las rocas pue dominaban la entrada del campamento. Cada uno se escondió lo mejor que pudo, unos detrás de las rocas y otros en las sinuosidades de la montaña.

El ruido de los pasos que se acercaban hacia el campamento, se distinguía cada vez más; de cuando en cuando se oía lanzar alguna imprecación salvaje, que se escapaba de los labios de los sitiadores,—pues era aquello un verdadero sitio,—que trepaban con gran dificultad por entre las rocas. A pesar de todo esto, el enemigo se aproximaba gradualmente y muy pronto se dejó ver, a veinte pies del lugar en que se hallaba Joaquín, la alta y robusta estatura de Arkansaw, que avanzaba al frente de cuarenta americanos, todos muy bien armados.

—El diablo me lleve, mumuró Arkansaw, si me gusta para nada ese feo lugar.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando vomitaron las rocas sesenta o setenta balas, que causaro un gran destrozo entre los americanos. Una bala se llevó el sombrero de Arkansaw, y veinticinco o treinta de sus hombres quedaron muertos en el campo.

—¡Escalemos las rocas, muchachos! vociferó el intrépido Arkansaw. ¡Hardy, las manos y los dientes! ¡es el único recurso que nos queda!

A estas palabras cada uno de los americanos comenzó a escalar la muralla que protegía a los bandidos; pero ¡ay! ¡vana y estéril tentativa! Una segunda descarga no menos mortífera que la primera, hizo temblar la montaña, y los asaltantes cayeron agonizantes, destrozados, al pié de las rocas.

Algunos de los bandidos fueron al campamento y volvieron con antorchas. La escena apareció entonces con todos sus horrores: nada más terrible que uno de aquellos semblantes lívidos, alumbrados con el resplandor de una tea resinosa. El mismo Joaquín no pudo permanecer mucho tiempo delante de aquel espectáculo; así es que se alejó lo más pronto posible de aquel lugar. Los que nada sentían ni temían, se apoderaron del dinero y de las armas de aquellos desdichados, teniendo buen cuidado de concluir con los que les quedaba un soplo de existencia.

El más desesperado de todos era el vengativo Sevalio, que parecía querer rivalizar con su camarada Jack Tres-Dedos. Sin embargo, García no le perdía de vista; su mirada penetrante, que parecía más siniestra a causa de la maligna sonrisa que salía de sus labios, espiaba, seguía todos los movimientos del bandido; hubiérase dicho que el feroz Jack se complacía al ver cortar a su camarada las cabezas de los cadáveres y sepultar su puñal en el pecho de los moribundos.

—Por el alma de Jarauta, exclamó García, que esta noche me habeis quitado la mitad de mi mayor diversión, Sr. Sevalio; pero no importa, con tal de que no llegueis a ser un rival poderoso. Si las cosas llegasen a ese extremo, ya comprendereis que sería preciso que nos entendiésemos.

Y levantando al aire su antorcha, cuya luz reflejó en el rostro de los bandidos, lanzó una mirada a Sevalio, mitad sardónica, mitad siniestra: después empezó a examinar los cadáveres de los americanos, como si buscase algún conocido.

Los otros bandidos habían regresado al campamento, de manera que García se hallaba solo en el campo de batalla. Con la antorcha en una mano, y en la otra un gran puñal, que jamás lo abandonaba, Jack continuaba su minucioso examen, bajando de cuando en cuando la luz para ver mejor las facciones de las víctimas, cuando Sevalio apareció de nuevo en el lugar del combate.

—¡Ah! ¿sois vos? murmuró Jack. Creí al principio que era un oso pardo.

—¿A quién buscais? preguntóle Sevalio con una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—A alguno que no puedo hallar, respondió el otro. Si se ha escapado esta vez, es preciso que sea el diablo en persona.

—Si os referís al jefe de estos condenados os diré que está en el campamento, prisionero con uno de sus hombres.

—¡Caramba! quién ha sido tan atrevido para prenderlo?

—Murrieta; y he venido para deciros que desea veros en seguida.

—Vamos, vamos pues. Estoy impaciente por saber qué es lo que quiere, y también de ver otra vez a ese valiente americano.

Cuando entraron en el campamento, encontraron a todos los hom-

bres de la cuadrilla sentados al rededor de las hogueras que habían alentado con algunas ramas secas, festejando la victoria que tan fácil habían obtenido. El vino circulaba con profusión y los bebedores parecían mucho más animados que antes del combate. Los dos prisioneros atados con la faja de seda de algunos de los bandidos, estaban tendidos en el suelo, y parecían muy mortificados por la tardanza que se empleaba para el suplicio.

—Gracias, amigo mío, dijo Joaquín en seguida que Jack se hubo sentado junto al fuego; quiero que vos y Sevalio echéis suerte para saber quién de los dos tendrá el placer de matar a uno de estos hombres.

—¿Cuál? dijo Jack, ¿el jefe?

—No, el otro. Quiero conservar la vida a Arkansaw, por algunos días.

—Pero ¡puede escapársenos! objetó Jack. Valdría más que me dejáseis acabar con él.

Y mientras así hablaba sacó su puñal y fijó la vista en su enemigo.

—No, no, respondió el jefe; tengo mis razones para conservarle la vida desde ahora; es preciso que aguardéis.

—¡Ah! muy bien, no pido más. Que Sevalio se entienda con el otro, cuando le parezca bien. En cuanto a mí, por ahora, no me siento con apetito para ello.

En aquel instante se oyó un quejido lastimero. Sevalio acababa de degollar fríamente al compañero de Arkansaw.

—¡Un negocio bien sencillo! dijo el asesino volviendo a sentarse cerca de García y vasiando en seguida un vaso de vino.

—¡Bien sencillo, en efecto! añadió Valenzuela: no puede ser más sensillo; pero ha sido ejecutado con una energía que no puede dejar de apreciar nuestro camarada Jack Tres- Dedos.

—Vamos, paisanos, exclamó de repente Antonio, otra canción. ¡De otro modo vamos a parecer estúpidos! Parece que todos estáis durmiendo.

La súplica del subteniente quedó sin respuesta. El vino había hecho su efecto en todas las cabezas, y las cuatro quintas partes de los bandidos dormían profundamente.

Los restantes no tardaron en hacer lo mismo, terminando la fiesta con un coro de ronquidos sonoros y acentuados.

CAPITULO XIX

Joaquín y su pandilla abandonan las montañas del lago Mono.— Por qué Arkansaw no está más con los bandidos.—Asesinato cerca de Snellings.—Mariposa.—Cuatro mineros rusos matados y robados.— Vuelta a Arroyo Cantova.—Joaquín en Hangtown.

No eran más que las diez de la noche, cuando Joaquín despertó a sus hombres y les ordenó que plegasen sus tiendas y levantasen el campo. Aunque sorprendidos de esta súbita resolución, todos obedecieron sin replicar, y antes de que el sol hubiese aparecido en el horizonte, la cuadrilla había salido del lago Mono, dirigiéndose hacia el paso de Sonora.

Arkansaw no estaba ya con los bandidos. Una hora antes de la salida, Jack Tres-Dedos, que no quería dejar escapar tan buena ocasión de vengarse, había matado, sin decirle a nadie, al hombre que casi lo había vencido en un singular combate.

Joaquín no había dejado de ver el nuevo crimen cometido por su subteniente, pero ¿qué hacer con una naturaleza de aquella clase? El jefe había preferido no decir nada sobre el particular, haciendo el propósito de no pensar más en Arkansaw. No obstante, en su interior, sólo estaba enfadado a medias de lo que acababa de pasar; Joaquín reservaba al americano un suplicio particular.

Cuando llegaron al brazo Sud del río Tolumne, Murrieta formó su gente en dos compañías de doce y de quince hombres, que debían dirigirse en seguida por distintos caminos a Arroyo Cantova. Joaquín dejó a las mujeres al cuidado de Antonio y Guerra, y tomando quince hombres resueltos, se dirigió con ellos hacia el Sud-Oeste por el lado de Coulterville.

En el camino que conduce de Don Pedro a Bar Snellings, encontró tres franceses, dos alemanes y dos americanos que conducían algunas mulas cargadas de provisiones, de frazadas e implementos a la usanza de las minas.

Joaquín no tituveó en pararlos, y mientras que sus hombres se colocaban al lado de la comitiva, dispuestos a descargar sus revólvers a la primera señal, él avanzó hacia uno de los franceses, que no osaba servirse de su revólver, lo agarró del pescuezo y lo intimó para que indicase dónde estaba el saco que contenía el oro.

El francés se entretuvo a fin de dar tiempo a sus compañeros para la defensa del tesoro; pero los badidos eran demasiado hábiles y no se dejaban sorprender de esta manera; en pocos segudos, tres de los mineros rodaron por el suelo bañados en su propia sangre.

Joaquín, irritado por la resistencia que se les oponía, levantó su puñal y amenazó con cortar la garganta a los cuatro hombres que quedaban, si no entregaban en el acto el dinero que tuviesen a mano.

Los mineros tuvieron que resignarse, y sacando de debajo de las frazadas un pequeño saco de lona, lo presentaron a Joaquín, asegurándole que era toda la fortuna que poseía la compañía. El saco contenía cuatro mil pesos.

Murrieta continuó su camino a pesar de las súplicas de Jack Tres-Dedos, que quería acabar con los alemanes y los franceses, y ordenó a estos que se pusiesen en marcha cuanto antes.

Los cuatro mineros no se lo hicieron repetir dos veces. Si Joaquín se hubiese entregado a un exámen más minucioso de su bagaje, habría encontrado seis sacos parecidos al primero, conteniendo cerca de veinticinco mil pesos de oro en polvo.

Después de este nuevo robo, los bandidos atravesaron la Merced por el lado de Snellings, dirigiéndose hacia el Este para regresar a Mariposa.

A dos millas del monte Ophir, Joaquín se vió obligado a emplear su mediación para impedir que Jack Tres-Dedos matase a un chino llamado Chung-Vo, que daba lástima el verlo, tanta era su flaqueza y debilidad.

Algunas horas después llegaron a Mariposa. Joaquín y sus hombres se vieron obligados a separarse y a entrar de dos en dos en el pueblo, para no exitar las sospechas de los vecinos. Permanecieron ocho días en aquel lugar, comiendo y jugando el dinero que habían robado a los alemanes y a los franceses. Al cabo de una semana salieron de la ciudad, cruzaron el río Mariposa, el Clowchilla y el Frezus.

A diez o doce millas de Coarse-Gold-Gulch, cuatro mineros rusos fueron matados y robados. Varios indios, testigos de estos asesinatos, se aproximaron después de la partida de los asesinos y despojaron a los cadáveres de sus vestidos. algún tiempo después estos vestidos fueron encontrados en poder de los indios, y habiendo sido señalados a otros rusos amigos de los primeros, aquellos fueron perseguidos y expiaron los crímenes cometidos por Murrieta y sus hombres.

Estos habían cruzado ya el río San Joaquín, a cosa de veinticinco millas arriba del fuerte Miller; después de haber permanecido dos o tres días en un pueblo indio, para descansar, continuaron su marcha, y en la mañana del tercer día entraron a Arroyo Cantova, en donde la mayor parte de sus camaradas acababan de clavar sus tiendas de campaña. Joaquín tranquilo por la muerte de Arkansaw, había decidido permanecer de nuevo en su antiguo cuartel general, más cómodo y más seguro que ningún otro.

Cuando todo fué establecido en el campamento, los bandidos tomaron algún reposo durante quince días, después de lo cual Joaquín los mandó afuera por compañías más o menos numerosas y a cada cual con distinta misión.

Era preciso que se hiciesen de caballos y de dinero; también era

necesario que se preparase alguna expedición que rindiese a la compañía algún beneficio razonable, y para obtener informes exactos.

Cuando todas las compañías hubieron salido para cumplir las órdenes del jefe, Joaquín se halló en su campamento con sólo una docena de hombres, entre los que figuraban Antonio, Sevalio y Guerra.

Murrieta y sus compañeros pasaron un mes agradablemente comiendo, durmiendo, fumando, enamorando y cazando en las montañas. Así pasando la vida llegó la estación de las lluvias, que, desagradable en todas partes, tiene como es sabido, particulares inconvenientes en las regiones elevadas. Así, pues, Joaquín decidió ponerse personalmente en campaña, a fin de hallar un lugar favorable para la ejecución de las empresas que meditaba.

Dos días después de haber tomado esta resolución, se dirigió hacia el Norte del Estado, acompañado de Sevalio que deseaba encontrar el oro enterrado por él y sus camaradas en la orilla del río de las Plumas. Después de algunas estancias muy cortas en Mariposa, Sonora, Murphy's, Mokelumne Hill, Jack, Brytown, Hangtown y Fiddletown, el jefe y su subteniente llegaron a Hangtown.

La primera cosa que hicieron al llegar fué cenar alegre y confortablemente en uno de los restaurant del pueblo; después Sevalio montó a caballo y se alejó, mientras Joaquín entraba a una casa de baile, donde muy pronto se vió rodeado de lindas chilenitas que eran muy amantes del fandango.

Joaquín bailó con una de ellas varias veces. Poco después se sintió algo cansado y se sentó en medio de las bellezas del lugar, hablando con ellas con mucha gracia, de diversas cosas interesantes.

El ruido de la conversación y las risas de las jóvenes, llamaron pronto la atención general hacia aquel pequeño grupo, y nuestro héroe se apercibió de que era examinado muy de cerca por varios americanos que parecían estar con marcada intención cerca de la puerta.

En medio de ellos reconoció en seguida al conductor de la diligencia que había parado cerca de White Rock House: en las facciones de aquel hombre se notaba que había reconocido perfectamente a Joaquín.

Sin que pareciese preocupado en lo más mínimo, ni menos inquieto, Joaquín se levantó con la mayor sangre fría, dijo amistosamente buenas noches a las señoritas, se embozó en su capa y salió.

—Dispense usted, señor, dijo a su lado una voz, apenas cuando él llegaba a la acera de enfrente de la casa, deseo verle la cara.

Antes de concluir estas palabras el extranjero, Murrieta se había lanzado sobre su caballo, que estaba atado en la puerta del restaurant vecino.

—Y bien, dijo el mexicano remedando la voz del que acababa de hablar, ahora sois libre de verme.

Y espoleó su caballo y en pocos minutos se perdió de vista dando vuelta al camino.

Después de una rápida carrera que duró cosa de quince millas, llegó a Junction House, en donde pasó la noche, suponiendo con razón que si se le perseguía, sus perseguidores no emprenderían la marcha

antes de la mañana siguiente. Al despuntar el alba montó en su caballo y se dirigió a escape hasta el rancho Taylor, con intento de describir en su fuga un medio círculo y llegar a Fiddletown en tiempo oportuno para encontrar a Sevalio.

Una ligera capa de nieve había blanqueado el llano durante la noche; pero esto no inquietaba a Joaquín, quien continuaba su camino tranquilamente, contando con la consternación que se había apoderado de los habitantes de Hangtown a la primera noticia de su visita.

Acababa de pasar el rancho, cuando oyó detrás de él el galope de varios caballos, y al mismo tiempo vió que corrían a escape hacia él un cierto número de ginetes bien armados. Con una mirada supo a que atenerse; entoces abandonó las riendas a su caballo, que rápido como el viento, echó a correr a todo escape. Los americanos clavaron las espuelas en el vientre de los suyos, gritando y jurando, y al ver que se les escapaba su presa, su desesperación no conoció límites.

Abandonando su idea primitiva, Joaquín se dirigió de repente al Sud Este y se lanzó en medio de las montañas, al trote, esperando que al menos allí los americanos no se apoderarían de él. Lo resbaladizo del terreno hacía más difícil la fuga de lo que él había creído al principio: varias veces al trepar las colinas muy pendientes, su caballo se había sentado, y varias veces, al bajarlas, el noble bruto había dado pasos en falso.

Al pie de una de estas colinas se hallaba, entre las rocas, un vacío en medio del cual corría una especie de torrente que iba a engrosar el río Americano. Aquel paraje era muy difícil de atravesar, aún para un buen ginete, y hasta Murrieta dudó antes de atravesarlo; pero viendo a sus perseguidores en la cima de la colina, a la distancia de algunos centenares de varas, se lanzó hacia delante. Pocos instantes después se hallaba del otro lado del torrente.

El jefe de los americanos quiso pasar al principio pero cayó en el agua con su caballo.

En seguida hicieron alto sus hombres; después dispararon sobre el fugitivo veinte o treinta balazos, ninguno de los cuales le tocó y viendo lo aventurado de su empresa, la abandonaron.

CAPITULO XX

Joaquín continúa su viaje.— Cómo encontró a Valenzuela y a Jack Tres-Dedos.—Lo que hizo García en Weaverville.—Corta estancia en Rattlesnake Bar.—Nueva exploración de Jack Tres-Dedos.—Joaquín resuelve seguir viajando solo.—Traición.—De qué manera supo Murrieta substraerse a un peligro mayor.

Joaquín siguió viajando entre montes y vallados hasta que se halló completamente fuera de peligro; pues franqueó el paso de Carson, y a los cuatro días llegó cerca de un campamento de mineros establecidos en las orillas del río Walker. Pasó allí la noche, pero temiendo ser reconocido partió al rayar el alba, y el día siguiente a la misma hora, se encontró a la vista de un segundo campo, que supuso pertenecía a algunos indios. Después de haberse aproximado algo, no fue poca la sorpresa al encontrarse frente a frente con Valenzuela y Jack Tres-Dedos, quienes no quedaron menos sorprendidos que su jefe del encuentro.

Mientras estaban almorzando, el jefe oyó de boca de sus subtenientes el resultado de sus viajes, y por qué se encontraban en aquel momento en el cuartel general.

Al salir de Arroyo, Valenzuela había dirigido su compañía hacia Weaverville, conforme a las órdenes de Joaquín. Antes de llegar se había apoderado de un cierto número de caballos, los cuales habían sido conducidos al cuartel general por quince de sus hombres.

Valenzuela había quedado sólo con López, Pedro Castillo, Rafael y García. Perseguidos por varios rancheros, a los cuales acababan de robar varios caballos, los seis bandidos lograron escapar, atravesando a nado un torrente muy rápido. Heridos por las balas enemigas López, Pedro y Rafael, se habían ahogado, Castillo consiguió salvar el torrente, pero se encontró de repente frente a frente con un missuriano, que lo dejó tendido de un rifletazo. En fin, Valenzuela y Jack Tres-Dedos, eran los únicos que habían conseguido salvarse.

Al llegar a Weaverville, Jack había querido entrar en una casa de baile, a pesar de las objeciones del prudente Valenzuela. Cuatro americanos apoyados en el mostrador de la cantina, estaban bebiendo y hablando de los ladrones de caballos.

Uno de ellos externó su opinión de que Joaquín no debía ser extraño a los robos que últimamente se habían cometido, y habiendo añadido que por ver colgados a sus autores, cambiaría con el mayor placer su cabeza por un globo. García se colocó delante de él y con un tono brutal le dijo:

—¡Puede que cambiáseis vuestra cabeza por una bala de pistola!

—¿Quién sois vos? le preguntó el minero.

—Si sabeis contar, respondió Jack Tres-Dedos mostrando su mano mutilada, esto debe bastaros.

—¿Sois Jack Tres-Dedos?

—El mismo.

Y, sin más preámbulos, Jack Tres-Dedos había sacado su puñal y sepultádolo en el pecho del americano. Se siguió una lucha: varios americanos se unieron a los primeros, y a no ser por los excelentes caballos que tenían los bandidos, no se escapan de las garras de sus perseguidores. Por fin pudieron llegar hasta el lugar en que los encontró Joaquín.

Al día siguiente de este encuentro inesperado, los tres mexicanos siguieron su marcha en dirección a Arroyo Cantova. Franquearon las gargantas de Sonora y de Tuolumne en la orilla del Sud; después apeándose de sus caballos en Rattlesnake Bar, entraron en una casa y pidieron de cenar.

La habitación estaba ocupada por un anciano, su hijo y su hija. El aspecto de nuestros tres mexicanos bien vestidos y armados les sorprendió y con razón; pero no dijeron nada, y muy pronto fué servida la cena por la niña, hermosa y tierna criatura como la que más.

Murrieta, que bajo su hábito de bandido abrigaba un alma de caballero, habló afablemente con la linda niña, mientras que ella servía muy graciosamente a él y a sus compañeros.

El anciano observaba con aire sospechoso la voracidad de sus huéspedes, pero guardaba para sí sus impresiones.

Cuando concluyó la cena, Valenzuela se levantó de su silla, avanzó hacia el joven que se hallaba sentado al lado de la chimenea, y amenazándolo con su revólver, le preguntó si se opondría a que su casa fuese entregada al pillaje.

—Si teneis algo que objetar, dijo el bandido, hablad pronto.

—¡Señor! exclamó el anciano, ya sospechaba yo que estos hombres no eran otra cosa que bandidos.

Y comenzó a dar tales gritos, que Jack Tres-Dedos se vió precisado a taparle la boca con una mordaza.

El joven consintió en que se saquease la casa, la cual fue puesta muy pronto en completo desorden.

Al fin, los bandidos se retiraron llevándose consigo algunos centenares de pesos.

Cerca ya de Mariposa, Joaquín reflexionó que la falta de prudencia de Jack Tres-Dedos podría ocasionarle algunas dificultades, como le sucedió a Valenzuela cuando estuvieron en Weaverville, por lo cual resolvió entrar solo en el pueblo. De consiguiente, ordenó a sus compañeros que se dirigiesen juntos al cuartel general, mientras que él permanecía uno o dos días en casa de uno de los socios de la pandilla, llamado Juan Berreyesa.

Este sujeto había suministrado a veces excelentes informes a algunos miembros de la compañía, y de tiempo en tiempo les prestaba dinero, y consideraban a Berreyesa como un sincero y fiel amigo.

Sin embargo, no era así; sin que pareciese, Berreyesa tenía un odio mortal a Joaquín, y en todo tiempo había buscado una ocasión favorable de desembarazarse de él, entregándolo a sus enemigos. En aquellos momentos, persuadido de que la ocasión que se le ofrecía era excelente, empleaba toda su actividad para llevar a cabo su traición.

Hacía tres o cuatro días que habían dejado al jefe Valenzuela y Jack Tres-Dedos. Una noche, Joaquín se hallaba visitando los fandangos, con la esperanza de encontrar a alguno de sus amigos, cuando por una casualidad se apercibió de que su porta-revólver estaba vacío. Creyó en el acto que el arma habría quedado encima de su cama y se fue a buscarla.

En primer lugar se entretuvo en la caballeriza situada al lado de la casa para saber si su caballo tenía suficiente pasto; después entró por la puerta de atrás en un pequeño cuarto contiguo a la cocina, que Berreyesa había cedido a su huésped. Mientras que avanzaba en la obscuridad, buscando una vela y los fósforos, oyó las voces de dos personas que estaban hablando en la pieza vecina: una de estas personas, según dejaba traslucir su acento, era americano.

En cualquiera otra circunstacia, Joaquín no se hubiera fijado en eso; pero su nombre, pronunciado distintamente por los dos interlocutores, y de una manera nada cordial, le hizo entrar en sospechas.

A pesar de que consideraba absurda la idea que su amigo conspirase contra él, tuvo la curiosidad de saber por qué había sido pronunciado su nombre, y este motivo le pareció suficiente para tomarse la libertad de escuchar la conversación.

Cruzó la cocina andando de puntillas, y fue a colocar su oído contra el muro de madera que separaba ambas piezas.

—Sí, decía Berreyesa, de este modo mi venganza será completa: me ha ofendido mortalmente algunas veces, tanto aquí como en México, y me la ha de pagar. Además necesito dinero. Mis pérdidas en el juego me han obligado a vender mi rancho por la mitad de su valor y....¿Pero cuál es la cantidad que se ofrece como recompensa?

—Eso sí que no lo sé, dijo el otro. Esperad, creo que son cinco o diez mil pesos.

—Dadme mil y mañana lo tendréis.

—¿Pero estais seguro de que sea él? Si me lo afirmais, puedo reunir la suma tan pronto como la pidais, y por cierto que será un buen negocio. ¿Pero estais seguro de que no os engañais?

—¿Cómo no he de estar seguro de que él es? Hace demasiado tiempo que lo conozco para que pueda engañarme.

—¿En dónde está ahora? Me habeis dicho que se hallaba a algunas millas de aquí; pero ¿en dónde?

—¡Caramba! ¿acaso me tomais por imbécil?

—Más bien pudiera tomaros por un cómplice, por un miembro de la pandilla, y como tal, haceros ***linchar.***

—¿Es verdad? pero ni siquiera tendreis la prueba de que yo le haya hablado alguna vez.

—¡Bien, bien! No tengo ganas de disgustarme con vos. Si esta noche misma quereis entregárnoslo.....

—¡Dispensad! ¿qué entendeis vos por entregárnoslo?

—¡Oh! ¡con mil diablos! ¿acaso suponeis que voy a aprehenderlo yo solo? No, no: he oído contar demasiadas hazañas suyas para aventurarme a ello. Seremos tres; y uno de mis compañeros es precisamente el que debe proporcionarme la suma que vos habeis estipulado.

—¡Oh! entonces está muy bien. ¡Comprendo! El negocio está arreglado y concluido: ¿me pagaréis la suma estipulada cuando lo tengais en vuestro poder, muerto o vivo?

—Perfectamente, si es que sois formal en vuestras promesas.

—Hablo seriamente por la primera vez en mi vida; pero sin mi mala suerte en el *monte,* os habría pedido por su cabeza tres veces más de lo estipulado. A este mezquino precio, es una tarea bien ruda la que voy a emprender.

—¿En dónde y cuándo podremos aprehenderlo?

—En esta misma casa, antes de dos horas, con tal de que tengais el dinero pronto.

—Muy bien. Lo tendré antes de diez minutos, y mañana la carrera de Joaquín habrá terminado. Aguardadme.

En seguida el americano salió, cerrando la puerta detrás de él.

Un segundo después, Murrieta se lanzó dentro del cuarto en que había tenido lugar la conversación anterior, semejante a una bestia feroz, y sacando su puñal cogió por la garganta al miserable Berreyesa, que había quedado como petrificado con aquella aparición.

—¡Silencio! dijo Joaquín al primer esfuerzo que hizo el otro para hablar. Ya habeis dicho sobre la tierra vuestra última palabra!

—Pero Joaquín.....

—¡Con que querías traicionarme! añadió Murrieta después de algunos segundos de pausa apretando con más fuerza la garganta de su antiguo cómplice; ¡traicionarme por dinero y para vengaros! ¿para vengaros de qué? ¿No he sido siempre vuestro mejor amigo? ¡Necesitabais dinero y me vendías por algunas onzas de oro, haciendo creer al comprador que vuestro principal móvil era la venganza! ¿De quiénes de los de mi compañía podré fiarme ahora? Los que como vos, se me han mostrado siempre adictos, pueden, en un momento dado, entregarme a mis enemigos y hacerme ahorcar en el primer árbol que se presente. ¡Y sois vos, Berreyesa, quien así obrais, vos a quien yo había supuesto incapaz, más que ningún otro, de semejante bajeza y cobardía! ¡Berreyesa, vais a morir!

Y sepultó su puñal en el corazón del cobarde mexicano, cuando, abriéndose la puerta, se encontró frente a frente con el americano, cómplice del contrato de que había sido testigo oculto.

El americano, al ver la terrible escena que acababa de tener lugar, dejó caer de sus manos el saco de oro que traía y sacó su revólver.

—¿Quién sois vos? dijo a Joaquín.

—Yo soy el hombre que habeis comprado por esa suma, dijo Murrieta señalando el saco.

—¿Entonces, sois Joaquín? ¡Rendíos, pues, o sois hombre muerto!

—Muy bien; si disparáis un tiro, haré uso de mi puñal!

—Preferiría ahorcaros en vida y más vale que os rindais en segui-

da, pues no podeis escaparos. Mis dos compañeros estarán aquí antes de cinco minutos; he querido que estuvieran presentes en el acto de que entregara este dinero al hombre que acabais de asesinar.

—¡Que acabo de castigar, querreis decir!

—Bien, bien, las palabras no tienen ningún peso en este asunto. Bajad vuestro puñal o hago fuego.

—El destino me es adverso, dijo Joaquín, y estoy viendo que mi carrera ha concluido.

—¡Aprontad vuestra arma!

—Lo único que os pido es que si tengo que ser colgado, me entregueis a la justicia y no al populacho.

—Por vos lo haré con mucho gusto, respondió el otro, extendiendo el brazo para tomar el puñal.

Aprovechando el momento en que su enemigo tendía el brazo, nuestro intrépido bandido se lanzó sobre él con la agilidad de la pantera, lo tiró al suelo, y le atravesó el pecho con su puñal. Luego, apoderándose del revólver que había caído al suelo, salió del cuarto cuando llegaban los compañeros del americano. Joaquín tomó su caballo, y sin ensillarlo siquiera, se alejó de aquel lugar a todo escape.

Hallábase apenas a una milla de distancia de Mariposa, y ya toda la población se había reunido; varios ginetes salieron a perseguir al bandido en distintas direcciones, pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la velocidad del caballo de Joaquín que se internó en las montañas.

Dos semanas después de esta peligrosa aventura, Murrieta llegó al cuartel general, donde encontró reunidos a casi todos sus hombres y además cosa de cuatrocientos caballos que habían robado en diferentes lugares del Estado.

El joven bandido explicó a sus hombres la causa de su larga ausencia; después se retiró a su cabaña con Clarita, la que le contó todo lo que había ocurrido en el campamento desde su partida.

Entre otras noticias, Joaquín supo que uno de sus afiliados de San Luis Obispo, llamado Jack Texas o Texas Jack, se había presentado en compañía de otros dos individuos que, si bien eran completamente extraños a la cuadrilla, habían sido presentados por Jack como excelentes y simpáticos conocidos. Habíase puesto en campaña para procurarse algunos caballos, y casualmente se encontraron a inmediaciones del cuartel general.

Una gran parte de los miembros de la pandilla estaban casi a punto de echar fuera a los intrusos, y hasta había quienes tratasen de matarlos, persuadidos de que no eran otra cosa que espías; pero otros, que varias veces se hallaron con Texas en Baja California, tuvieron fe en sus palabras y defendieron su causa con tal valor, que sus camaradas consintieron en conservar la vida de los tres recien venidos, hasta el regreso de Joaquín.

En seguida se supo lo que había pasado, Murrieta ordenó a Antonio que le fuesen presentados los prisioneros. Estos habían sido puestos en un lugar seguro y apartado, para que no pudiesen mezclarse en los secretos de la pandilla y no pudiesen perjudicarla dado el caso que se les devolviese la libertad.

CAPITULO XXI

Texas Jack.—Murrieta lo pone en libertad.—Asesinato de sus dos compañeros por Jark Tres-Dedos.—Saqueo en los condados de Calavera.—El Dorado y Tuolumne.—Generosidad de Joaquín con un barquero.—Se pone en precio su cabeza.—El mismo ofrece diez mil pesos de recompensa a quien lo aprehenda muerto o vivo.

Jack Texas o Texas Jack era un pillo de marca mayor en toda la extensión de la palabra.

En la época de la batalla de San Jacinto, tenía doce años.

Cuando su padre, hombre muy atrevido, se alistó en el ejército, Jack quiso seguirlo pero no le fué permitido.

Deseoso de probar que podría batirse tan bien como cualquier otro, espió a un indio partidario suyo, hízole caer en una celada y después de darle muerte le cortó la cabeza, la cual presentó a su padre cuando regresó victorioso de la campaña.

Texas Jack se hallaba en San Francisco en el mes de Junio de 1851, en compañía de un luisianés nombrado Fred el indio (Indian Fred), de Bill Flanders, un tunante de siete suelas que se había visto obligado a salir apresuradamente de Maryland, en compañía de un mexicano conocido con el nombre de Moctezumito, diminutivo de Moctezuma.

Los cuatro bandidos tenían consigo un cierto número de caballos y mulas, que habían robado en los valles de San Joaquín y San José; los pusieron en un corral de la calle Mission, cerca de la calle Primera, y luego se encaminaron juntos hacia una cantina situada al lado de la antigua casa de policía correccional. En esta casa habitaban varios polizontes, entre otros uno que se hallaba postrado en cama por una enfermedad, llamado McCarty.

Desde su cuarto, el oficial de policía oyó y reconoció la voz de Fred el indio; mandólo llamar y le aconsejó saliese inmediatamente de la ciudad, pues pesaban sobre él tres graves acusaciones de robo; y que además, se sospechaba que el mismo fuese el autor de un asesinato que acababa de perpetrarse en un condado inmediato.

Fred informó a Texas de lo que pasaba y partió para Stockton con sus dos compañeros. Apenas se habían alejado los tres bandidos, cuando el mejor de los caballos que habían robado, fue vendido al dueño de la cantina; luego Texas condujo a los demás a la plaza pública y los vendió en remate.

Después se dirigió a quince millas de San Francisco, en el camino de Santa Clara, penetró en un rancho en el cual el cantinero había de-

positado el caballo que acababa de comprar; apoderóse Texas de él por segunda vez y se encaminó hacia la misión de San Luis Obispo. Allí fue donde trabó conocimiento con Murrieta y con algunos de sus hombres en una casa de mala fama, propiedad de un tal Víctor Narigón, situada entre la misión y el lugar en que desembarcaban los marineros que andaban en los buques de cabotaje.

Texas tuvo la suerte, en cierta ocasión, de prestar un servicio a Joaquín dándole informes de ciertos individuos que perseguían a nuestro héroe: en recompensa éste le hizo el presente de un magnífico caballo, digno, bajo todos conceptos, de rivalizar con el famoso ***Black Bess*** de Dick Turpin.

En el curso de sus excursiones, Jack tenía la costumbre de acampar durante la noche y dormir con la cabeza colocada entre las patas delanteras de su caballo.

Una noche, mientras reposaba de esta suerte a inmediaciones de la cabaña de San Antonio, fue despertado repentinamente por su caballo que le tiraba de los cabellos con la ayuda de sus dientes. Apenas se hubo puesto en pie, cuando apercibió a tres o cuatro individuos, indios o mexicanos, que avanzaban cautelosamente hacia donde él estaba, con intento, a no dudarlo, de despojarlo y asesinarlo.

Montó en su caballo y echó a correr a todo escape; al mismo tiempo oyó silbar algunas balas que pasaron junto a él, perdiéndose en el espacio. Llegó a San Benito y luego se acostó sobre la yerba, al lado de una casa de adobe: el caballo imitó a su amo, y relinchó dulcemente como para felicitarlo por haber escapado tan dichosamente de aquel peligro.

Por último, Texas fue arrestado por robo y enviado a San Quintín, donde permaneció hasta el año de 1857.

Cuando Texas Jack y sus compañeros fueron presentados delante de Joaquín, el jefe justificó su detención y permitió que partiera inmediatamente. Algunos miembros de la compañía manifestaron no ser de la misma opinión de su jefe, al extremo que Murrieta, temiendo que aquellos tres hombres fuesen asesinados, juzgó prudente que los escoltasen Valenzuela, Jack Tres-Dedos y otros dos mexicanos, hasta la mitad del río de San Joaquín.

Hallábanse apenas a diez y seis millas del campamento, cuando Jack Tres-Dedos se lanzó sobre uno de los americanos y le descargó su revólver a boca de jarro. Al ver esto, Texas y el otro compañero espolearon sus caballos, corriendo lo más que podían para escaparse de las garras del feroz Jack.

Sólo Texas logró salvarse; su compañero fue alcanzado por el sanguinario Tres-Dedos, y a pesar de toda su resistencia, pereció bajo el puñal de nuestro hombre. Viendo luego Jack que era imposible alcanzar a Texas, se contentó con dispararle tres tiros, diciendo al mismo tiempo:

—¡Buena fortuna, camarada! ¡Puedes vanagloriarte de haber escapado de un peligro!....

Y después de estas palabras el bandido fue a reunirse con sus camaradas, quienes al primer tiro se habían quedado estupefactos en

medio del camino, sin saber qué partido tomar e incapaces de auxiliar a los prisioneros.

—Acabais de cometer una tontería, dijo Valenzuela; pero supongo que habreis recibido órdenes de nuestro jefe para ello.

—¡Ordenes! exclamó García, ¡no por cierto! Yo no he recibido más órdenes que las que os han dado a vosotros.

—¡Cómo! ¿habeis tomado bajo vuestra responsabilidad la muerte de esos hombres?

—¡Sí, caramba! Y habría corrido la misma suerte el tercero si lo hubiese podido agarrar; pero el maldito ha huído cual si lo hubiesen estado pinchando por detrás.

—¿Cuál era vuestro objeto al fin, añadió Valenzuela, al entregaros a tan inútil carnicería?

—¡Inútil! ¿Qué es lo que es inútil? ¡Vaya, vaya! Os aconsejo que os regreseis a México y os metais a ermitaño. Parece que os vais a desmayar porque se ha derramado una poca de sangre. Supongamos que esos hombres se hubiesen escapado, ¿qué hubiera sucedido?

—En efecto, ¿qué hubiera sucedido?

—Que nos habrían traicionado.

—Sí, pero vos olvidáis que uno de ellos se ha escapado, y que tal vez con vuestra acción habéis convertido en enemigo nuestro a un hombre que, estoy persuadido de ello, habría sido siempre uno de nuestros mejores amigos. Texas creerá que habéis obrado conforme con las órdenes de Joaquín.

—¡Que crea lo que le de la gana! murmuró el brutal Jack. ¡Yo me río de él y de vosotros también!

Nuestros hombres regresaron al campamento, pero tuvieron buen cuidado de no contar lo que había ocurrido en el camino; cada uno de los bandidos tenía idénticos motivos para temer la cólera del jefe, pues los compañeros de Jack se habían constituido en cómplices suyos, no impidiendo el crimen.

Una semana después, esto es, en los primeros días del mes de marzo de 1853, los hombres de Joaquín comenzaron una serie de depredaciones que llenaron de espanto a todo el país.

Los bandidos habían escogido para teatro de sus operaciones, los tres condados más ricos del Estado de California. El Dorado, Calaveras y Tolumne, y jamás se había visto una devastación parecida ni tan rápida. Compañías de cuatro o cinco hombres, y algunas hasta de doce, habían sido diseminadas en aquellos condados por todos lados; y tal fué la variedad, el número y la rapidez de sus operaciones, que sería casi imposible intentar reseñarlas.

El robo, el asesinato, el incendio, el pillaje, eran el tema de todas las conversaciones y lo que todos temían. Algunas de estas abominaciones eran cometidas a la luz del día, y otras quedaban envueltas en el más profundo misterio; pero siempre se reconocía en ellas la mano de Joaquín: veíase que todas aquellas calamidades eran el fruto de sus propias combinaciones que habían germinado y madurádose en su mente, sabiéndose además que este gran dramaturgo era siempre el principal actor de esas tragedias. Si bien

las numerosas ramificaciones de esta acción tan vasta y tan complicada, divergían completamente entre sí, venían siempre a unirse a un hilo común, salían del mismo punto y tenían las mismas tendencias; tendencias que conservaban su secreto en el corazón de Joaquín.

En todo el Estado no había un solo pueblo de alguna importancia que no tuviese uno o más espías, según las necesidades de la causa. Jamás faltaba a Joaquín lugares de refugio para ocultar sus heridos y los caballos robados, y aún pudieran citarse muchos ranchos, habitados por hombres honrados y muy respetables a los ojos de todo el mundo, donde el jefe mexicano encontraba cuanto necesitaba.

Robando y pillando en todo el camino, Murrieta y ocho de sus hombres llegaron una noche del mes de marzo a uno de los bancos del río Tolumne. La embarcación para pasar el río estaba amarrada en la ribera de tal modo, que no pudieron transladarse al otro lado ellos mismos, según acostumbraban hacerlo. En virtud de esto se encaminaron a la choza del barquero, el cual estaba tan profundamente dormido, que los bandidos tuvieron que echar la puerta abajo para despertarle. El hombre salió todo atemorizado y preguntó a Jaoquín que era lo que querían.

—Queremos pasar el río, dijo éste, pero antes de alejarnos de este lugar queremos que nos prestéis toda la plata acuñada que tengáis disponible. Esto va a demostraros la urgencia de una respuesta violenta.

Y al mismo tiempo el mexicano sacó su revolver y apuntó con él en la frente al pobre diablo.

—Sí, señor; dijo el barquero: la demostración no era necesaria. Voy a prestaros todo lo que poseo.

Al mismo tiempo encendió la luz y sacó de debajo de su almohada una bolsa que contenía cerca de cien pesos.

—Vamos, vamos, dijo Jack Tres-Dedos que formaba parte de la compañía de Joaquín y que no perdió ocasión de quemar un fulminante en las narices del barquero para darle miedo, vos tenéis más dinero que este, mostrádnoslo.

Y se preparaba para tirar de veras, pero Joaquín le ordenó en un tono severo que permaneciera tranquilo. El barquero respondió temblando:

—Es todo lo que tengo, señor, pero os lo ofrezco de buena voluntad.

—No lo quiero, dijo el jefe movido de un rasgo de generosidad; vos sois pobre y no me habéis hecho ningún daño. Pasadnos al otro lado del río y os pagaré por el trabajo y molestias que os hemos causado.

Hemos narrado este episodio, para demostrar que Murrieta no había perdido del todo los nobles sentimientos que poseía antes de entregarse a la vida del bandolerismo. También hemos querido contestar a aquellos que creen que había perdido toda idea generosa, todo pensameinto humanitario.

La pequeña compañía llegó sin ninguna otra avetura a inmediaciones de Stockton, después de haber andado dos días, y acampó a

tres millas de la ciudad, en medio de un sinnúmero de robles, como sólo los hay en California.

Un domingo por la mañana, mientras las campanas llamaban a los fieles a la iglesia, y los hombres bien afeitados y acicalados permanecían en las esquinas de las calles viendo pasar las lindas muchachas, apareció de repente en la ciudad un extranjero nuevo en ella.

Era un buen mozo, con ojos negros y expresivos; su cabellera era también negra y muy poblada y le caía sobre las espaldas. Paseábase tranquilamente mirando con aire indiferente lo que le llamaba su atención.

Nuestro hombre vestía con mucha elegancia; iba montado en un caballo tan hermoso y bien guarnecido, que a pesar de que nadie lo conocía, era el objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones.

—¡Qué buen mozo! decían las mujeres. ¡Míralo bien, amiga!

—Cuando menos es algún noble mexicano que viaja por recreo, dijo uno.

—Yo, añadió otro, creo simplemente que es el hijo del general Vallejo.

—No creo que el general Vallejo tenga hijos, objetó un tercero.

Y las señoritas estaban absortas en la contemplación del arrogante ginete, que suponemos que aquel día el cura recitó su sermón para que lo oyesen las paredes e hizo el gasto de velas para alumbrarse a sí mismo.

Este joven, que tanto había llamado la atención de la ciudad de Stockton, al pasar por delante de una esquina en que había pegados varios carteles muy vistosos, se paró de repente. Era que le había sorprendido uno de ellos en que se leía:

¡Cinco mil pesos de recompensa al que entregue a Joaquín Murrieta, muerto o vivo!

Apenas hubo leído estas líneas el mexicano, saltó de su caballo, sacó su lápiz y escribió algunas palabras debajo del cartel, luego volvió a montar en su caballo y salió de la ciudad tan tranquilo como si nada hubiese pasado.

Una docena de personas, cuando menos, exitada por la curiosidad, se adelantaron para ver lo que había escrito con lápiz el forastero.

He aquí lo que leyeron:

Yo doy diez mil pesos.—Joaquín.

Ya pueden figurarse nuestros lectores las numerosas exclamaciones de admiración con que fué acogida la lectura de estas palabras.

En toda la semana no se habló de otra cosa más que de este suceso, a lo menos entre las mujeres.

Todas habían querido adivinar en su semblante, en su mirada, en su porte, que aquel ginete no era otra cosa que el famoso Joaquín Murrieta, a pesar de que ninguna de ellas lo había visto en su vida.

CAPITULO XXII

Atrevimiento de Joaquín.—Ataque y captura de una goleta a inmediaciones de Stockton.—Murrieta se dirige solo a San Francisco por Sacramento.—La casa del amigo Blanco.—Cómo empleaba su tiempo Jack Tres-Dedos y de que manera comprendía los negocios de interés.

El hecho extraño que acabamos de contar, no impidió a Joaquín venir de vez en cuando a la ciudad bajo diferentes disfraces, a fin de saber por si mismo lo que le interesaba saber.

Joaquín fué informado una noche, que a la hora de la marea una pequeña goleta debía salir de Stockton para San Francisco. A bordo se hallaban dos mineros de Campo Seco, condado de Calaveras, que iban a embarcarse bien provistos de monedas o su equivalente de oro en polvo.

Joaquín tomó tres de sus hombres que inspeccionaban la ciudad, y con el auxilio de una pequeña embarcación, fueron a esconderse en uno de los bancos del río, cubierto de maleza.

Los mosquitos les incomodaban de tal suerte, que estuvieron tentados de abandonar la operación; pero la perspectiva de un buen negocio les hizo reflexionar y perseverar en su primera idea.

Murrieta sentía no haber llevado consigo algunos fósforos, pues con ellos hubiera podido encender una hoguera y con el humo dispersar los impertinentes mosquitos; pero la idea de que la perseverancia encuentra siempre su recompensa, le consoló, y aguardó durante tres horas mortales que apareciese el deseado buque.

La goleta se dejó ver por fin; cuando estuvo enfrente del banco, Joaquín y sus compañeros dirigieron su embarcación hacia ella, y agarrándose de sus costados, saltaron sobre cubierta e hicieron una descarga sobre la tripulación, que sólo se componía de dos hombres, sin decir una palabra.

Los desdichados ni siquiera tuvieron tiempo de agarrar sus rifles; a la primera descarga cayeron muertos. Los dos mineros, al oir el tiroteo, salieron apresuradamente de sus camarotes, arma en mano, y dispuestos a defenderse; pero ya el partido no era igual. Bandidos y mineros dispararon a un mismo tiempo.

Dos hombres de la banda de Joaquín cayeron muertos sobre la cubierta; los dos mineros tuvieron la misma suerte. Joaquín y el compañero que le quedaba, se apoderaron de los cinturones que contenían toda la fortuna de los mineros; después, mediante algunos fósforos que hallaron en un camarote, pegaron fuego al buque que fué devorado por las llamas.

Al amanecer, ya no quedaban trazas del crimen; apenas se divisaba en el horizonte un punto negro que se destacaba en la superficie del mar. Mediante esta audaz operación, Joaquín había realizado doce mil duros en oro en polvo.

Al siguiente día, después de haber enviado a Jack Tres-Dedos y a cuatro bandidos más al cuartel general, Joaquín partió con Valenzuela para Sacramento.

Allí permanecieron cosa de una semana, y luego se embarcaron para San Francisco, a donde llegaron a eso de las once de la noche. Inmediatamente que saltaron a tierra, se encaminaron a una casa situada en la calle del Pacífico, cerca de la Dupont.

Nuestros hombres llamaron a la puerta varias veces, y sólo después de un cuarto de hora largo, obtuvieron contestación.

—¿Quién llama? preguntó en tono muy bajo una voz.

—Somos amigos, señor Blanco, dijo Murrieta, y muy buenos amigos.

—¡Ah! ya os conozco, paisanos, respondió la voz; ¡entrad, entrad! Hace ya muchos días que os estaba aguardando.

—¿En verdad? dijo Valenzuela entrando detrás de Joaquín, mientras que el señor Blanco cerraba herméticamente la puetra de la calle. ¿Cómo podíais aguardarnos? ¿Sois acaso mágico para prever así nada más, quién es el que debe llegar a vuestra casa?

—A no ser, añadió Joaquín, que hayáis sido visitado por algún espíritu del Monte del Diablo.

—¡No, no, nada de eso! Mis informes provienen de un individuo de la compañía. Venid por acá; voy a enseñaros el individuo en persona, a pesar de que supongo que no os va a reconocer, pues hace cuarenta y ocho horas que está borracho como una uva. ¡Vaya, vaya! es un rudo guardián. Cuando oí llamar la primera vez, supuse que érais enemigos y traté de despertar al camarada: esta fué la causa de que tardase tanto en abrir la puerta.

—Muy bien, dijo Joaquín; pero ¿cuál de nuestros compañeros puede encontrarse en este lugar?

—Venid a verlo vos mismo, contestó Blanco. Por acá..... en seguida llegaremos. ¡Cuidado con estos escalones! He aquí la puerta. Hacía tanto tiempo que no habíais venido a mi casa, que no es extraño que hayáis olvidado sus rincones. Después que vinísteis la última vez, esta casa se quemó; pero la he reconstruído tal como estaba antes. Y ahora, he aquí el hombre en cuestión.

Joaquín y Valenzuela acababan de entrar a una pieza bastante grande.

—¿Dónde está? preguntaron a Blanco.

Joaquín se dirigió hacia una mesa que allí había, tomó la lámpara que alumbraba el cuarto y se aproximó al hombre que dormía.

—¡Cómo es eso! exclamó retrocediendo algunos pasos. ¿García aquí?

—Sí, respondió el señor Blanco. El me ha dicho que vos le habíais ordenado que volviese al cuertel general; pero ha tenido la buena suerte de encontrarse en su bolsillo algún dinero más del

acostumbrado, y quiso venir a San Francisco a procurarse algunas distracciones.

—Está muy bien, objetó Valenzuela. Vamos a ver si logramos despertarlo.

Y, aproximándose a la cama, administró a su camarada algunos puñetazos bien dados, que lejos de producir el efecto deseado, arrancaron solamente a Jack Tres-Dedos una sorda exclamación y juramentos entrecortados, tales como el de ***caramba***.

Sabiendo Joaquín que no podía vigilar a García todo el tiempo que permaneciese en San Francisco, trató de evitar su presencia cuanto fuese posible.

Con este fin compró una tienda de campaña que mandó clavar en una de las alturas de la ciudad, no lejos del hotel Frémont, es decir, cerca de la esquina de las calles Battery y Vallejo.

Todas las noches Joaquín y Valenzuela salían de su cabaña para visitar la Bella Unión, Diana, el Dorado y otras casas de juego. Perdían y ganaban cantidades de oro con una facilidad, una calma y tal gracia, que exitaban la admiración de los asistentes y hasta de los mismos banqueros, que son, como es sabido, los hombres más impasibles del mundo.

Una noche, los dos bandidos entraron en la Bella Unión, y ya se preparaban para sentarse en una mesa, donde se jugaba ***faro,*** cuando les llamó la atención un gran número de curiosos que rodeaban una mesa en la cual se acababa de iniciar una interesante partida de ***monte***. Nuestros hombres se acercaron y vieron a Jack Tres-Dedos, sentado casi enfrente de ellos, teniendo delante de sí, de cinco a seis mil pesos. Acababa de perder una suma casi igual, y el banquero arreglaba tranquilamente los naipes, para comenzar una nueva partida. Por fin, éste dejó caer sobre la mesa un rey y una sota: Jack sin titubear colocó su haber sobre el rey. El banquero siguió sacando naipes, y por fin llegó la sota: en pocos minutos hizo pasar las filas de Jack a su lado, sin que en su fisonomía se notase el menor destello de satisfacción. García pidió al sirviente un vaso de brandy, que apuró filosóficamente; luego salió del salón de juego, sin articular una palabra.

Joaquín y su camarada, no habían sido visto por García. Todavía permanecieron una hora larga en la Bella Unión, yendo de una mesa a otra, ganando aquí, perdiendo más allá: después se retiraron, sin haber tenido ninguna aventura desagradable. Al salir de la casa de juego se encaminaron a un fandango mexicano que había en la calle de Jackson, donde hallaron algunos compatriotas, hombres y mujeres que bailaban en una atmósfera de polvo y humo, al sonido de un tamboril y un mal violín y una flauta chillona, como un silbido. Los bandidos se mezclaron con la concurrencia, y pasaron allí parte de la noche.

Eran más de las dos de la madrugada, cuando salieron de la casa de baile, para volver a su cabaña. Joaquín había perdido en el juego una suma bastante considerable, al extremo que, después de registrados todos los rincones de su equipaje, sólo se hallaron en posesión

de cien pesos, entre él y Valenzuela. Esta suma era bien mezquina, para hombres que, en el espacio de una semana, habían gastado más de doce mil pesos. Valenzuela propuso a su jefe que fuesen hasta la Misión de San José, donde vivía uno de sus socios que no tendría reparo en prestarles algunos miles de pesos, mediante un interés suficiente.

Joaquín rechazó la propuesta, por razones que no juzgó prudente dar a conocer a su subteniente, prefiriendo volver a Sacramento, donde habían quedado los caballos bajo la custodia de un tal Pradillo.

Al pasar por enfrente de una casa de madera que estaba en el camino, que conducía a la casa de Joaquín, los dos mexicanos oyeron ruido de voces, en medio de los cuales se distinguía una que juraba violentamente, cuyos juramentos eran contestados con estrepitosas carcajadas. Nuestros hombres se pararon delante de la mencionada casucha.

—Es la voz de García, dijo Joaquín, que acababa de oir uno de sus habituales juramentos.

El jefe se inclinó y miró a través de dos de las tablas mal clavadas de la choza: su compañero lo imitó. Entonces asistieron sin ser vistos a una escena muy interesante y bien difícil de describir.

Al través de la atmósfera del cuarto, se destacaban los vapores del rom y del wiskey, unidos al olor acre de la humareda de las pipas. Varios grupos de hombres estaban sentados alrededor de media docena de mesas; su solo aspecto indicaba los más depravados y viciosos caracteres; en una palabra, individuos capaces de todo. Encima de cada mesa, había un juego de barajas, y enfrente de cada hombre, un vaso de estaño que llenaban de cuando en cuando con el licor, o más bien dicho, con el veneno que contenía un barril colocado en un extremo de aquella habitación. Una hoguera medio apagada, reflejaba en los semblantes de aquellos hombres de tan mala catadura, formando un contraste singulra, con la única vela que alumbraba aquella escena.

En la mesa más cercana a la hoguera, estaban sentados cuatro pillos de la peor ralea; uno de ellos no era otro que Jack Tres-Dedos, y los otros que lo acompañaban se llamaban Pedro Sánchez, Juan Borilda y Joaquín Blanco. Los tres pertenecían a la pandilla de Murrieta y tenían la ocupación de espías; Sánchez en el territorio de Sonora y Columbia; Borilda en Stockton, y el tercero en la Misión de San Luis Obispo. Los otros grupos se componían de ingleses, irlandeses y americanos, y todos parecía que habían bebido más de lo regular, lo que no era un obstáculo para que volvieran a empinar el codo.

A despecho del tumulto que reinaba en aquella sociedad tan poco disciplinada, Joaquín y Valenzuela pudieron oir distintamente ciertas frases lanzadas acaloradamente por Jack Tres-Dedos y cuyo sentido en nada sorprendió al jefe de los bandoleros.

—Ya habéis recibido vuestra parte, vociferaba derepente García, y no se os dará ni un solo peso más. En todo no había más que seis mil pesos y cada uno de vosotros ha recibido mil. ¡Caramba! ¿creeis acaso que voy a daros la misma parte que a mí, cuando solo

habeis tenido el trabajo de sacar al hombre, habiendo sido yo el que le mató? No, no, este es negocio concluido: en lo sucesivo trabajaré por mi cuenta.

Después, para afirmar mejor su aserción, el bandido dió un violento puñetazo sobre la mesa, que más bien parecía un golpe dado con una maza, tal fué el estruendo que hizo.

Esto indicaba al mismo tiempo que no era conveniente jugar con aquellos puños.

CAPITULO XXIII

Bandidos contra bandidos.—Lo que oyeron después Joaquín y Valenzuela.—De qué manera se libraron de dos enemigos.—Dos buenos policías.—Joaquín despierta a Jack Tres-Dedos.—Partida.—Arresto de un falso Joaquín.—Asesinato cerca de San José.—Rafael Quintana en Santiago.

Mientras que Jack arreglaba con tanta energía la cuestión del reparto, otra escena no menos curiosa tenía lugar en el extremo opuesto de la mesa donde estaban sentados los bandidos.

Uno de los individuos que había en aquel lado se levantó, en el momento que Jack acababa de hacer sus cuentas de una manera formidable, y dirigiéndose hacia la hoguera, miró a Tres-Dedos de una manera estúpida y hasta con admiración; luego se volvió hacia su mesa y dijo al oído de sus compañeros algunas palabras.

Sin duda que estas palabras eran de alguna importancia, pues tuvieron el privilegio de hacer salir de la cabaña a seis de los ocho individuos que acompañaban al del informe.

Murrieta y su subteniente les siguieron en medio de la obscuridad, y vieron que se dirigían a una cabaña situada a cincuenta pies de la suya.

Creyendo que Jack Tres-Dedos debía haber sido la causa de la brusca partida de aquellos individuos, nuestros mexicanos los dejaron entrar en la casa, luego se aproximaron sin hacer ruido, a la cabaña, y escucharon lo que adentro se hablaba.

Joaquín y Valenzuela habían sacado sus revólvers, a fin de estar preparados a defenderse en caso de ataque.

—¿Lo habéis visto? ¿lo habéis mirado bien? dijo uno de los hombres que se hallaban en el interior de la cabaña.

—Perfectamente, dijo otro, lo conoceré toda mi vida. ¿Pero estáis seguro de que es el mismo individuo?

—No lo sé; lo que puedo afirmaros es que le conozco. Lo he visto varias veces en las montañas y puedo aseguraros que es Jack Tres-Dedos, uno de los principales de la banda de Joaquín.

—También apostaría que el mismo Joaquín está en San Francisco, pues quien ve al uno ve al otro: siempre se les encuentra en los mismos lugares y muy pocas veces se separan. En tal caso, los tres individuos que estaban sentados con Jack, deben pertenecer a la cuadrilla.

—Entonces, muchachos, dijo un tercer interlocutor cuyo acento manifestaba que era hijo de Irlanda, todo se explica: he aquí por qué ha desaparecido la noche pasada la caza que habíamos ojeado.

—¿Qué queréis decir, Dumps? Explicaos.

—Bien lo sabéis vos... el nido de mineros que habíamos encontrado, uno de los cuales tenía los bolsillos repletos de oro. He aquí todo el misterio.

—En efecto, así debe ser; y como tocaron retirada, no creo que hayan hecho buen negocio, pues he visto a nuestros hombres jugar y perder sus pesos a centenares en las mesas de monte de la Arcada.

—¡Mexicanos del infierno! Como si necesitasen salir de las montañas para impedir que los blancos se ganen pobremente la vida....

—Es lo que yo digo, murmuró otro. ¡Qué el diablo se los lleve! ¿Qué vienen a hacer aquí? Ya hace cinco días y cinco noches que estamos rondando y apenas hemos encontrado un poco de moneda menuda.

—En efecto, añadió Dumps.

—Voy a deciros lo que pienso, dijo aquel a quien Dumps acababa de interrumpir. Es preciso desembarazarnos de ellos completamente. Los mandaremos al diablo, y cuando el necogio esté concluido, entonces seremos los amos.

—¿Creeis que una sorpresa...?

—¡Oh! No, Grippy, nada de eso. ¿Estáis loco? ¡Una sorpresa! ¿Quiero saber qué haríais con vuestro puñal solamente? Además, bien sabéis que jamás habéis salido feliz de una pelea con ellos: saben manejar el arma blanca algo mejor que nosotros. He aquí lo que propongo: pondremos a la policía sobre las huellas, y si no se van, nos dividiremos por distintos lados y daremos caza a Joaquín. Ya sabéis que se ha ofrecido una buena recompensa al que lo prenda, y cuando lo tengamos....

—¡Oh! cuando lo tengamos... cuando lo tengamos... pero todavía no lo tenemos.

—No se hable más, Dodge. Estáis en extremo borracho y no sabéis lo que habláis. Como iba diciendo, cuando tengamos a Joaquín....

—Puede que lo tenga una vez en mi poder y llegado este caso, yo sé manejar bien un puñal: ¡oh, sí!

—Y yo, Dodge, sabré manejaros muy pronto si no estáis tranquilo. Decís... ¡Ah! ¡yo muero!

Dodge acababa de sepultar su puñal en el corazón de su compañero.

En seguida todos los individuos se lanzaron hacia el asesino. Joaquín y Valenzuela no tenían ningún interés en ver el fin de esta

querella; así, pues, abandonaron el lugar en que estaban apostados y se encaminaron hacia su cabaña.

A algunos pasos abajo del hotel Frémont, encontraron dos convictos escapados de Botany Bay, que acababan de salir de la taberna para unirse a sus camaradas. Los dos parecían estar muy borrachos.

—¿Quién es este pájaro que revolotea por acá? dijo uno de los ebrios poniéndose casi enfrente de las narices de Joaquín.

—Lo ignoro, dijo éste.

—¡Mentís! Lo sabéis bien pues....

Antes de que hubiera acabado la frase, el borracho estaba tendido en el suelo, medio muerto y en agonía. El puñal de Murrieta le había atravesado el corazón. Su compañero corrió hacia la cima de la colina, seguido de una bala de revólver que le había enviado Valenzuela, pero no le hizo mella: en seguida desapareció.

Los dos mexicanos continuaron tranquilamente su camino, como si nada de extraordinario hubiese ocurrido, cuando de repente se encontarron enfrente de un polizonte que les preguntó qué significaba el tiro que acababa de oirse. Joaquín trató de ocultar su rostro con las alas de su sombrero y negligentemente empuñó su revólver. Luego, viendo que avanzaba rápidamente hacia ellos otro individuo que supuso sería un nuevo polizonte, respondió con un tono cortés:

—Ese tiro, señor, es el resultado de un accidente. Mi amigo iba a colocar su revólver en la bolsa, cuando el gatillo se agarró con su cinturón.

—¿Qué es lo que os hacía correr tanto? preguntó el segundo polizonte al primero cuando estuvo cerca del grupo.

—¡Oh! nada, dijo el otro, es que oí un pistoletazo y creí que asesinaban a alguno.

Después, volviéndose hacia Joaquín añadió:

—Decías que vuestro amigo estaba poniendo su revólver en la bolsa cuando se le escapó el tiro. ¿Y por qué lo llevaba en la mano?

—Porque a tales horas de la noche, señor, hay peligro de andar por las calles. ¡Se encuentran tantos pícaros! Mi amigo quería estar preparado para un caso dado.

—¿Por qué entonces no continuó llevando su revólver en la mano?

—En razón de que me reí de sus temores y le afirmé que no teníamos nada que temer.

—Pero ahora mismo me acabáis de decir que hay un peligro en recorrer las calles de noche. Me parece que vuestras respuestas son evasivas y no sé si debo creer lo que me decís.

—Dispense, señor, quise decir que mi amigo debía esperar que se presentase el peligro.

—¿Qué os parece, Charley? ¿No haríamos bien en arrestarlos? Hay en efecto muchos pillos afuera. Añádase a esto que el viento de esta noche es muy a propósito para que arda un buen fuego, y que este lado de la ciudad está admirablemente situado para servir de base al incendio. Creo que sería prudente que los arrestásemos.

—No, no es esa mi opinión. Dejadlos en paz: no hay nada que decir. ¡Idos, muchachos! no aguardéis ni un minuto. Ned, tú no

debes cuestionarlos más. ¿Sabes que hablas y razonas como un abogado de las tumbas de Nueva York, a quien untan los dedos?

—Está bien, yo sé lo que digo.

—Sin duda alguna en las próximas elecciones vas a ser nombrado candidato para juez.

—¡Cállate! Eres peor que Billy y Mulligan. Y vosotros, que disparáis vuestros revólvers sin tener cuidado, idos a dormir. Ven conmigo, Charley. Tengo ganas de volver a casa de Nile a tomar un ***whiskey-grog.***

Joaquín dió cortesmente las buenas noches a los dos polizontes, y se alejó con su camarada en dirección a la taberna donde habían dejado a Jack Tres-Dedos.

—Si ese hombre hubiese insistido en querer llevarnos a la cárcel, dijo Joaquín, su suerte estaba decretada. Lo hubiera matado como se mata a un perro.

—Y yo hubiera hecho otro tanto con el otro, dijo Valenzuela.

El ruido que oyeron los dos mexicanos al llegar a la puerta de la taberna, era una buena prueba de que la fiesta continuaba: Joaquín miró por el ojo de la llave y apercibió a Jack Tres-Dedos sentado en el mismo lugar, pero tan cargado a consecuencia de las numerosas libaciones que apenas podía sostenerse la cabeza sobre sus hombros.

Murrieta encargó a Valenzuela que vigilase afuera, y entrando él en la taberna, se dirigió hacia la mesa donde dormía su insubordinado subteniente, sacudiéndole rudamente por la espalda.

García se irguió furioso y sacó a medias su revólver.

—¡Ah! exclamó ¡Murrieta!

—El mismo: venid. Quiero que salgáis de la ciudad dentro de algunas horas.

—¿Por qué? ¿Qué hay de nuevo?

—Porque la policía nos sigue la pista, y tal vez dentro de algunos minutos vendrá aquí para prendernos.

—¡Caramba! He aquí una noticia que me viene de molde. ¿Cuántos son? preguntó García sacando su puñal.

—Demasiados para que podamos luchar contra ellos, en virtud de que centenares de ciudadanos se pondrían de su lado para prendernos. ¡Venid, venid conmigo!

—¡En fin, sea como vos queráis!

Y García salió de la taberna, seguido de sus tres compañeros.

Joaquín condujo a todos estos hombres a la casa del señor Blanco, donde permanecieron hasta que despuntó el día.

Después mandó a Blanco, (no el dueño de la casa, sino el compañero de Jack), a San Luis Obispo; Borilda y Sánchez se fueron para Stockton y Sonora, que eran sus respectivos distritos. Jack Tres-Dedos recibió orden de encaminarse hacia San José y ganar sin pérdida de tiempo el cuartel general.

El mismo día salieron para Sacramento, Joaquín y Valenzuela a bordo del vapor: allí encontraron sus caballos. Después se fueron para Stockton, con objeto de dar a Borilda las órdenes necesarias, relativamente a los otros miembros de la cuadrilla, que debían pasar por Stockton y dirigirse a Arroyo Cantova.

Tres o cuatro días después de la salida de Joaquín, se esparció el rumor por todo San Francisco de que el célebre bandido acababa de ser preso y encerrado en la cárcel de la ciudad.

En efecto, la policía se había apoderado de un pobre mexicano que tuvo la locura de hacerse pasar por Murrieta y que especulaba con el terror que este último inspiraba.

Un gran número de curiosos iba hasta la cárcel a fin de ver el aspecto del bandido audaz que sólo era conocido por sus acertados golpes de mano.

Todos regresaban persuadidos de que era el verdadero Joaquín.

Durante este tiempo, Joaquín viajaba tranquilamente; Jack Tres-Dedos robaba un magnífico caballo ensillado y las espuelas de plata de un rico mexicano de la Misión de Dolores; después degollaba a un chino cerca de Alviso para robarle sus frazadas, y luego asesinó y despojó a un hombre llamado James Walsh, a inmediaciones de la Misión de San José.

Este asesinato le valió trescientos cincuenta pesos, además de un reloj de oro y un revólver.

Dos rancheros mexicanos, por sospechas de haber tomado parte en este crimen, fueron arrestados y conducidos a San Francisco, pero luego se les puso en libertad por falta de pruebas.

Una semana después, otro miembro de la cuadrilla, llamado Rafael Quintana, apuñaleó en Santiago, cerca de Columbia, a un hombre que nada le había hecho; un ciudadano respetable y verdaderamente inofensivo.

Este asesinato inexplicable causó una viva indignación en todo el condado. El enérgico condestable John Leary, emprendió la persecución del asesino, pero lo perdió de vista en los desfiladeros de las montañas.

El día siguiente, o dos días después, Quintana salió de su escondite, y mató a un tal Samuel Slater, robándole algunas pepitas de oro, dos revólvers y algunas proviciones de boca.

El cadáver de este infeliz no fué descubierto sino después de algunos días, medio devorado por los coyotes.

CAPITULO XXIV

Joaquín prosigue sus operaciones.—Se dirige al tribunal de Stockton para ver juzgar a Texas Jack.—Dos de sus hombres son ahorcados en San Juan.—Regreso a Arroyo Cantova.—Grandes preparativos. —Entrevista secreta en San Luis Obispo.—Quien era la dama de Hangtown.—Salida de las señoritas para Sonora.—Robo cerca de Jackson.—A orillas del río Stanislaus.

Después de haber saqueado el país durante algunas semanas y llevado la desolación entre los desdichados habitantes de California, después de haber perdido con este oficio algunos de los hombres más intrépidos y útiles de la cuadrilla, después de haber obligado a sus enemigos a reunirse por todos lados para perseguirle, y después de haber juntado por medio de sus empresas una suma considerable, Joaquín resolvió salir del condado de Calaveras, que había invadido desde que regresó del cuartel general, para trasladar el teatro de sus operaciones al condado de Mariposa.

Este condado sufrió a su vez lo que había sufrido el vecino. No narraremos la larga serie de crímenes de que fué testigo y víctima a la vez; esto sería la repetición eterna de las sangrientas escenas que ya hemos relatado a nuestros lectores. El genio que dirigía y protegía a Murrieta, parecía que no quería abandonarle todavía; y en vista de los numerosos incidentes que se cambiaban para él en empresas de un éxito extraordinario, tentados estamos de dar crédito a la antigua superstición de los Cherokees, según la cual ciertos hombres tienen una existencia encantada y no pueden morir sino cuando son heridos con una bala de plata.

Los bandidos no cesaban de dedicarse al asesinato y al pillaje. Detrás de ellos dejaban siempre alguna señal sangrienta que indicaba su paso, y los más atrevidos crímenes eran ejecutados casi a la vista de los mismos que los perseguían. A cada momento sus perseguidores oían a corta distancia de ellos, gritos desesperados; apresuraban su marcha, pero sólo llegaban a tiempo para ver las víctimas bañadas en su propia sangre y apercibir los bandidos que, más audaces que nunca, se alejaban a caballo sin que en apariencia tuviesen miedo de que los alcanzasen. Las hordas de Joaquín estaban divididas la mayor parte del tiempo en pequeñas compañías de cinco a seis hombres. A Murrieta rara vez se le encontraba con más hombres que cuatro de sus subtenientes: Valenzuela y Jack Tres-Dedos no lo abandonaban jamás.

Guerra tenía a su cargo la custodia del campamento; Sevalio

también estaba en servicio activo, y sólo le igualaba en valor y tino para llevar a cabo con buen éxito las más arriesgadas empresas, el altivo Antonio. Este tenía cierta predilección por el territorio que está comprendido entre Putah y Chache Creek; todos los habitantes que poseían caballos, eran despojados de ellos con el mayor descaro. Todos los días se le perseguía sin descanso, pero merced al noble bruto que montaba, siempre lograba escaparse.

Ese caballo era precisamente el mismo que Texas Jack había recibido de manos de Joaquín en recompensa de sus buenos servicios.

Algunos días antes de salir Murrieta de Stockton, mientras estaba descansando en una casa de la calle Hunter, supo por boca de Valenzuela que Texas Jack acababa de ser conducido ante el juez del condado, acusado de un robo importante.

Deseoso de ver a su antiguo amigo, Joaquín fué al tribunal, sentándose tranquilamente entre los expectadores. Mientras el juez pronunciaba contra el bandido una sentencia que le condenaba a cinco años de presidio, Jack recorrió con la vista la sala de la audiencia y vió al jefe mexicano.

Una señal imperceptible fué cambiada rápidamente entre ellos, y el condenado sintió palpitar su corazón con la esperanza de una pronta evasión. Desgraciadamente Joaquín sólo tenía en la ciudad a tres de sus compañeros, cuya fuerza no era suficiente para un caso tal. Más tarde confesó a un americano de French Camp, que si hubiese podido disponer solamente de una docena de sus hombres, habría arrancado al prisionero de manos de los oficiales de la policía, entre el espacio que media entre el juzgado y el muelle, donde atracaba el vapor que debía llevarlo a la prisión de Benicia.

Cinco meses después se esparció el rumor de un extraño hallazgo. Acababa de ser descubierto en un hoyo, en el terreno de un rancho que había pertenecido a Texas Jack, un hombre a caballo.

El ginete estaba montado todavía, y las espuelas estaban aún sujetas en sus botas. Todo indicaba que este hombre debió ser herido en el cráneo en la misma posición en que se hallaba, y que su muerte no era muy reciente.

A su lado fueron encontrados algunos cráneos y osamentas humanas, últimos restos de otras víctimas del mismo Texas. Su rancho estaba situado en el fondo de un valle, a orillas del río Stanislaus.

Una noche Joaquín se hallaba acostado en una cabaña de uno de los allegados de su cuadrilla, a unas tres millas del pueblo de Mariposa, cuando fué informado que dos de sus hombres acababan de ser ahorcados en San Juan, por robo de caballos.

Habían sido perseguidos y arrestados entre Gilroy y el Pájaro; después fueron atados con fuertes cordeles y trasladados al pueblo, donde fueron presentados al juez MacMahon, y finalmente puestos en la cárcel.

Los habitantes, que tanto habían sufrido a consecuencia de sus numerosas depredaciones, se juntaron en masa y arrebataron a los prisioneros de las manos de la policía; en seguida, conforme a la ley del juez Lynch, fueron colgados de dos postes levantados al efecto.

Al recbiir esta noticia, Joaquín montó a caballo y se dirigió, siempre acompañado de sus cuatro camaradas, hacia el condado de Monterrey, estableciendo su campo a orillas de San Benito, a corta distancia de San Juan. Allí permanecieron los bandidos cosa de media semana, ocultos durante el día, pero empleando la noche en robar los mejores caballos que encontraban en los ranchos de aquellos contornos.

Cuando opinaron que habían vengado suficientemente a sus dos compañeros, levantaron el campo y se fueron con los animales robados a Arroyo Cantova. Cuando llegaron a aquel lugar, hallaron en él a la mayor parte de la cuadrilla. Casi todas las compañías habían dado fin con buen éxito a sus expediciones, y aguardaban las nuevas órdenes del jefe.

Entonces fué cuando comenzaron los preparativos de Murrieta para la grande e importante operación que debía concluir con su carrera de bandido en California.

Joaquín tenía relaciones con los mexicanos más ricos e influentes de todo el Estado, y estaba seguro de su cooperación en el movimiento que proyectaba. Los habitantes no podían sospechar sus intenciones, no viendo en él más que un vulgar jefe de bandidos ignorantes y cobardes perdona-vidas.

Murrieta mandó a México al inteligente Antonio, que recibió el dinero y las instrucciones necesarias para el armamento y equipo de voluntarios y partidarios que sólo aguardaban la ocasión para reunirse a la cuadrilla.

Guerra fué despachado a los diversos ranchos de California, donde habían sido establecidos depósitos de caballos; debían juntar todas las bestias que hallasen en ellos, y traer al cuartel general a todos los miembros de la compañía que encontrasen en el camino.

De su lado, Joaquín tenía un negocio importante que terminar en San Luis, y aquel mismo día salió para allá, acompañado de un solo hombre. El negocio importante no era otra cosa que una entrevista que debía tener con la señora mexicana que por casualidad había encontrado algunos meses antes en la diligencia de Hangtown, cuando fué asaltada por Joaquín. Esta señora, hermana de la primera querida de Murrieta, de la desdichada Carmelita, se había casado con un rico ranchero de Guadalajara, en México.

Cuando murió su marido, confió su rancho a un cura anciano, estimado en todo el país, y se dirigió a California para avivar el sentimiento de venganza en el corazón de Murrieta y apurarlo en el sentimiento de sus siniestros proyectos. Esta mujer supo con pesar que Joaquín pensaba salir de California dentro de un corto plazo, pero viendo que nada hubiera podido hacerle cambiar de opinión, después de haber consultado a Murrieta, volvió a México al día siguiente.

Una semana después de esta entrevista, Joaquín trató de poner a las mujeres a cubierto de cualquier peligro, sucediese lo que sucediese. Así pues, puso a disposición del valiente Sevalio veinte de sus más resueltos hombres, armados hasta los dientes, siendo confiada a esta compañía la misión de escoltar a las señoritas hasta

el vecino Estado de Sonora. Joaquín mismo les trazó el camino que debían tomar; tenían que seguir la costa del golfo de California, dirigiéndose hacia las misiones de Santa Catalina y San Pedro; después se encaminaría a San Francisco Borgia y a la Misión de Santa Gertrudis, cortando por medio de un país montañoso y poblado de bosques, muy conocido de Sevalio y de los demás hombres de la escolta.

Joaquín mismo acompañó a las señoras hasta cierta distancia del campamento, abrazó a Clarita y a las otras jóvenes, y desandando lo andado, entró en Arroyo Cantova poco después.

Reflexionando el jefe mexicano que lo mejor era aguardar la llegada de sus nuevos partidarios de la Baja California y de Sonora, antes de reunir todo el contingente de que podía disponer, dió contra orden a Guerra, mandó a algunos de sus bandidos, que se hallaban a mano, a las regiones circunvecinas.

El, con una compañía de seis hombres, se dirigió hacia el condado de Calaveras, pillando cuanto hallaba a su paso; así llegaron a inmediaciones de Jackson, y penetrando en la choza de un minero llamado Jewel, mientras éste estaba trabajando, le fueron robados trescientos pesos oro, un revólver de Colt y varios otros objetos.

Sus compañeros inseparables, Valenzuela y Jack Tres-Dedos, formaban parte de esta expedición; jamás el sanguinario García estuvo más a gusto que durante la permanencia de la compañía en Calaveras y los condados vecinos.

El mejor éxito había coronado todas las empresas de los bandidos en el territorio septentrional de Calaveras, durante tres semanas. Los habitantes habían sido despojados de inmensas cantidades de oro, al extremo de que Joaquín juzgó prudente mudar de terreno.

Antes de partir, se le juntaron quince de sus hombres, que venían de una excursión cerca de Thom's Creek, en el condado de Colusa; allí robaron cierto número de hermosos caballos, y cuatro de los bandidos se habían separado para conducirlos al cuartel general.

Joaquín guardó consigo este refuerzo inesperado, siguió el Stanislaus, y en los ricos valles que fertiliza ese río, fueron continuadas las escenas de desolación y de sangre que tantas veces hemos narrado.

CAPITULO XXV

Nuevas escenas de asesinato.—Prudencia de Joaquín.—El capitán Harry Love es autorizado por el Estado para organizar una compañía a caballo.—La caza.—Muerte de Pedro Sánchez, Juan Borilda y Joaquín Blanco.—Joaquín es sorprendido por el capitán Love.—Muerte de Joaquín y de Jack Tres-Dedos.—Ultimas palabras del jefe mexicano.—Dos bandidos son hechos prisioneros.

Después de una estancia de dos semanas en los valles que cruzan el Stanislaus, Joaquín se dirigió hacia los ríos de Mariposa y de la Merced. Su paso por aquel lado fué señalado por medio de colosales depradaciones, después de lo cual mandó al cuartel general de Arroyo Cantova a los hombres que lo acompañaban, a excepción de los seis que había traído consigo. Con estos se retiró a un rancho mexicano, cerca de San José, mató en el camino a un francés dueño de un jardín público y permaneció escondido algún tiempo en casa de un compatriota. Este, llamado Francisco Sicarro, estaba afiliado secretamente a la cuadrilla, lo que explica la protección de Murrieta.

La prudencia extremada del jefe en el modo de conducir su plan de operaciones, descuella por todos lados, hasta en el caso relativamente insignificante que vamos a contar.

Una noche, hallándose Joaquín con pocas ganas de salir a beber, envió a un indio del rancho de San José, para que le comprase una botella de licor.

Apenas salió el indio, le vino como presentimiento el temor de que pudiese ser traicionado por aquel hombre; y montando a caballo, alcanzó al indio en el camino que pasaba cerca de Coyote Creek, y le mató.

Eran tales los tributos que imponían los bandidos a los ciudadanos de todo el Estado, tales eran sus violencias, sus actos de pillaje, sus crímenes en fin, que la justicia se conmovió seriamente.

Una petición cubierta de firmas fué presentada a las Cámaras Legislativas, con objeto de obtener la autorización para el capitán Harry Love, de formar una compañía de a caballo, con la cual pudiese arrestar, echar fuera del país o exterminar las numerosas pandillas que continuamente tenían en peligro la vida y la propiedad de todos los ciudadanos. Con este fin fué aprobado un decreto y firmado por el Gobernador del Estado, el 17 de Mayo de 1853.

El 28 del mismo mes, ya había una compañía organizada por Harry Love. La paga de cada hombre había sido fijada en ciento

cincuenta pesos mensuales; la existencia legal de la compañía estaba limitada por tres meses; el número de hombres que la componían no podía pasar de veinte.

Apesar de que la paga no era mucha, cada ginete tenía que proveerse de un caballo, provisiones, efectos de equipo, etc., sin tener derecho por ello a ninguna indemnización.

Love no titubeó ni un momento: tomó inmediatamente el mando de veinte hombres escogidos entre sus valientes camaradas, todos los cuales habían servido con él durante la guerra de Texas. Cuando estuvieron reunidos, Love se puso a la cabeza y marchó en seguida, bien decidido a no volver a San Francisco, hasta haber encontrado al más formidable bandido que jamás haya figurado en los anales del crimen.

La historia debe conservar los nombres de los veinte que lo acompañaron en su expedición.

Helos aquí:

El capitán P. E. Conner; C. F. Bloodwith; G. W. Evans; capitán W. Burns; John Nuttall, comisario; W. S. Henderson; C. W. Mc Gowan; Robert Masters; Mayor W. H. Harvey; Coronel McLane; Subteniente George A. Nuital; Lafayette Black; Dr. D. S. Hollister; Hon. P. T. Herbert; John S. White Pevester; James M. Norton; Chas. Young; E. B. Van Dorn; D. S. K. Piggott.

A medida que esta intrépida, aunque reducida compañía, pasaba a caballo por las ciudades y pueblos del interior, los habitantes los seguían con la vista inquieta, cual si fuesen víctimas destinadas al matadero.

Pero se olvidaban de que había a la cabeza un jefe con autorización del Estado, cuya experiencia era fruto de las atrevidas luchas que había tenido en México y en Texas; un jefe en fin, cuya alma era tan severa, tan inflexible como la disciplina por la cual había tenido que pasar, y cuya fuerza de voluntad era tan viva en el peligro, como la del atrevido bandido contra quien iba a luchar.

El día 3 de Junio, Pedro Sánchez, que se hallaba en San Francisco tres meses antes en compañía de Jack Tres-Dedos, fué matado en Martínez, no lejos de Columbia, por un español llamado Albino Teba. Ambos disputaban a propósito del reparto de una suma de dinero que habían robado juntos, cuando Sánchez, irritado por la obstinación de su cómplice, se lanzó sobre él, puñal en mano. Teba dió algunos pasos atrás y sacando su revólver, dió cuatro balazos a su adversario; una sola bala tocó a Sánchez pero fué lo bastante para que cayese muerto a los pies del español.

Por una extraña coincidencia, Borilda fué ejecutado el mismo día en Stockton, por haber asesinado a un minero llamado James. El bandido había recibido la orden de Joaquín de matar a un mexicano que le había ofendido; y al tratar de desempeñar la comisión, había herido mortalmente a James, que se hallaba en el mismo cuartel, al lado del mexicano condenado por Murrieta.

Borilda se declaró culpable del asesinato de tres hombres, y de otros crímenes más o menos importantes. Un día o dos antes

de su ejecución, vió un revólver encima de una mesa; lo tomó e iba a suicidarse, pero el tiro no salió.

Joaquín Blanco el tercer compañero de Jack Tres-Dedos en San Francisco, fué matado cerca de Stockton, el año siguiente, por un mexicano llamado Eugenio Corral.

En la noche del 9 de Junio, cuatro bandidos trayendo consigo cuarenta caballos, llegaron al rancho de Andrés Ibarra, situado a unas veinte millas de San Luis Rey; y sin la menor provocación, hicieron fuego sobre la familia hiriendo a una persona. Después amarraron a tres hombres que habitaban la casa y se apoderaron de todo lo que encontraron en oro u objetos de valor. Luego se encaminaron hacia San Marcos y mataron dos novillos.

El día siguiente, una pequeña compañía salió de San Diego para perseguir a los bandidos; pero viéndose incapaces de seguir sus huellas después de puesto el sol, no pasó más adelante.

Se enviaron mensajes a varias tribus de indios, a fin de comprometerlos para perseguir a los merodeadores; pero éstos ya habían tenido tiempo de retirarse a las montañas.

Algunos días después, se supo que en Santa Margarita habían sido robados ocho caballos, uno de los cuales fué encontrado entre el rancho de Ibarra y San Marcos.

Perseguido Joaquín por todos lados y por hombres resueltos, con los cuales temía llegar a las manos para no sufrir una derrota que hubiera podido comprometer sus grandes proyectos y destruir sus esperanzas por tanto tiempo acariciadas, resolvió retirarse a un lugar solitario, desierto, y permanecer allí escondido hasta la llegada de los refuerzos que esperaba de Sonora.

A principios del mes de Julio, Murrieta se introdujo en el rancho de Andrés Pico, situado en San Fernando, condado de Los Angeles, y robó cincuenta caballos. Marchó después hasta el rancho de San Francisco, que está en el mismo condado: allí encontró un ranchero que le acusó de haber robado los caballos de don Andrés y le advirtió que sería perseguido.

Murrieta entonces entregó al ranchero cuarenta y tres bestias, encargándole que las llevase al rancho de San Fernando, añadió que necesitaba las otras siete. Después pasó al condado de Santa Bárbara y franqueó la parte elevada del litoral de Santa Inés, desde donde pudo dirigirse sin dificultad al valle del Tular.

El capitán Love había recibido informes secretos en que se daba como cierta la presencia de Joaquín en aquella parte del país; así, pues, se dirigió de aquel lado con doce de sus hombres.

El resto de la compañía se entregó a nuevas pesquisas en otra dirección.

Al llegar al llano de Tular, al amanecer, el capitán vió a alguna distancia, por el lado izquierdo, un poco de humo; este detalle, vulgar en apariencia, y poco importante en sí, creyó nuestro hombre que no debía ser despreciado.

En tal virtud, se avanzó hacia el lugar de donde partía el humo. Primeramente sólo vió algunos caballos que pacían pacíficamente

a algunos centenares de yardas de aquel lugar; pero después, aproximándose más y trepando una pequeña colina, descubrió en un montecito al jefe mexicano y seis de sus camaradas, todos sentados alrededor de una hoguera.

Uno de ellos, ocupado en preparar la comida para los demás, vió la visita que se les hacía y dió la alarma, cuando los americanos se hallaban todavía a cosa de cien yardas del campamento.

Los bandidos montaron a caballo. Detrás de ellos se lanzaron a todo escape los cazadores de Love, y no cesaron de perseguirlos y disparar balazos, hasta que Joaquín y Jack Tres-Dedos cayeron heridos, mientras dos de sus compañeros eran hechos prisioneros.

El atrevido mexicano huía con tal rapidez que ya casi estaba a punto de escaparse: algunos pasos más y se encontraba fuera del alcance de los revólvers; pero el capitán Love, viendo que no podía acabar con el ginete, trató de parar su caballo, lo que consiguió disparándole un balazo en la cadera.

El noble bruto se sintió debilitado por un instante; luego, recobrando de nuevo su vigor, a pesar de la herida que acababa de recibir, avanzó más impetuoso que nunca y franqueó el espacio de cerca de cincuenta yardas.

De repente Joaquín vió que arrojaba sangre por boca y narices, y el pobre animal cayó al suelo para no levantarse más.

Murrieta corrió algunos instantes a pie, viendo que el capitán y uno de sus hombres se acercaban cada vez más, se volvió y disparó en dirección a ellos los dos últimos tiros que le quedaban en su revólver. En aquel instante varias balas fueron a herirlo; comprendió que su hora había llegado y suplicó a los americanos que no tirasen más.

—Os habéis apoderado de mí por sorpresa, dijo, pero ¡no importa! muero contento.... ¡ya me he vengado bastante!

Y palideciendo a medida que la sangre brotaba de tres o cuatro heridas que había recibido, puso la mano izquierda sobre su corazón, permaneció todavía algunos segundos apoyado sobre su brazo derecho, y después dió el último suspiro.

Jack Tres-Dedos, perseguido por dos o tres, huía a todo escape; y a pesar de haber recibido once balas, todavía corrió milla y media por la llanura.

Su caballo corría como el viento, de minuto en minuto iba ganando terreno sobre el enemigo, cuyos caballos, poco acostumbrados a tal ejercicio, luchaban frecuentemente contra las irregularidades del terreno.

En fin, viéndose próximo a ser aprehendido, el feroz Jack lanzó una mirada salvaje a los americanos y descargó sobre ellos su revólver de seis tiros: uno solo salió. Todo conspiraba contra él. A pesar de todo no quiso caer vivo en sus manos y rehusó rendirse; siguió corriendo, jurando que rompería la cabeza con el mango de su revólver al primero que le tocase.

En fin, una bala lo tendió en el suelo y murió casi instantáneamente.

Entre tanto, el combate estaba trabado en diferentes puntos. Los cazadores del capitán Love consiguieron reunirse a su jefe, trayendo consigo dos prisioneros: uno de los bandidos, cuyo nombre ignoramos, había sido matado; otros dos se habían escapado, pero uno solo salió sano y salvo: su compañero sucumbió en el camino de resultas de las heridas que había recibido.

CAPITULO XXVI

Evasión de uno de los prisioneros del capitán Love.—Lo que fué del otro.—Historia de la cabeza de Joaquín.—Su exposición pública.—Documentos en su apoyo.—La mano de Jack Tres-Dedos.—Recompensas acordadas a Harry Love.—Venta en remate de la cabeza de un bandido.—Conclusión.

Después de este sangriento encuentro, el capitán Love juntó los despojos del enemigo: consistían éstos en algunos magníficos caballos, que más tarde fueron devueltos a sus dueños; seis admirables sillas mexicanas, seis revólvers de Colt, una espuela de plata, algunas capas de paño fino y un par de rifles.

Al regresar a San Francisco los cazadores de Love, uno de los prisioneros rompió sus grillos y fué a tirarse dentro de un depósito de agua, donde se ahogó.

Su camarada fué depositado en la prisión del condado de Mariposa; allí permaneció hasta que la compañía se disolvió y luego fué trasladado a Martínez.

En aquel lugar hizo revelaciones que probaron haber tomado participación con gran número de sus compatriotas, en los crímenes cometidos por él: este hombre se preparaba a hacer revelaciones todavía más importantes, con objeto de escapar del último suplicio, cuando un incidente singular se lo impidió.

A media noche las puertas de la cárcel fueron echadas abajo por una banda de mexicanos que se llevaron consigo al mexicano y lo ahorcaron.

Estos mexicanos eran sin duda miembros activos de la cuadrilla de Joaquín, sus agentes secretos y algunos rancheros que quisieron impedir las revelaciones comprometedoras de su antiguo cómplice.

Los cazadores de Love, desde aquel momento, no tenían en perspectiva más que un solo objeto. Obtener las recompensas prometidas en todo el país al que aprehendiera vivo o muerto al célebre jefe de bandidos.

Y por cierto que estas recompensas eran bien merecidas, a consecuencia del valor que habían demostrado y los peligros que habían

corrido, junto con la intrepidez con que habían perseguido a Murrieta hasta las montañas, batiendo a toda su cuadrilla.

Primeramente era preciso demostrar al público la realidad de los hechos. Sin esto, nadie hubiera creído que Jaoquín había sido matado; indignas sospechas hubieran empañado la reputación del capitán Love.

De consiguiente, hizo lo que no hubiera hecho jamás, a no mediar las circunstancias expresadas mandó cortar la cabeza a Joaquín, la cual fué inmediatamente traída al pueblo más cercano, situado a cincuenta millas del lugar en que murió el famoso bandido, y fué allí puesta en alcohol para que se conservara.

El 14 de Agosto, los señores Black y Nuttall llegaron de Stockton a San Francisco con la cabeza del famoso bandido, cuyos numerosos crímenes le habían valido una reputación sin igual en la historia del crimen.

La sorprendente rapidez de sus movimientos, el número de sus cómplices, la extensión de sus operaciones en un territorio excesivamente vasto, habían hecho célebre su nombre en distintos puntos a la vez, muy lejos unos de otros, al grado que ciertas personas lo veían como un sér imaginario, un mito a quien equivocadamente eran atribuidos todos los actos diabólicos de los malhechores refugiados en el país.

Todavía después de su muerte, se esparció el rumor de que se hallaba en los condados del Sur, continuando su sistema habitual de sangrientas tragedias y saqueos como los que anteriormente hacía en los ranchos y los campos mineros.

Los señores Black y Nuttall traían consigo además de la cabeza de Joaquín, numerosos certificados y declaraciones emanadas de personas que habían conocido perfectamente al bandido; era, pues, imposible, poner en duda su identidad y no creer las aserciones del capitán Love y de sus hombres.

La cabeza fué expuesta al público, para que toda la población pudiese verla y juzgara ella misma. Se fijaron cartelones que indicaban el lugar en que podía ser visto ese terrible trofeo. Los carteles mismos estaban concebidos en estos términos:

"Joaquín's head is to be seen at King's. Corner Halleck and Sansome Streets, opposite to the American Theatre. Admission: One dollar."

Lo que quiere decir en español:

"La cabeza de Joaquín puede ser vista en casa de King, esquina de las calles Halleck y Sansome, enfrente del Teatro Americano.—Entrada, un peso."

Entre las numerosas declaraciones, los comprobantes y certificados destinados a probar la identidad de la cabeza, había los que siguen, que traducimos textualmente:

"Estado de California.—Estados Unidos.—Condado de San Francisco,—Ignacio Lizárraga de Sonora, después de haber prestado juramento, declara: Que ha visto la pretendida cabeza de Joaquín, actualmente en poder de los señores Nuttall y Black, subtenientes del

capitán Love, la cual está expuesta en el establecimiento de John King, calle de Sansome: que el deponente conoció perfectamente a Joaquín Murrieta, y que la cabeza antes mencionada es justamente la del célebre bandido Joaquín Murrieta.—(Firmado) ***Ignacio Lizárraga.***

Certificado delante de mí, hoy 17 de Agosto, del año de 1853. —***Charles D. Carter,*** Escribano Público.

"Estado de California.—Estados Unidos.—El día 11 del mes de Agosto del presente año de 1853, delante de mí, A. C. Baine, Juez de Paz de dicho condado, ha comparecido en persona el Reverendo Padre Dominic Blaive, el cual declara bajo juramento, conforme a las prescripciones de la ley, que ha conocido al famoso bandido Joaquín; además, que acaba de examinar la cabeza que ha sido tomada y posee en este momento entre sus manos el capitán Conner, uno de los subtenientes de Harry Love, y que cree verdaderamente que dicha cabeza es la del mismo Joaquín, que ha conocido hace dos años, como lo declara arriba.—(Firmado) ***Dominic Blaive.***

Certificado y firmado ante mí, el día mencionado.—***A. C. Baine,*** Juez de Paz.

Todos corrían en tropel para ver la cabeza de Joaquín: era verdaderamente una hermosa cabeza, que legitimaba bien el furor con que la gente se dirigía al establecimiento de King para examinarla.

Después de haber permanecido el tiempo necesario en San Francisco, la cabeza de Joaquín fué llevada a todos los pueblos del Estado para su exhibición. También fué exhibida la mano mutilada de Jack Tres-Dedos; y no fué poco el asombro de las personas supersticiosas, al notar que sus uñas habían crecido una pulgada lo menos, después de que la mano había sido cortada.

Después de una minuciosa averiguación, el Coronel Bigler, gobernador del Estado, hizo pagar al capitán Love la suma de mil pesos que había ofrecido personalmente al que entregara a Joaquín muerto o vivo.

Poco tiempo después, el 15 de Mayo de 1854, las Cámaras Legislativas de California considerando el importante servicio que el capitán había prestado al país, librándolo de tan audaz criminal, y que no había sido suficientemente recompensado, decretaron que le sería entregada una suma suplementario de cinco mil pesos.

Si bien la muerte de Joaquín causó a su cuadrilla una pérdida irreparable, y aun la obligó a disolverse momentáneamente, sin embargo, los bandidos, formados en pequeñas compañías y mandados por jefes atrevidos, continuaron sus depredaciones y sus asesinatos, al grado que algunos llegaron a dudar que el verdadero Joaquín hubiese dejado de existir.

Todavía en la actualidad muchos habitantes del Estado de California, aseguran que Joaquín escribió de la República de Chile, desmintiendo la noticia de su muerte y que ésta tuvo lugar en el Distrito de Altar, Estado de Sonora, cuando había cumplido ya noventa años.

Hacia el fin de 1854, la cabeza de Joaquín fué vendida por el diputado sheriff Harrison en virtud de un embargo por deudas pronunciado contra la persona encargada de exhibirla al público.

La venta se efectuó en pública subasta. Mientras el martillero estaba haciéndola subir de precio, un irlandés exclamó con la mayor indignación:

—¡Oh! ¿es posible que oseis vender la cabeza de vuestro prójimo? Por cierto que jamás tendréis suerte; no volveréis a hacer un buen negocio en todos los días de vuestra vida.

Las ofertas habían llegado en ese momento a la cifra de 63 pesos. Conmovido por la observación del irlandés el vendedor no tuvo valor para ir más lejos y dejó caer el martillo de marfil. La cabeza fué pues adjudicada por 63 pesos.

Algún tiempo después, Harrison se suicidó. El que la había rematado murió accidentalmente al colocar en el mostrador de su taller una pistola cargada.

Tal es la historia del más famoso jefe de bandidos que ha existido sobre la tierra. Al trazarla según datos auténticos y documentados casi oficiales, algunas veces, tal vez, hemos dado algún colorido a los hechos, pero no hemos relatado uno solo que no sea, en el fondo, de la más rigurosa exactitud. Este relato puede considerarse, pues, como una parte integrante de la historia verídica de los primeros tiempos de California.

Como dato curioso agregaremos que en la actualidad viven en la ciudad de Los Angeles, Cal., Rosa, Herminia y Anita Murrieta, hijos de Antonio, hermano de Joaquín Murrieta.

FIN.

1832